

UN NIÑO EN LA REVOLUCIÓN MEXICANA



COLECCIÓN LITERATURA
Serie Narrativa • Julieta Campos

Andrés Iduarte

UN NIÑO
EN LA REVOLUCIÓN
MEXICANA

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



TABASCO

Primera edición:
1951, Editorial Ruta, México

Novena edición: 2019

El presente texto se tomó de la edición de
1993, publicada por el Gobierno del Estado de Tabasco

© Leonardo Ffrench Iduarte

D. R. © 2019, Secretaría de Cultura
Calle Andrés Sánchez Magallanes # 1124
Fraccionamiento Portal del Agua
Colonia Centro, Villahermosa
C. P. 86000
Tabasco, México

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra,
sea cual fuere el medio, sin el consentimiento por escrito
del titular de los derechos correspondientes.

ISBN: 978-607-8428-90-8

Impreso en México - *Printed in Mexico*

NOTA A LA EDICIÓN DE 1982

Fechado en Madrid-Barcelona 1937, Un niño en la Revolución Mexicana fue escrito en pleno fragor de la guerra de España. Diariamente evocaba yo, en la hora revolucionaria más ilusionada de mi juventud, el estupor con que abrí los ojos a la vida en la Revolución Mexicana.

En las tres primeras ediciones de este libro varié los nombres de sus personajes y le di carácter de novela, y como relato novelesco lo recibió la crítica. Ya desde entonces hubo quien certeramente lo calificó de novela autobiográfica y, con visible exageración, de autobiografía. Y ya en la edición norteamericana —1971— aparecen algunos de los nombres auténticos. En la copia offset de la tercera edición, aparecida como «cuarta edición», se incluye una clave que identifica a todos sus personajes. Y en la presente edición definitiva están ya todos con sus nombres en el texto y se asoman en fotografía los familiares que forman mi mundo primero.

El mundo sonriente, fraguado en la misma época y continuado en Nueva York, es la segunda parte de Un niño... La tercera, Otra vez París, escrita ya en parte, reconstruye el mundo en que el adolescente continúa su formación política, y la cuarta, Bajo el sol del diablo, apenas esbozada, presenta el primer intento de acción. Espero terminarlos y publicarlos tan pronto tenga el valor para asomarme a tiempos que no fueron tan sonrientes como los de mi infancia, mi adolescencia y mi juventud en el fuego de España.

A.I.

EL MUNDO PRIMERO

Yo nací en San Juan Bautista de Tabasco el primero de mayo de 1907. Aunque no creo en horóscopos, la fecha me gusta; el día de los trabajadores y de los trovadores provenzales, de las flores del gay saber de Tolosa y Barcelona, es un día bueno para venir al mundo. En mis cumpleaños me ha envuelto el entusiasmo popular —en México, en España, en Francia— por la belleza y por la justicia. Mi cumpleaños es siempre de emociones... Pero dejemos la frívola divagación: lo importante, para mí, es que nací en 1907, cuando ya México se desperezaba políticamente, cuatro años antes de que se derrumbara el gobierno del general Porfirio Díaz. Me iba a tocar una infancia roja.

San Juan Bautista era una ciudad pequeñita, capital de la provincia de Tabasco, la más tropical de México, la que más se parece a esos panoramas exuberantes que han mostrado al mundo José Eustasio Rivera y Rómulo Gallegos. Trópico, ríos inmensos —entre otros el Grijalva y el Usumacinta, que forman un estuario espléndido—, pasión, sangre... Allí fue donde los bravos indios —no digo «los indios bravos»— pusieron una vez en derrota a los conquistadores, a pesar de los misteriosos arcabuces y de los diabólicos caballos. Fue allí donde los caciques le regalaron a Hernán Cortés la llave que necesitaba para abrir la fortaleza azteca: la india Malinaltzin, la Doña Marina de los españoles. Tierra de historia vigorosa y trágica, casi tétrica. La tragedia es el sonsonete de su historia. Y su historia tiene un tono particular, singularísimo:

Tabasco vive de conceptos tradicionales, rancios, ásperos sobre el honor. Es allí práctica constante el desafío entre dos hombres, en el que se siguen tremendas leyes, del que siempre es uno el que regresa; es allí deber y placer la venganza, más que corsa, que despedaza a dos familias, como a Montescos y Capuletos. En las luchas políticas lo sentimental impera sobre lo doctrinario: la amistad es la base reguladora del mal y del bien. Tierra en que la lealtad al amigo es la fundamental virtud, donde la traición del amigo ha de castigarse inexorablemente con la muerte. A Tabasco no llegaron las misiones religiosas. Los que sí llegaron fueron piratas y bucaneros que, derrotados o satisfechos o cansados, buscaron refugio y paz adentrándose en los grandes ríos que inquietaban sus ojos audaces. Tabasco sigue siendo una tierra piratesca, por temeraria, no por filibustera. El tabasqueño —que lleva apellidos franceses e ingleses, a veces entroncados con la piratería antillana— muere con gusto por lo que cree y hasta por lo que no cree. Así brotaron naturalmente, en lo social, el señor feudal y el siervo, y en lo personal el hombre desnudo y desmesurado: sin artificio, sin afeites y sin frenos. A un lado de la provincia de Veracruz, abierta al mundo, y de la de Campeche, que posee una tradición de cultura que viene desde los tiempos de la Colonia, Tabasco hace una vida aparte, local, suya, y esa vida es frenética. Sus hondos ríos, siempre navegables, enlazan todas sus villas. Pero vive aislada de México y de su altiplanicie porque no tiene una sola vía férrea y porque solo la unen a ellos el caballo que atraviesa pantanos y el barquichuelo que desafía el Golfo de México, mar bravo y traidor. Hoy el avión, sorteando las tormentas tropicales, intenta unir la apartada provincia a la metrópoli. Su población, casi toda blanca, matizada de mayaquiché y de azteca —asiento y límite de viejas culturas fue Tabasco— mira hacia su selva virgen y hacia las de Chiapas y Guatemala, hacia las monterías que tiene dentro y cerca de su seno, y el

frenesí biológico de estas tierras de explotación y aventura es el que le da fisonomía. El desprecio a la muerte, presente en todo mexicano, adquiere en el tabasqueño un diapasón subido. Sin llegar a la fanfarronería —porque el hecho sigue a la palabra— el tabasqueño rubrica con grito y gesto lo que el otro, el mexicano menos tropical, hace a media voz o en silencio. Arrogancia, intrepidez, violencia en consonancia con unos ríos que son moles de agua en movimiento, a través de tierras lujuriosas, en germinación fantástica, sobre un verde que embriaga, bajo un sol deslumbrador, insolente. Tierra de mujeres vibrantes, de hombres muy valientes, muy «machos», como allá dicen... Hoy San Juan Bautista se llama Villahermosa; pero la sangre sigue regando sus calles asoleadas.

Claro es que el Tabasco físico y psicológico de que hablo, no lo conocí hasta después... Yo nací, como bulto humano, en una callecita empinada que fue mi primer panorama. Nací en una casa de la loma de la Encarnación, en una vía casi vertical —para mis ojos de niño— del centro de la villa. Mi patria, hasta los tres años, fueron aquellas ventanas de gruesos barrotes; la casita obrera de doña Adela Mondragón que estaba enfrente, entre la del jefe político, don Nicolás Pizarro, en lo alto de la loma, y la grande y azul de la familia Cantoral, que hacía esquina con la calle de Sáenz; el edificio del Telégrafo —una casa de paredes rojas y repujadas, de la que yo decía que había tenido las viruelas— que colindaba con la mía al descenso de la cuesta y, por el otro lado, una huerta misteriosa que me hacía señas desde la copa de sus capulines, cuyas ramas rebasaban una alta pared y techaban mi patio. Era una casa la mía sencilla y casi pobre, con esa falta de lujo y de comodidades y esa exquisita limpieza de las provincias costeñas de México. A mí me gustaba mucho: me gustaba ver la empinada calle desde las ventanas, hacer incursiones a un cuarto abandonado en que mi papá guardaba un espadón viejo y varias escopetas, ir al patio y asomarme al brocal de

un pozo muy hondo que reproducía mi imagen y que me acariciaba con un chorro de frescura, pegar mi frente al tinajero pintado de verde que estaba en un rincón del comedor, medio nadar todos los días en una pila muy grande que había en el baño, o tomarlo en una gran palangana, que llenaba yo de pescaditos, y patos, y barquitos de hule, bajo la sombra de los capulines... Allí me bañaban, creo, en los días de más fuerte calor, al declinar la tarde. Y he callado mi mayor placer: tenderme a la entrada de la casa, en las negras baldosas del corredor, cuyas puertas abiertas dejaban pasar el aire, y poner en ellas las mejillas, una tras otra, y el pecho y luego la espalda, buscando fresco, huyendo de aquel calor sofocante.

Mi mundo humano era todavía mejor: mi padre, mi madre, mi abuelita materna, mis tres hermanas, mi criada Paula, mis tíos Matilde, Carlos y Consuelo Foucher..., y una cotorrita pertenece también a él, no menos que mis familiares.

Mi papá tenía una cotorrita muy chiquita, pero con pasiones de mujer. Cuando volvía del juzgado, la cotorrita, desde los barrotes de la ventana, lanzaba un grito estridente y bajaba a toda prisa. En la mesa, se colocaba siempre en una esquina, entre mi papá, que ocupaba la cabecera, y mi mamá, que se sentaba a su derecha. La cotorra permanecía allí vigilante, lista para lanzarle un picotazo si se atrevía a acercar su mano a la de mi papá. Y para que nosotros pudiéramos besarlo o cabalgar en sus piernas, era necesario que Paula, o Inés, o Lorenzo, o cualquiera de los criados se la llevaran.

—¡La maldita cotorra...! —gruñía Paula—. Un día de éstos le retuerzo el gañote.

Acabado el almuerzo, mi papá se levantaba pausadamente y se dirigía a su cuarto, para dormir la siesta en su hamaca de hilo. A pesar de que las persianas estaban entornadas, la resolana hacía de la habitación un horno. La cotorrita saltaba de la mesa a una silla y, ayudando con las alas la torpe marcha de sus patas torcidas, se iba

detrás de mi papá. Con el pico cogía un hilo de la hamaca, se izaba y subía luego sobre su cuerpo, cuidando de no lastimarlo con las uñas. Se detenía sobre su frente y le rascaba la cabeza con el pico, cadenciosamente, casi científicamente. Así mi papá se adormecía y saboreaba su siesta tropical, hasta que las tres campanadas del gran reloj del comedor lo despertaban. Mientras dormía, la cotorrita trepaba a los brazos de la hamaca y a veces hacía arriesgados paseos hasta las alcayatas. Pero si los niños nos asomábamos al cuarto, descendía a la carrera y se arrojaba al suelo para perseguirnos. Yo corría asustado, alzando hasta la cintura mis cotones morados y colorados.

La cotorrita celosa de mi papá era para mí un ser misterioso, entre humano y diabólico. Me divertía mucho, pero le tenía yo miedo.

De mi abuelita y de mi criada Paula guardo más recuerdos que de nadie. Eran las que estaban más tiempo conmigo. Último hijo y único varón de una familia corta y acomodada, y nacido poco después de la muerte de uno anterior, yo tuve una infancia feliz. Materialmente, tuve lo necesario y lo superfluo. E hijo de un hombre esencialmente bueno y dulce, y, además, aficionado a la pedagogía, tuve una infancia espiritualmente dichosa. No recuerdo ni golpes, ni regaños, ni castigos, ni prohibiciones caprichosas, ni estiramientos en la mesa, ni obligaciones eclesiásticas... Crecí haciendo y diciendo cuanto quería. Mi papá era profesor de lógica, psicología y moral en el Instituto Juárez, y de no sé qué otros cursos en su Escuela de Leyes. Yo supe su profesión desde muy niño porque jugué con Spencer, Comte, Giddings, Ferri y Lombroso haciendo casas y puentes, castillos y fortalezas. He dicho con gusto que era profesor. Pero voy a decir con disgusto que era Juez de Distrito del Estado de Tabasco. Lo fue durante muchos años: sufría la desgracia de ser pobre y de tener hijos que mantener, cargando con

la cruz de ser juez, más pesada que la de Jesucristo. Pero yo digo ahora, con gusto, que fue un juez muy humano, un justo juez: imposible que aquel hombre bueno y dulce aplicara cruelmente, como tantos otros, los castigos de los códigos. «El mirlo blanco de la judicatura», lo llamó uno de los jefes del maderismo en Tabasco, Manuel Mestre Ghigliazza: «mirlo blanco» les parecía a los rebeldes que caían bajo la ley. Mi padre tuvo mucho de santo. Murió hace muchos años y todavía, despierto o dormido, tengo sobre mí la sensación de sus ojos tiernos.

Mi mamá era una mujer hermosa, rubia, casi siempre seria y melancólica, de ojos azules de una tristeza inefable. No estudió eugenesia, pero nos bañaba todos los días y nos cuidaba muy bien. No tengo de ella sino recuerdos suaves. Lo único que me disgustó más tarde de mis padres fue oírlos discutir por cosas misteriosas en que se hablaba de una mujer.

Mi abuelita materna era una viejita de sesenta y pico de años, pequeñita, dulce y blanda como un pan con miel. Tuvo en mí más influencia que nadie. Uno agranda, generalmente, las dimensiones de las cosas que vio de niño: una plaza muy grande no es sino una plazoleta; un hombre enorme es, en realidad, un hombrecito insignificante. Con mi abuelita me pasa lo contrario. Yo a ella la recuerdo, desde aquí, muy chiquita, como de un metro de alto: una verdadera miniatura. Quizá es porque hacía yo de ella cuanto quería. Recuerdo sus ojos azules, tan claros como dos gotas de agua; su pelo blanco, dividido en dos bandas, restiradas con un moñito blanco y chiquitito detrás. Recuerdo sus brazos blancos, dibujados con líneas azules, laxos: le colgaban las carnes viejas, con las que irrespetuosamente yo jugaba.

Ella fue quien hizo vagar mi imaginación por otros mundos. Me hizo conocer a mi abuelo, su marido muerto. Me habló tanto de él que no sé hasta qué edad creí haberlo conocido de veras. Re-

cordaba yo su cuerpo espigado, su rostro doliente, su larga melena romántica. Lo conocí, lo conocí dentro de una fantasía superior a la realidad, porque ella lo llevaba en sí, vivo, viviente. Pero lo cierto es que murió cuando ella era muy joven y sus hijos tiernos. Yo supe una historia dramática y caballeresca a los tres años: mi abuelita me la contaba. Y quizá no sólo ella: mi abuelo Manuel Foucher fue legendario en Tabasco. Poeta de la política, hombre henchido de amor al pueblo, liberal, anticlerical, cayó asesinado en el Puente de Ampudia cuando era gobernador de Tabasco. Hombre, murió a pie firme, defendiéndose; cristiano auténtico, no formal, murió diciendo: «Perdónalos, Señor». Hay en el carácter y en la vida de este hombre una contradicción, muy frecuente en otros tabasqueños: era sensible y tierno, pero vivía en un ambiente de violencia, de hombría desenfrenada; era sensible y tierno y, sin embargo, hacía suyo un terrible principio, legítimamente tabasqueño: «al que me insulte, le pego; al que me pegue, lo mato». En la emboscada de que fue víctima, veinte hombres saltaron al puente, debajo del cual se habían escondido, y dispararon sobre él y sus amigos. Herido de muerte, bañado en sangre, sacó su pistola: hizo fuego y cayó, tocado en la frente, el jefe de los asaltantes. No impidió aquel final bélico que la dulzura lo recuperase y muriese con una frase cristiana en los labios.

En cuanto a su rebeldía social, tiene explicaciones: hijo de una joven linda, virtuosa y desdichada —trilogía romántica—, fue infeliz. Conoció desde niño la pobreza y el trabajo. Mi abuelita me contaba que murió por el pueblo, que repartió siempre su sueldo entre los pobres, que cuando murió todo su capital eran dieciséis pesos... Tenía mi abuelo en su poesía y en su vida —con menores proporciones en cultura y escenario— un parecido sorprendente con José Martí. No en balde vivió, en un destierro político, la Cuba revolucionaria.

Mi abuelita, en cambio, no era de pobre cuna. Hija de un hombre rico, don Esteban Paullada, casó, sin embargo, por amor. Los parientes de mi abuelita hablaban de linajes y aristocracias; pero ella se preocupaba poco de eso. Tenía otras cosas que sí valían. Había sido alumna —oí decir— de don Justo Sierra O'Reilly. Era una mujer culta para su medio, leía buenos libros, hablaba francés... A la muerte de su marido, como otra Salomé Ureña —la de Santo Domingo— fundó una escuelita en la sierra de Tabasco. El gobierno la pensionó más tarde. Después, sus tres hijas se casaron: la mayor con el abogado más influyente de la provincia; la segunda, con mi padre; la tercera, con un médico muy querido en el estado. Su hijo salió demasiado inteligente para tomar en serio ninguna cosa, y era demasiado pobre para poder alcanzar las ciudades cultas en donde hubiera brillado su talento. Finalmente, mi abuelita lo fue de veinte nietos, para enriquecerlos repasando dos vidas santas.

Mi abuelita era mi ángel tutelar: cuando pintaba yo con gis en las baldosas negras del corredor de mi casa, un círculo de extrañas figuras y, de pronto, viéndome rodeado de «brujos», rompía yo a llorar, con gran risa de todos, ella era la que corría a sacarme; las dos o tres veces que me encerraron en el cuarto del baño, fue ella mi indignada libertadora; y era ella la que colaboraba conmigo en mis diarios fusilamientos de Miramón, Maximiliano y Mejía, los tres muñecos que para eso me guardaba. Mis hermanas y los criados fueron quienes me hablaron de don Trifón, «el coco», y de «los brujos» que después me obsesionaban.

Fue también mi abuelita quien me comunicó la noticia de que había un Dios muy bueno, sentado encima de las nubes, y quien me enseñó el padrenuestro. En mi casa había tres imágenes, restos del catolicismo fervoroso de mi abuela paterna, a la que no conocí: una del Ángel de la Guarda, otra del Santo Niño de Atocha y otra de la Virgen. Tuve, sin embargo, muy

poca información religiosa. Me acuerdo de una noche en que mi única tía devota me estuvo contando cosas de la Virgen. Cuando llegué a mi casa pregunté a mi mamá algo referente a la Sagrada Señora. Mi mamá me contestó mostrándome la de la estampa; pero yo no quería que me hablase de ésa, sino de la del cielo. No pudiendo explicarle que me refería yo al original y no al retrato, le dije que le hablaba yo de la «Virgen de tripa», queriendo decir la de carne y hueso, la auténtica, la tangible, la verdadera. A esos extremos llegaba —¡horror!— mi materialismo. A la Virgen del Cielo la imaginaba yo con tripas y todo. Y es que en mi casa nadie practicaba la religión: no se casaban por la Iglesia, ni nos bautizaban, ni iban a misa. Mi abuelita tenía fe profunda en un Dios que se imaginaba muy bueno, y con ella murió; pero nunca me hablaba de Cristo Rey. A mi madre y a mis tías las oía yo asegurar la supervivencia del alma. Eso era todo. No me enseñaron los mandamientos, ni los pecados capitales. No sabía yo qué cosa era el catecismo, que otros niños recitaban como loros. Más tarde, cuando tenía yo nueve años y andábamos por Campeche, mi papá nos leía y explicaba algunas páginas de los Evangelios. Se me hablaba de Jesucristo como de un hombre tan bueno como mi abuelo.

Una vez sí le bese la mano al Obispo de Tabasco. Mi padre era muy amigo suyo. A veces llegaban juntos a la casa, cogidos del brazo, o moviendo mucho las manos, como discutiendo, pero riéndose mucho, y los criados les sacaban dos sillas de mimbre a la puerta, y en ellas estaban horas y horas, hablando, hablando. Aquel día yo me acerqué y mi papá me dijo:

—Bésale la mano a don Leonardo... A éste, sí.

Don Leonardo Castellanos me hizo besar un anillote que tenía en un dedo, me acarició la cabeza y me dijo:

—Anda a jugar, hereje...

Mi nana era Paula Taño, negra o mulata, quizá nieta de los africanos que llegaron a Tabasco acompañando a los corsarios fugitivos de las Antillas, o acaso de alguno de los cubanos de color que atravesaron el Golfo cuando la llamada «Conspiración de la Escalera». En mi vida infantil, Paula fue la calle, el pecado. Paula me quería muchísimo. Yo era poco travieso y muy avisado. No le daba mucho quehacer y aprendía bien sus historias y los apodosos que les ponía a los amigos de la casa. Los soltaba yo luego en público, con gran regocijo de ella. A un médico calvo me hacía llamarle «mi tío postizo», por el bisoné que, según ella, usaba; a Hipólita, una cocinera nuestra, muy respondona, me hacía llamarle «la niña Polita», como los criados dicen allá a las señoras. A don Tacho, un anciano indigente, soldado de la lucha contra la Intervención Francesa, a quien mi tía Matilde había acogido en su casa, me hacía gritarle «¡Viva Francia!», el grito con que la chiquillería volvía loco al viejo maniático de patriotismo; a Monchito Becerra, mi vecino y el mejor amigo de mi infancia, secretario del gobernador Abraham Bandala, me hacía decirle los más atrevidos motes... Era burlona y deslenguada, famosa en la población. Yo creo que me quería mucho; pero me enseñaba también palabras feas, y las malas lenguas decían que me hacía cosas malas. Si se juzga por cuánto la quería yo, a mí me deben haber parecido muy buenas. Paula se bañaba dos o tres veces todos los días, y hasta cuatro, y se jabonaba con jabón de Reuter. Olía muy bonito, a pesar de la mala fama de los negros —recuerdo muy bien su olor— y tenía la carne fresca, negra, dura y brillante. A mí me gustaba su carne hasta más que las baldosas frías del corredor de mi casa.

Ése era el escenario y ésos los personajes de mi mundo primero. Tenía yo comodidades, pero no sabía que otros carecían de ellas; tenía yo una criada para mí solo, sin saber que era un privilegio.

PRELUDIOS REVOLUCIONARIOS

Mi escenario se amplió a los cuatro años. Hicimos un viaje a la finca de mis primos. Surqué los grandes ríos del trópico, vi a los lagartos tomar el sol en sus márgenes, a legiones de monos hacerse carantoñas entre la espesura: sentí el misterio de la selva. Y conocí el mar, las olas violentas del Golfo de México. La finca de mis primos era sencillamente maravillosa: miles de cocoteros gráciles, serenos framboyanes —así, framboyanes, con r, les decíamos en Tabasco— y arboleda tupida y múltiple. De un lado, el río caudaloso; del otro, el Golfo ululante. Íbamos al mar al amanecer, antes de que cayese el fuego del sol. Yo me metía solo o con mi abuelita en las caletas que se formaban en la playa, y luego entraba de la mano o sobre los anchos hombros de mi padre a recibir el golpe de las olas. En tierra, mi descubrimiento más importante fueron los cangrejos —los había por legiones, hasta dentro de la casa: amarillos, negros, morados, rojos— y me divertí mucho con los más pequeños, con los inofensivos. Recuerdo entre nubes, o más bien con intermitencias de la memoria, la carga de la copra en las márgenes del río. Me impresiona todavía la figura de don Manuel Sabugo, el mayordomo de la finca, un español alto, seco y cojo. Recuerdo muy bien a Pancho Gómez, que era el hombre de confianza de mi tío, un ser entre criado y pariente que se reproducía sin cesar, dotando así de sirvientes, de «entregados» —medio hermanos y medio criados nuestros— a las tres familias Foucher. Recuerdo también que los peones nos saludaban respetuosamente, arrastran-

do sus grandes sombreros de petate. Cuando entré con mi tía en sus chozas, me topé con el piso de tierra y el ajuar de latas y cajones, con el mundo pobre que yo ignoraba. Pero «La Montaña» —así se llama la finca— sigue siendo para mí una ventanita misteriosa, a modo de nicho enrejado, que había en mi cuarto y que todavía no sé para qué servía ni para qué había sido hecha. Nadie me lo explicó, mi cabeza infantil trabajó mucho en descubrir el enigma, y la finca y la ventanita son uno en mis recuerdos. En cuanto a la Revolución, a pesar de que este primer paseo debe haber sido en plena época maderista, yo no la encontré por ningún lado: la Revolución visible para un niño, no llegó a Tabasco hasta 1914.

Sin embargo, México se sacudía. Mi padre había dejado de ser juez y se consagraba a sus clases del Instituto y al despacho de abogado que tenía en la calle de Juárez. Ya no gobernaba la provincia el famoso don Polo, don Policarpo Valenzuela, dueño de la casa en que nací y de medio Tabasco, de quien Paula maledicente nos contaba que tenía el diablo pintado en la espalda: nosotros lo tomábamos al pie de la letra: ¡qué ansias, las de mis hermanas y las mías, de verle la espalda al viejo gobernador...! Por entonces estuvo en Tabasco don Francisco Madero. Yo no sé si lo recuerdo o si he construido su figura pequeñita y su rostro risueño en la misma forma que mi fantasía modeló la de mi abuelo. Pero sí recuerdo al doctor Manuel Mestre Ghigliazza, el gobernador maderista de Tabasco, poeta, médico, periodista, hombre físicamente impresionante, bien plantado, ídolo de la chiquillería que lo aclamaba cuando pasaba por la Loma de la Encarnación montado en su caballo de gran alzada. Recuerdo que un día vimos a Madero en la Plaza de Armas —Paula y yo— y lo aplaudían y le tiraban besos volados las mujeres del pueblo... Poco después se supo en Tabasco que Madero y Pino Suárez habían sido asesinados. La atmósfera estaba cargada: yo mismo puedo contar algunos antecedentes de lo que ocurrió en 1914.

Una madrugada tamborearon la puerta de mi casa. Yo dormía en el cuarto de mis papás. Oí bien que les decían que había sido herido mi tío Rodolfo Brito, esposo de mi tía Matilde, y que lo llevaban para su casa. ¿Miré por las persianas? ¿Sólo es imaginación...?

Yo recuerdo un escalofriante cuadro: una hamaca cubierta con una colcha roja, en hombros de unos señores embozados. Quizá es sólo fruto de mi fantasía infantil porque hubiera sido absurdo llevar a mi tío, mortalmente herido, hasta mi casa, que quedaba lejos del camino que llevaba del río a la suya. A mi tío Rodolfo, poco lo recuerdo en vida. Era un hombre alto, fornido, de grandes bigotes, de aire distraído, muy dulce con sus hijos y con nosotros. Pero sí lo recuerdo muerto. El blanco sudario y los cirios se nos quedaron grabados para siempre. La historia que frente a ellos oí contar fue aun más impresionante que el velorio.

Mi tío fue el abogado más influyente en Tabasco durante el gobierno de don Porfirio. Fue en vida uno de los hombres más atacados por sus enemigos, a pesar de ser, como mi padre y toda la familia, laico, de ideas liberales. Para mis ojos de niño no fue como lo pintaron sus odiadores. Mi madre lo quería mucho. Casada mi tía Matilde con él, mi abuelita, mi madre y mi tía Consuelo —la hermana menor— vivieron con ellos, como en propia casa. Allí comía un ejército de pobres. La familia tenía como agregados un sinnúmero de personas que borrosamente recuerdo: María, Honoria, Natalia, las Alejandro... «Crianzas» se llamaba en Tabasco a estos apéndices de la familia feudal, trasunto de las azafatas españolas, que vivían sirviendo en la casa en un plan de igualdad, o casi de igualdad, más como damas de compañía que como criadas. Algunas eran ahijadas de mi tía o de mi abuelita. Natalia tocaba la guitarra y escribía versos y canciones. Cantaba, entre otras cosas, un supuesto diálogo entre una de ellas y mi tía, que se oponía a su noviazgo:

—Mi querida madrinita
voy a pedirle una cosa,
que me deje usted pasar
por la calle 'e Zaragoza...
—Ay ahijadita de mi alma
eso sí no puede ser,
pues te robará la calma
el porfiado de Manuel...
—Eso a usted le importa poco,
yo sé lo que debo hacer,
con que hasta luego, madrina,
no me ha de volver a ver...
Anda malagradecida,
te puedes casar con él,
y he de reír cuando sepa
que ya te mató Manuel...

Mí tía costeaba los entierros, los casamientos y todas las solemnidades de sus «crianzas» y de sus familiares, que la llamaban cariñosamente «doña Matildita». A menudo ella, mi abuelita, mi madre y mi tía Consuelo se envolvían en sus chales negros y salían de casa cuchicheando. Pasaban la noche fuera: habían ido a cuidar un enfermo o a velar un muerto, familiar de «crianzas» o «entregados». La relación era de protección y ternura de arriba hacia abajo, y de rendimiento, gratitud y fidelidad incondicional de abajo hacia arriba.

«Entregados» había siempre muchos, pero nunca eran maltratados. Cuando uno de los niños, tomado por el ambiente de la calle, descargaba un golpe sobre uno de ellos, recibía una reprimenda o se le adjudicaba, talionescamente, el mismo golpe que él había dado.

Yo sé que en las fincas de mi tía estaba prohibido el cepo —que se usaba en casi todo Tabasco—, que no se pegaba a los peones, que no se hacía trabajar a los niños ni a las mujeres embarazadas.

—Somos propietarios —oí decir muchas veces a mi tía—, pero no verdugos...

Además, en mi abuelita, en mi tía Matilde y en sus hermanas y su hermano había un calor humano extraordinario, y en ellos no se podía poner más que amor. Sin llegar a rebeldías extremas ni a doctrinas políticas —imposibles en mujeres de su época y de su medio—, ellas limaban las asperezas de aquella vida patriarcal, feudal, medioeval... Mi tía era entonces una mujer joven, hermosa, morena, de ojos grandes y apasionados. Dentro de las limitaciones inevitables de la provincia, era una mujer culta, que alcanzaba la adivinación de todas las cosas. Y, sobre todo, ponía nobleza y entusiasmo altruistas en cuanto pensaba, decía y hacía. En Tabasco quedó la leyenda viva de su bondad, que sigue eslabonada a la de sus padres. Fue una mujer hecha en la tragedia y para la tragedia. Cuando tenía diez años, recogió de la calle a su padre, moribundo: fue desde ese día la segunda madre de sus pequeños hermanos. Y, cuando estaba en plena juventud, le llevaron un día a su marido, agonizante. En una habitación oscura, casi sin comer ni dormir, vivió meses enteros, entregada a su desesperación, sin maldecir nunca al asesino. Cuando el juez la interrogó sobre la muerte de su esposo, dijo que no le interesaba que se castigase al matador. Plantas de una semilla de civilización y de cultura depositada quién sabe por qué azar en los campos de la violencia, mi tía y sus hermanos decían siempre que un pariente o un amigo mataba a otro hombre, ya fuera en defensa propia, o en duelo, o en la espantosa riña tabasqueña:

—Mejor que lo hubieran matado a él... Tú abuelita prefería que sus hijos fueran los muertos... nunca los matadores...

Mi tío fue muerto a tiros, villanamente. El general Victoriano Huerta estaba en el poder. Retirado mi tío de la política desde la caída de don Porfirio, enfermo de los ojos, casi ciego, pensó pasar

a México a operarse. Quiso visitar, antes, una de sus propiedades, el ingenio de Santa Rita. El nuevo mayordomo, un hombre de antecedentes turbios, tuvo una disputa con él. Unos la atribuyen a cuestiones personales, otros dicen que buscó simplemente un pretexto para ejecutar lo largamente premeditado. Sin que el licenciado Brito pudiera defenderse —no veía— le descerrajó varios balazos que lo hirieron en la boca y la garganta. Cayó al suelo. Todavía resuenan en mis oídos las palabras que desde allí pudo todavía decirle mi tío, y que tantas veces oí repetir. Es una sentencia que sólo puede brotar de la hombría en trance de muerte:

—¡Don Domingo, así no se mata a los hombres...!

A los hombres de verdad, quería decir, se les mata de frente y sin ventaja. El licenciado Brito era un hombre de valor personal bien probado, con una historia de desprecio a la muerte que en el ambiente de Tabasco era y es la cualidad más estimada por todos. El heridor huyó. Tan luego llegó mi tío a San Juan Bautista, llevado por sus fieles, mi primo Rodulfo, que tenía menos de quince años, embarcó en un «motor» para ir en persecución del asesino. Después de la leyenda del valor de mi abuelo y de mi tío, empezaba a caer sobre mis oídos otra nueva y vibrante: la de mi primo. Como un grabado heroico se me quedó en la memoria el cuento de la aprehensión de don Domingo, que huía a toda prisa en una barca de remos, armado hasta los dientes, y que, al ver al hijo de su víctima, se entregó sin lucha. Los broncos tabasqueños que iban a dar el pésame a mi primo, le decían que «debió matarlo ahí mismito». Mi tío murió tres días después de ser herido. Se lo llevó la hemorragia, que no pudieron contener.

Lo cierto es que yo entonces empecé a oír que había en el mundo dos grupos que se odiaban a muerte, que había furia contra los ricos y los poderosos, aun contra los buenos.

Mis primos dejaron la casa grande que ocupaban y vinieron a vivir frente a la nuestra. El clan Foucher definía sus contornos, se robustecía con la desgracia. Mi tía Matilde era la mayor de sus hermanos, y sus hijos los mayores de la nueva generación: su casa era la casa matriz. Desde entonces yo viví pegado a ellos, y muchos de mis conceptos se formaron bajo su influencia.

Nosotros teníamos un criado, que lo había sido de ellos. Se llamaba Polo. Era un muchacho indio, con la mirada helada de la raza, pero con una sonrisa afectuosa en los labios. Polo me llevaba a pasear al Parque Juárez, a la Plaza de Armas, al Playón —una planicie de grama y montazales verdes en las márgenes del Grijalva— o jugaba conmigo en la casa. Fue uno de mis criados más queridos. Yo no sé que me dijo de Don Porfirio y de mi tío: fue, desde luego, algo relacionado con la política o con la riqueza. Yo se lo conté a mi primo. Sólo recuerdo que una noche mi papá, nervioso, habló a solas con Polo. Yo debo haber entendido que era algo referente a mi pecado, porque me escondí detrás de un armario. Mi padre se dio cuenta, me hizo salir y me dio una cachetada:

—Por hablador, por chismoso —me dijo.

Para mí, que nunca había recibido de él ningún golpe, fue tremendo el castigo. Polo estaba ya en el fuego creciente de la rebeldía. En 1917, en plena revolución, lo vi un día por la Cruz Verde y fui a hablarle. Andaba roto, astroso, flaco; pero con su fusil. Lo acompañé hasta su cuartel, que estaba en la Iglesia de Esquipulas. Polo me dijo que iría a vernos a la casa; pero no fue nunca: nos contaron que lo mataron poco después.

Yo era de mal genio: alzaba la mano con facilidad. Mi primera víctima fue Fernando, hijo de Pancho Gómez, el criado de mi tío. Le pegué una vez y me castigaron. Otro día, cuando el pobre niño dormía en la acera su siesta tropical, mi amiguito Pipo, vecino de mi casa, se puso a orinarle la cara.

—Despiértate, Fernando, que está lloviendo.

—¿Qué cree, niño, que no siento que está calentito...? —le dijo abriendo sus ojos risueños.

La mala travesura me costó la más violenta reprimenda de mi padre; pero el ambiente feudal me dominaba. Y tuve pronto otro criado: Martín. Martín me llevó una tarde al Teatro Merino. Vimos una película de Toribio. (¿Quién era y qué se hizo aquel cómico?) A la salida, con sueño, malhumorado, empecé a pegarle no sé con qué motivo, o probablemente sin motivo. Martín era un muchacho fuerte, mayor que yo, con unos ojos chiquititos, vivos y guasones, que me molestaban mucho. Se defendía sin hacerme daño, burlándose un poco. Eso me irritaba más. Un hombre que estaba en la puerta de una casita pobre me miró con odio, con ojos rabiosos, que nunca había yo visto antes, y gritó que «todo eso iba a acabar cuando viniese la revolución». Mi papá supo en seguida lo que había yo hecho. Me dirigió una de sus miradas más severas. Después de haberme fulminado, me dijo que no les pegara yo a los criados, que eran niños como yo, iguales a mí y sobre todo a él, porque era hijo del carpintero de Teapa, porque siendo niño había sido tan pobre como ellos y repartía en su pueblo la leche y las pasturas, y no sé qué más. Aquello me impresionó terriblemente, no sé si bien o si mal. Creo que mal, porque yo me creía un niño «decente».

No se me olvidó ya, nunca, que yo era nieto de un carpintero. Años más tarde aquello se me hizo alegría, hallazgo, descubrimiento de mi cercanía al pueblo... La verdad es que toda mi infancia fue un estira y afloja, una incertidumbre: estaba yo socialmente en una confluencia, en un hibridismo que era de imposible superación para un niño.

PROSAPIA

Visitas y charlas familiares acabaron de informarme sobre nuestros linajes.

Cerca de mi casa vivían tres primas de mi papá, las Iduarte, modistas, las más queridas de todas mis tías. Cuando daba yo mucha guerra, mi mamá me mandaba a su casa a decirles que me dieran «un tenmeacá». Ellas me daban cualquier cosa y me retenían: así aprendí que las manzanas —frutas raras en Tabasco— se llamaban «tenmeacás». Dos de ellas eran viudas y la tercera, mi tía Chepita, la más arrugadita, era soltera o, más bien dicho, solterona. Mi tía Honoriana tenía un hijo, Alfredo, dueño de una sombrerería, y tres hijas bonitas, dos rubias y una castaña como nosotros: la mayor cosía con ellas y las otras dos, inteligentes y estudiosas, eran ya profesoras de la Escuela Normal. Mi tía Lola sólo tenía un hijo, Lorenzo, que andaba navegando en los ríos, muy lejos de San Juan Bautista. Así me enteré de que no todos mis parientes eran hacendados, médicos, abogados, políticos. Eran gente de trabajo, honrados y valientes como todos los Iduarte de Teapa. Eran, además, trigueños: ahí me enteré de que quizá tenían mezcla india, y de que yo quizá también la tenía. En esa casa todos me querían mucho: era yo hijo «del primo que salió de perico perro» (allí oí, por primera vez, esa frase). Pero recuerdo que un día me dijeron que yo no era rico, que yo vivía del dinero que ganaba mi papá, que no creyera yo que en mi casa teníamos dinero, que no fuera yo presumido...

Tenía yo otra pariente, que casi era criada, o poco le faltaba. Sí, parte de la familia de mi padre era muy pobre; mi abuelo Eulalio fue agricultor, ebanista y herrero como sus padres y sus abuelos: se ganaban la vida con sus manos, les gustaba su oficio y eran celosamente independientes. Lo que no quitaba que fueran decidores y alegres, y buenos músicos; mi abuelo, buen tocador de guitarra, cantaba muy bien. Mi papá estudió gracias a una beca del gobierno, fue uno de los mejores estudiantes de su tiempo y lo hicieron profesor de la escuela primaria y luego de la Normal. Se graduó de abogado y pronto ocupó altos cargos en la judicatura y dio clases de filosofía y derecho en el Instituto Juárez. Siempre rehusó los puestos políticos que le ofreció la Dictadura, y nunca firmó los habituales cantos electorales al general Díaz: en estas notas se ve el recuerdo de su origen, la marca de su estirpe. Casó con mi madre, que era también muy pobre, hija del gobernador Manuel Foucher, asesinado cuando ella tenía tres años: desde entonces, mi abuelita fue pensionista del erario; pero con apellidos estimados en el Sureste —Paullada y Molina—, cuñada de un hombre prominente —el licenciado Rodolfo Brito— y, además, rubia. Su rubiedad es muy importante aunque, fuera de aquel ambiente, no lo parezca. La blancura de la piel y el azul de los ojos de buena parte de la familia, la aureola de integridad y entereza de mi abuelo, la fortuna que tuvieron los Paullada y la que tenían los Brito Foucher, produjeron una situación social que enclavó nuestra infancia en la contrarrevolución.

A Tabasco llegaron mi tatarabuelo y su hermano, vasconavarros del Valle de Baztán, a fines del siglo dieciocho o a principios del diecinueve en la balandra corsaria de la Compañía Guipuzcoana Nuestra Señora de Aránzazu, escapados en rebeldía del servicio militar español. Poca preocupación hubo en ellos y en sus hijos por el árbol genealógico o poco tiempo les dejó para ello el tra-

bajo de la tierra y del taller, porque lo vascuence no lo confirmé yo hasta años después de muerto mi padre, en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, gracias a mi ilustre y pintoresco profesor de Derecho Romano, don Francisco de Paula Herrasti, que era un perito en heráldica. De niño, oí decir que mi tatarabuelo hablaba una lengua extranjera, que le decían «el inglés», que era de Escocia o de Irlanda, y que los tabasqueños alteraron su apellido porque no sabían decirlo ni escribirlo. El idioma extraño —y tan extraño— era, sin duda, el vascuence. Pero el origen británico me gustó en la adolescencia: viví la crisis del valor personal, inevitable en todo tabasqueño, y pude inventar que mis antepasados fueron corsarios de las Antillas. No conservamos el único retrato que en vida le hicieron a mi tatarabuelo —pérdida que lloraba mi tío abuelo Efrén Iduarte, el cronista de la familia: fabulosa memoria, graciosa pluma—, pero sí los de mi bisabuelo y sus tres hermanos, que mi padre tenía arrumbados en viejo baúl: ojos duros, facciones angulosas, ausencia de bigote y barba en una mandíbula fina y fuerte. Supe, además, que mi tatarabuelo era tan vigoroso que de un puñetazo puso fuera de combate a un hombre que lo atacó con un cuchillo. Supe, también, que cazaba a los tigrillos con machete: en mi casa guardábamos uno, grande, bien disecado, que asomábamos o arrojábamos a la acera, a «la escarpa», para reírnos de los transeúntes asustados. Pero todo esto, en realidad, sobraba: para tener antecedentes épicos me bastaba con recordar que la familia era de Teapa, el pueblo de cuyo cementerio se decía que era una mina de plomo por la cantidad de muertos a tiros que habían sido allí sepultados.

Gente muy honrada los Iduarte, muy viril, de una pieza; pero vinieron las mezclas y dentro de ella empezó, también, la diversificación, la variedad. Porque mi papá tenía parientes ricos, aunque siempre más campesinos que los Foucher. Algunos as-

cendieron a las capas superiores por su capacidad y su esfuerzo; otros por el alza del cacao y del café que sembraban; y otros por matrimonios más o menos ventajosos. Incluso el de mi papá lo fue, en un sentido estrictamente social.

Prueba de este hibridismo eran tres de mis parientes: rancheros, ricos, rubicundos, temibles. (Este tipo feudal también se daba entre los parientes de mi madre). Traían a mi casa muchachas de servicio, «entregadas», y después, con cualquier pretexto, en general con el de cambiarlas por otras más trabajadoras, se las llevaban. Mi abuelita descubrió que las pasaban a otra de sus fincas, cuando ya las veían en sazón, para violarlas y gozarlas a su antojo, sin obligación ni compromiso con los padres. Se hizo un pequeño escándalo en el seno de la familia, fue salvada una de ellas y mi casa dejó de servir de ratonera o estación de engorda. Esta costumbre no era extraordinaria entre los propietarios tabasqueños, muy estimados, por supuesto, en la buena sociedad.

En cambio, dos primos hermanos de mi papá eran la contrapartida: mis tíos Carlos y Pedro Padilla Iduarte. Mi tío Carlos, hombre tranquilo y de hogar, hacía una vida apartada en su rancho y, en los momentos críticos, seguía a su hermano Pedro, que era el mayor y el dinámico. Este mi tío Pedro tenía un tipo extraño: mal vestido, barbudo, descuidado, a mí, acostumbrado a la gente bien arreglada, me llamaba la atención. Lo recuerdo siempre excitado, exasperado, diciendo palabras fuertes: a mi casa sólo llegaba en los momentos graves de su vida, que fueron muchos. Su existencia fue una sucesión de aventuras. Un día supe que estaba preso: es la primera vez que oí la palabra «incomunicado». Esto ocurrió durante el gobierno de Victoriano Huerta. Mi tío Pedro, audaz, valiente, se metió por sorpresa en el Puerto de Frontera, con sólo cincuenta hombres, e hizo huir a la guarnición. Pero lo cogieron poco después y lo condujeron a San Juan Bautista. Se dijo que iban

a fusilarlo, o a aplicarle la famosa «ley fuga». Mi papá habló con el gobernador y le salvó la vida. Después que lo trajeron a la cárcel de San Juan Bautista, le mandábamos la comida de mi casa. Me acuerdo que, irreductible, se comunicaba con mi papá enviándole papelitos ocultos en el arroz que dejaba. No sé si lo absolvieron o si la Revolución triunfante lo libertó. Este tío, «el malacabeza», era el que más me simpatizaba. Apenas llegaba a la casa corría yo a espiarlo por las rendijas de las puertas. Estaba ante un misterio: era el maderista, el revolucionario.

Frente al silencio heráldico de mi familia paterna estaban algunas ingenuas vanidades de la de mi madre. El mayor orgullo era el apellido francés y, además, francés ilustre. Provenía de una familia de Nueva Orleans llegada a Tabasco a principios del XIX: mi tatarabuelo Zenón Foucher no quiso ser norteamericano a la venta de la Luisiana y se incorporó, como buen número de gente de su clase y de su origen, a la Independencia de México. Un investigador travieso me indicó la proximidad de dos fechas: la de la aparición de su nombre en documentos de Tabasco con la prohibición que Francia hizo de la trata de negros en las Antillas; pero otro, simpatizante de los Foucher, me contó que dejaron la Luisiana porque, desde la Revolución Francesa, declararon libres a los esclavos de sus plantaciones, y no quisieron someterse a la crueldad creciente en ellas desde la llegada de los nuevos amos: *kentuckies* les apodaban los franceses y los *créoles*, en respuesta a los mote de *foreigners* y *frogs*, con los que aquellos los discriminaban. No es imposible, por otra parte, que Zenón Foucher y su suegro Sebastián Esteve —rico catalán establecido en Nueva Orleans, que aparece junto con él en Tabasco— hayan tenido alguna relación con Jean Laffitte: su ámbito era el mismo. Lo cierto es que Zenón tomó parte en la defensa de Nueva Orleans contra la última agresión inglesa, en 1814, como uno de los jine-

tes del batallón Saint-Charles, a las órdenes directas de Trudeau. Es un hecho, también, que Zenón vivía en un mundo francés tradicional, aristócrata, pero bonapartista: «aristócratas rojos», se les llamaba.

En cuanto al pasado, el primer Foucher pasó del Poitou al Canadá a mediados del XVIII y, luego, a la Luisiana: su hijo Pierre fue conocido capitán durante la dominación francesa y luego, durante la dominación española y hasta los comienzos de la norteamericana. Alto funcionario público: se le menciona en la historia de la periferia española como don Pedro Foucher. Sus hermanos Joseph y Antoine tuvieron otros cargos de significación en la misma época. Su hijo Zenón aparece en Tabasco hacia 1821, y su hijo Esteban, nacido todavía en Nueva Orleans, toma parte, en 1847, en la defensa de San Juan Bautista contra la escuadra norteamericana del comandante Perry. Pero el núcleo de la familia Foucher sí aceptó la nueva situación norteamericana, y en Nueva Orleans vivieron y viven muchos de ellos, aun ricos y prominentes. Aparte de lo que digo, ha habido, claro, fabricaciones sin prueba documental: que los Foucher de Tabasco descienden de uno de los ilustres maestros, doctor de la Universidad de París, que enseñó en Tlatelolco en el siglo XVI; que eran de la misma rama que la novia y luego esposa de Víctor Hugo, Adela Foucher (así se llamaba, por cierto, mi madre); y obras visiblemente caprichosas.

En suma, la preocupación primera no era la de ser nobles: era la de ser blancos, la de no ser indios, la de descender de los amos en tierra de conquista. En Tabasco y Campeche, antes de la Revolución, cualquiera prefería ser de la Isla Tortuga que de Chichén Itzá. Mi mismo abuelo Manuel Foucher —francés por los cuatro costados, pero ya nacido en Tabasco— pasó por una etapa de agudo galicismo, aunque rectificó a tiempo y vivió en lucha con la iglesia y contra el latifundismo, para morir a su hora como

juarista fervoroso. Eran los tiempos en que nadie quería ser indio, comenzando por don Porfirio Díaz, a quien casi logró blanquear doña Carmelita Romero Rubio, y quien —salvo para un etnólogo perspicaz— ya no parecía hijo de doña Petronila Mori. Un apellido francés o inglés, y unos ojos azules, eran en la península la más rancia aristocracia. La sangre española era también muy estimada pero, por frecuente, perdió rango y, además, se sabía que los indios tomaban los nombres de sus encomenderos. Y se ignoraba que en el mundo francés y en el inglés, los esclavos hacían lo mismo.

En cuanto a la familia de mi abuelita materna, sólo sé que su medio hermano, mi tío Carlos Paullada Escoffié, decía que tenían títulos nobiliarios. No he visto nunca el «Gran libro de la familia» que él guardaba, pero sí el resumen que hizo a máquina mi tío Manuel, su hermano. En 1810 llegó a Campeche, como piloto del bergantín *Isabel*, mi tatarabuelo Esteban Paullada y del Castillo de San Vicente, gaditano, de ascendencia probablemente catalana o valenciana, aunque mi tío Carlos asegura que francesa, de Burdeos. Hizo fortuna con las salinas y el palo de tinte y sus hijos fueron personas de viso en Campeche: Juan Paullada Molina tomó parte en la separación de Yucatán, y Esteban, mi bisabuelo, fue coronel a las órdenes de don Santiago Méndez, y por sus actos heroicos, se le ha llamado «el héroe de Izamal y de Chiná». Juarista recalcitrante en plena ocupación francesa de la Isla del Carmen, uno de los padrinos del Liceo Carmelita y siempre hombre de pro, fundó allí la rama de que provengo. Su hermano Juan —u otro: no lo sé— volvió a la tierra de sus abuelos y de allí vienen los Paullada Girón, los Paullada Gutiérrez y los Fernández Paullada de Chiclana, de Jerez, de Cádiz y de Puerto de Santa María. Había en esa familia, sin duda, un auténtico sentido de decencia —en el buen sentido de la palabra— que estaba muy lejos de descansar en la raza, en el color de los ojos y en el origen del apellido. Había el

ímpetu para acometer empresas heroicas, la pasión por servir al desvalido y, además, por la lectura. Es verdad que en nuestras casas se leía lo bueno y lo malo, lo grande y lo pequeño, sin mucho refinamiento ni consumado gusto literario; pero, en medio de la selva, después de cinco generaciones en la selva, se comentaban allí los románticos franceses y españoles y, en plena Revolución, Manuel Gutiérrez Nájera y Rubén Darío ocupaban el sitio de honor en las veladas hogareñas. También es cierto que el ideal apostólico estaba un poco enfermo de ambición caudillesca, de creencia en la predestinación para el mando, de suficiencia patriarcal; pero sin que los empañara la ambición de ilícitos beneficios personales.

De todo esto se desprende la complicada situación de mi casa: unos primos míos eran castaños como nosotros, pero ricos; y otros no tenían fortuna —como nosotros— pero eran rubios. ¿Éramos de raza blanca...? Por el color, sí; por las facciones, quizá. Nadie puede asegurarlo porque nuestro árbol genealógico —decía yo ácidamente— es un arbustito melancólico, lleno de podaduras y de costurones, que se nos queda, por el lado que más alcanza, en los bisabuelos. Somos —he aquí un consolador hallazgo para los racistas— de raza blancuzca. A mí me creen español, los españoles; flamenco, los flamencos; alemán, los alemanes; pero si un antropólogo me examina, es posible que el gozo de mis amigos caucasistas se vaya al pozo. Y así, los demás: el ojo, un poco oblicuo; la tez de algunos, acaso demasiado canela; la frente, en algunas ocasiones, muy estrecha; el pelo, a veces de muy apretados rizos... Pero todos nosotros teníamos una gran tranquilidad de conciencia porque sabíamos que, al nacer, no dejamos ver el tis morado, esto es, el coxis: y eso, según las obsesiones europeístas, indicaba que no había mezcla con ninguna de las razas vencidas.

Mi padre me dijo alguna vez, en respuesta a alguien que nos habló del origen vasconavarro, de la casa solariega y del escudo de

ella: «Lo que sé de mi padre y mis abuelos, es que eran hombres trabajadores y rectos, buenos y valientes. Todos nos hemos ganado la vida trabajando, unos con las manos, otros con la cabeza: entre nosotros no ha habido nunca un ladrón, ni un cobarde, ni un traidor a la patria... Y que México fue la tierra de ellos, es la mía y es la de ustedes. Si a eso le llaman aristocracia ¡qué bueno! Si no lo es, tanto peor para los que creen en la otra, que no vale nada».

La avalancha ya se oía. Las ideas de reivindicación social, la cultura y la nobleza de mi padre no eran las que a nosotros iban a encasillarnos. Hay cosas superiores al deseo y a la voluntad de un hombre. Mi padre era sencillo personalmente, de origen familiar humilde. Vivía libre de lujos, limpio de frivolidades. No sólo no era clerical, sino anticlerical militante, masón, positivista, discípulo en su filosofía de don Gabino Barreda y de Agustín Aragón, reacción natural a la infancia de sacristía que le dio su madre. A través de veinte años de ejercicio judicial impecable, no tenía un centavo. Y en el Instituto Juárez había formado a los muchachos más avanzados de la hora: en las rodillas de los futuros líderes —Rafael Martínez de Escobar, Francisco J. Santamaría, Manuel Bartlett— cabalgué yo muchas veces. Tampoco iba a encasillarnos la memoria de mi abuelo Manuel Foucher, a pesar de estar tan viva, de ser tan fuerte.

Al clan Foucher la blancura y la colocación social lo hacían, de plano, contrarrevolucionario.

LA REVOLUCIÓN

A los seis años me pusieron en la escuela. Fui al colegio particular y laico del profesor Gonzalo del Ángel Cortés, que estaba muy cerca de mi casa, en la calle alta de la Loma de la Encarnación. Mi abuelita me había enseñado a leer. Llevaba yo mucho adelantado.

Mi asistencia al colegio amplió mi radio de vida. Conocí al herrero del pueblo, a quien le gritábamos, usando una expresión muy de mi tierra, que tenía «cara de herrero mal pagado». Su aspecto pobre y sucio y su cara malhumorada llena de hollín, me hicieron pensar que había hombres a los que se les pagaba muy mal y sufrían mucho, y me fue preparando para las muchas malas caras que pronto iba a ver. También aumentaron mis relaciones con los vecinos, que me encontraban a la ida y a la vuelta del colegio.

Iba yo todos los días hasta la panadería de la esquina de la calle de Sáenz y echaba yo un níquel por la misteriosa ranura del mostrador. El panadero me daba un «gachupín» calentito y un «morrongo» dorado.

Mi papá me cogía de la mano y me llevaba a la farmacia de don Elías Díaz, donde compraba yo pastillas de goma y donde oía charlar a los señores que se juntaban con el boticario.

También íbamos a una tienda de baratijas, en la que siempre había muchos señores. Algunos pasaban a la trastienda a tomar copitas con el dueño. La mujer del dueño se llamaba doña Chona. Era una vieja muy alegre y más malhablada que su marido. Tenía

unos muñequitos con alfileres clavados en la cabeza, en el corazón y entre las piernas. El día que los descubrí —en una caja de zapatos— me dio un empujón y me dijo palabras feas. Años después me contaron que era bruja y alcahueta.

Pero también dentro de mi casa conocí cosas preciosas. Había días en que el cielo tronaba mucho. Mi madre nos explicaba:

—Está regañando Tata Dios...

De pronto sonaba un trueno muy grande y caía un golpe de agua que parecía que iba a quebrar las tejas. Mi madre y mis hermanas, en fantásticos trajes de baño, se lanzaban a la mitad del patio o se ponían bajo los caños, que vomitaban gruesos chorros de agua. La tierra húmeda olía, las ramas de capulín cubrían mi patio y mi pequeño mundo se agitaba. Después del baño, todavía rezumando agua, venían las carreras y los juegos infantiles:

—San Juan, San Juan,
San Juan nació el viernes,
el viernes nació San Juan,
San Juan, San Juan...

O cuando queríamos que la lluvia terminase:

—San Isidro Labrador,
quita el agua y pon el sol...

Al fin aparecía el sol tropical, ardiente, y media hora más tarde ya estábamos otra vez achicharrados.

Por las noches se extendieron mis observaciones hasta la esquina de mi casa, donde me juntaba yo con otros niños; pero muy débil físicamente y un poco arisco, criado entre faldas, prefería quedarme solo con los cucarachones (animalitos gordos, negros y

duros como piedras), que revoloteaban alrededor de la lámpara de arco voltaico que parpadeaba sobre nosotros, y que me gustaban tanto como los cangrejos de la finca de mi tía. Los hacía pelear entre sí, jugar carreras, subir y bajar pendientes, salvar obstáculos...

No sé si entonces, o antes, me topé de nuevo con la naturaleza. Fuimos a Teapa, la ciudad serrana en que nació mi padre. Por el río se iba hasta «El Rosario», la finca de mi primo Manuel Tellaeche, y de allí a Teapa, a caballo. Sólo recuerdo la casa de mi tío Pedro y el parque, donde mi tío Efrén, el jardinero, hacía letras y palabras con las flores. Y fue a la vuelta, en pleno platanar, en «El Rosario», donde hallé la civilización: el teléfono, que comunicaba la finca con el pueblo. También entonces fuimos a otra finca, «Las Delicias», de mi prima Josefina Tellaeche, y frente a su gran laguna oí historias terribles de los lagartos que saltan para perseguir a las gentes y de los que sólo podía uno escaparse corriendo en círculo, y me enseñaron las huellas de sus enormes uñas, recogidas por la tierra mojada. Sobre una planicie verde y húmeda di mi primer paseo elegante en una «calandria» traída de México. Y nos fuimos a San Juan Bautista. Antes de que terminaran mis vacaciones, me encontré con la Revolución.

Fue el 31 de agosto de 1914. Pasaron por la calle varios batallones, pero no en plan alegre. Los soldados venían muy cansados, muy tristes y muy sucios. Iban muy distintos de como los veía en la plaza de mi pueblo, cuando echaban al aire una tonada que yo, por enseñanza de Paula, interpretaba así:

El General Bandala
pura galleta da.
No te la comas toda,
déjame la mitá...

La corneta sonaba de otra manera que no había oído yo nunca. Los niños recibimos la orden de meternos a la casa y no asomar las narices ni a la ventana. Ese día me quedé sin tomar mi chocolate con mis hojaldras, mis hojarascas, mis chilindrinas, mis media-mantecas, el maravilloso pan tabasqueño que nos traía, calentito y oloroso, mi amigo el panadero. Algo extraordinario acontecía. Mi casa empezó a llenarse de gente que se encerraba con mis padres en las habitaciones interiores. Yo tenía siete años cumplidos y me hacía cargo de todas las cosas. Conservo nítidamente una plática entre mi primo Manuel y mi padre:

—Yo creo que debes irte esta noche.

—Yo no he hecho daño a nadie, el pueblo me quiere. No tengo por qué huir.

—Es que van a pagar justos por pecadores. No son momentos para hacer distingos. Pueden confundirte. Viene mucha gente de los pueblos que no te conoce, que no sabe cómo has sido.

—Yo te aseguro que no me harán nada.

Al poco rato vinieron a buscar a mi padre de parte de mi tía Matilde, para tratar del asunto de la salida. En la entrevista estuvieron presentes mi abuelita y mi tío Erasmo Marín, el médico. Éste era un hombre ajeno a la política, bueno y sensato. Sus opiniones ejercieron decisiva influencia en los otros tres jefes del clan Foucher. Mi padre volvió a la casa indeciso. Mi tío opinaba que «por las dudas» y para evitar disgustos a las mujeres y a los niños, era prudente dejar San Juan Bautista esa noche.

Volvieron a pasar tropas por la casa. Antes de que cayera la noche, oímos los primeros tiroteos. La puerta de la casa había sido cerrada con gruesas vigas y con un travesaño de fierro que nunca se le ponía. En la noche tocaron a la puerta. Era mi primo Manuel, que volvía a la carga. Al fin logró convencer a mi padre. Los tiroteos continuaron. Sin embargo, mi primo y mi papá salieron.

Cuando volvieron había ya escampado la balacera y empezaron los preparativos para el viaje. No sé si la ciudad estaba ya en poder de los revolucionarios, o si se había sublevado parte de la guarnición y había sido sometida. Lo que sí sé, es que mi papá dijo en la casa que contábamos «con toda clase de garantías». Nunca olvidé la frase.

Ya era de noche cuando emprendimos la marcha. En la puerta de mi casa nos reunimos los trece nietos Foucher. El clan materno precisaba aún más sus contornos. Los niños y las señoras íbamos en el centro. Protegiéndonos, marchaban mi padre, mi primo Rodulfo, mi tío Erasmo Marín, mi primo Manuel Tellaeché, mi tío Jerónimo Iduarte y otras personas que llevaban carabinas.

Sí recuerdo que miré con tristeza la casita en que nació. Volví mil veces la cabeza. No quería perderla. La recuerdo en medio de la noche, una noche inolvidable, como nunca había vivido otra noche, para mí de encanto y de miedo, mi primera noche de aventura. ¡Ah... mi casita, sobre aquella alta acera que los tabasqueños llaman —con razón— escarpa, cerca de cuyos bordes yo hacía pasar las ruedas de mi velocípedo, hasta escalofriarme ante el peligro de caer sobre las piedras grises entre las que crecía el zacate! ¡Poste del telégrafo al que yo aplicaba las mejillas para sentir fresco, mis orejas curiosas de descubrir los secretos misteriosos que circulaban por los alambres! ¡Barrotes de mi ventana en los que mi padre amarraba los domingos su gran caballo blanco, en el que iba galopando hasta Tierra Colorada! En aquella casita se quedaban mis pelotas, mi velocípedo, mis pizarras y mis pizarri-nes, mis canicas, y Maximiliano, Miramón y Mejía, mis tres muñecos predilectos... Yo quería que recogieran todo, que cargaran con todo lo mío. Recuerdo que mi preocupación mayor era llevar un juguete que tenía escondido detrás de una puerta: no sé si era un caballo de palo o una rueda... Allí se quedó parte de mi corazón, parte sin recuperación posible. Terminaba un ciclo de

mi vida y se iniciaba otro —acaso con término en la muerte— de vida mexicana, inquieta, febril, accidentada...

El clan Foucher bajó la loma. Íbamos hacia el río. Seguimos la calle de Lerdo. Me despedí de otro sitio querido: la carpintería de don Darío López, a donde siempre iba yo a ver trabajar el torno, donde me regalaban tablitas para jugar, donde me llamaban «el licenciado Viruta», seguramente para fundir la profesión de mi padre con el oficio de mi abuelo, o por mis condiciones de niño parlanchín como un picapleitos y delgado como una viruta. Doblamos en la esquina de la calle de Aldama. Salimos y tomamos la calle de la Constitución. Me despedí de la calle de Puerto Escondido, callejuela estrecha, barriobajera, que me interesaba mucho, que encerraba para mí un misterio: lo descubriría más tarde... Por allí había un hombre muerto. Antes nos habíamos topado con otro en la calle de Aldama, boca arriba, los brazos abiertos. Seguimos hacia el Parque Juárez. En la esquina de una calle ancha —se llamó, después, de Madero— nos lanzaron un «quién vive».

—Gente —contestó uno de nuestro grupo.

—¿Qué gente? —preguntó el soldado.

—Gente de paz...

Alguno de los hombres que iban con nosotros se destacó hacia la tropa y habló con ella. Seguimos hacia el Grijalva. Noche lóbrega. Recuerdo nuestro paso por el playón: oscuridad, cuchicheos, el ruido de la hierba que estrujaban nuestros pies... En el playón había un circo: el «Circo Beas». Mi familia temía que allí hubiera tropas o rebeldes. Se hablaba de un peligro. Nos aproximábamos con pánico al cono de lona. Pero pasamos sin novedad. Llegamos al río grande, al Grijalva inmenso. Nos metieron en una canoa. Las canoas campechanas —de Campeche— son unos barquitos buenos para la navegación, que se atreven hasta a desafiar el Golfo de México. A nosotros nos acostaron en la bodega. Yo debí haber-

me dormido porque no recuerdo más. Me contaron después que hubo un tiroteo en las márgenes del río, que había el temor de que le tiraran a la canoa y que, sin embargo, mi primo Rodulfo no quiso embodegarse e iba en la cubierta desafiando el peligro. Caía otra vez sobre mis oídos infantiles la noticia de su temeridad, que sedujo y entusiasmó mi niñez.

Frontera era un modesto puertecito. Mi papá tenía allí una sobrina que yo no sé ni cómo era ni cómo se llamaba. Lo único que recuerdo es que la tenía y que estaba tonta o atontada. Se había casado con un señor viejo, muy bien vestido, y tenían una casa muy bien puesta. Mis padres comentaron este matrimonio, hecho por la madre de ella. Empecé a entender cómo se hacían «los buenos matrimonios». Mi mamá también tenía un pariente en Frontera. Era simpático y muy cariñoso con nosotros. Debíamos decirle tío; pero nos ocultaban por dónde era el parentesco. Besó a mi madre y a mis tías. ¿Qué cosa era de ellas? Lo preguntamos con insistencia. Al despedirse volvió a besarlas. No sé cómo nos explicaron que era hijo de mi abuelo, pero no de mi abuela; que era hermano de ellas, pero que no era su hermano... Yo, de pronto, no entendí el enredijo: a mí me habían contado que tan luego se casaban dos gentes, les arriaban del cielo una canastita con un niño. Adquirí entonces el conocimiento importantísimo de que los hombres tienen hijos con distintas mujeres, pesqué una mentira y empezaron a germinar muchas inquietudes en mi cabeza. Mi tío Paco era fruto de un desliz de mi abuelo, posterior a su matrimonio; pero mi abuelita lo había querido siempre, y él otro tanto.

En un muelle improvisado tomamos el barco que nos llevaría a la Isla del Carmen, en el estado de Campeche, por la maravillosa red fluvial de Tabasco. Era un barco de río, como una casa de dos pisos, asentado sobre una base horizontal como un plato y empu-

jado por unas aspas enormes, pintadas de rojo, que batían el agua haciendo un ruido infernal. A los niños nos pareció una maravilla. Nos gustaba jugar en los corredores exteriores y ver cómo aquella ruedota ensortijaba el agua.

En el barco tuvimos desgraciados encuentros. El gobierno huertista huía de Tabasco y se embarcaba con nosotros. Ir junto con él era, sencillamente, jugarse la vida; pero ya no era posible retroceder. Salimos a media tarde.

En la noche vimos a lo lejos una especie de fogata. ¿Qué era? La fogata se acercaba. La fogata era la luz de otro barco. Mi tía Matilde y mi madre hablaban de esto en la proa, sentadas junto al barandal. Oí que mi tía hablaba de Dios. Algo le pedía y algo esperaba de él. De pronto, revuelo, extraños preparativos, carreras, órdenes...

—¡Todos los niños y las señoras a la baranda...!

En la baranda estábamos cuando se encontraron nuestro barco —que era el *Clara Ramos*— y el de los revolucionarios, que se llamaba el *Mariano Escobedo*.

—¡Viva la Revolución! ¡Viva Carranza...!

Y alzaban los fusiles amenazadores.

Rifles, pistolas, sombreros de petate con cintas rojas... y unas caras «de pocos amigos». Oí algunas palabras fuertes que no me asustaron ni me sorprendieron, porque Paula la negra me las había enseñado todas. Recuerdo que muchos saltaron a nuestro barco y lo recorrieron, y aprehendieron a varios de los señores que iban con nosotros. ¡Unos pobres aprehendiendo a señores «decentes»...! De eso es de lo que nosotros los niños nos asombrábamos desde las enaguas en que nos habíamos refugiado. Había un soldado que mandaba mucho —luego supe que era sargento—, con bigote, barba, pelos por todos lados y unos ojos terribles, que nos gritaba a cada rato, azotando el piso con la culata de su rifle siniestro:

—No comemos gente, niños... ¡Que no comemos gente!

El pobre, que debe haber sido un revolucionario sincero, se indignaba al ver las caras de pánico de las señoras y los niños, que lo tomábamos por un auténtico bandido. Yo debí haber tenido muy trabajado el espíritu contra los revolucionarios porque, a pesar de todas sus protestas, no llegó a inspirarme confianza.

Había cosas más cómicas. Mi tía Consuelo, la esposa del médico, que siempre fue de mucha presencia de ánimo, era la única señora que no daba ninguna señal de miedo.

—El pueblo quiere y protege a los Foucher... Los revolucionarios no pueden hacer daño a las hijas de don Manuel Foucher.

Se lo decía a ellos, sin efecto ninguno, ni en bien ni en mal. Ninguna emoción les producía el nombre. Los pobres peones del campo seguramente no lo habían oído nunca. Desde la muerte de mi abuelo había llovido mucho. A pesar de sus admoniciones, la explotación continuó en los campos tabasqueños, tremenda, invencible.

Nos ordenaron meternos a los camarotes. Yo estuve con mi madre en el de mi tía Matilde. Estaba sentada sobre un «tenate» que cuidaba mucho, en el que llevaba dinero o no sé qué valores. De pronto, pregunté alarmado:

—¿Y mi papá? ¿Dónde está mi papá?

Lo había yo visto por última vez en cubierta, hablando con un revolucionario.

—¿Dónde está mi papá? ¿No le habrá pasado algo a mi papá...?

Éramos ya todos, mis hermanas y yo, quienes preguntábamos a coro, el miedo en la voz y en los ojos. Nos quiso tranquilizar mi madre:

—No, niños. Se fue al otro barco con un amigo suyo, con el que estaba en cubierta. Ya vendrá.

Eso sí fue adquirir conocimientos: mi papá era amigo de un re-

volucionario, se había ido al otro barco con un revolucionario, andaba entre revolucionarios... ¿Era eso posible? La idea me retumbaba en la cabeza: mi papá era amigo de revolucionarios, se trataba con revolucionarios... Cuando volvió, respiramos. Nos imaginábamos que iba a volver sin ropa y acaso sin cabeza. Lo besamos mucho. No cabe duda que yo creía que ser revolucionario era lo mismo que ser ladrón y asesino.

Más tarde supe que mi papá había pasado al otro barco para convencer a los jefes revolucionarios, que querían que el nuestro regresase con todos sus pasajeros a San Juan Bautista, de que esto, además de ser inútil e innecesario, podía traer como consecuencia excesos que para nada servirían a su causa... Es indudable que no eran unos energúmenos, pues aceptaron, poniendo una sola condición: que todos salieran de sus escondites y se entregaran presos los que ellos consideraban culpables. Me han contado que la lista que después se hizo, en la que figuraban muchos nombres dictados por la pasión del momento, fue reducida a siete personas por la intervención de mi papá. Acaso sólo fue, como otros me dijeron, porque los más prudentes hallaron buen escondite en el barco. Mi papá era de origen popular, conservaba la manera y el lenguaje llanos de su clase, no había hecho sino servicios al pueblo y era amigo de José Preve, entonces un muchacho, que venía como jefe del barco carrancista. Este Pepe, después de haber pasado por los círculos de todos los errores, había de morir en una noble y temeraria expedición a Venezuela, contra Juan Vicente Gómez. Pasaron al otro barco, en calidad de prisioneros, algunos hombres. De tres se dijo que al llegar allí fueron amarrados y colgados de los brazos y que así, como racimos de plátanos, los llevaron hasta San Juan Bautista. Cierto es que días después los fusilaron a todos.

No se me olvidan las cosas que se contaron una vez que nos vimos solos. Mi tío Manuel Ferrer Vega, jefe militar del vencido Ejér-

cito Federal, siguió jugando tranquilamente su partida de ajedrez en el fumador del barco, mientras los soldados de la Revolución lo recorrían de punta a punta. Había servido al gobierno porfirista y al huertista, y era amigo y partidario de don Félix Díaz –el fallido sobrino de don Porfirio– y más tarde había de ser general en el campo insurrecto; pero en la paz y en la guerra era hombre extraordinariamente bueno. De Paredes, un coronel huertista, contaban que se metió un ancho sombrero hasta los ojos y se acurrucó en la escalera del barco empuñando una pistola debajo de la blusa, dispuesto a matar antes que a entregarse. No lo reconocieron o les interesaba menos de lo que él suponía. Don Polito Valenzuela, hijo del viejo gobernador porfirista, fue escondido por mi tía Consuelo, creo que dentro de un gran canasto...

Lo cierto es que, a pesar de las caras de terror de las mujeres y los niños, y del rictus de ira de los hombres, continuamos el viaje.

LAGUNA DEL CARMEN

La Isla del Carmen cierra la hermosa laguna de Términos, amplio abrigo marino con dos comunicaciones al Golfo, henchida por las aguas de los grandes ríos tabasqueños que en ella desembocan. La Isla del Carmen la hace y la cubre a modo de burladero. En la parte interior de la isla está la ciudad del Carmen, o Laguna —como impropia pero históricamente se la nombra—, puerto natural espléndido, villa alegre, dulce y acogedora.

Empieza Campeche: la pasión del tabasqueño se diluye y asoma la bonhomía del campechano. No es una simple coincidencia que el carácter sea allí tan campechano. Sin duda el adjetivo español deriva del modo de ser de aquellos marinos y armadores que salían de Campeche a recorrer el mundo. Los campechanos siguen siéndolo en todas acepciones. El nombre de su tierra —creo que derivado de las palabras mayas «Kin pech»—, ha dado al idioma un vocablo noble y cordial, como ella. Cultos, suaves y mundanos, la influencia de los campechanos en Tabasco ha sido bienhechora, civilizadora. Las familias tabasqueñas más distinguidas intelectualmente tienen casi siempre un nexo de sangre o de escuela con Campeche: que uno de sus hijos estudió en la provincia vecina, que uno de sus antepasados es un campechano... El mestizaje del campechano y del tabasqueño junta la gracia del uno con la energía del otro.

Por mi abuelita conocíamos sitios y gentes... Aquella casita de cinco pisos es donde una de sus madrastras —su padre,

buen campechano, casó cuatro veces y tuvo dieciocho hijos—la encerraba cuando era pequeña y donde la tenían a tortilla y agua, y desde aquellos balcones, ella, niña rebelde, arrojaba agua y tortilla...

Aquella otra es la que mi bisabuelo dio para que se fundara el Liceo, y donde hoy está. Todas las de aquel lado fueron propiedad de don Victoriano Nieves, campechano más rico que su padre... Y en aquella esquina, subido en un burro, pronunció don Esteban Paullada su primer discurso contra los gringos, cuando la invasión del año 47, y allí comenzó el camino que lo llevó al coronelato de los patriotas... Desde el muelle nos informaba mi abuelita, levantando sus ojos azules, llorosos, y apuntando con su dedito menudo.

Fuimos a vivir a una casa muy grande que nos prepararon nuestros parientes. En Laguna teníamos muchos. Allí estaba el cogollo de mi familia materna. Todo el mundo nos conocía. Mi abuelita estaba maravillada de haber recuperado la tierra natal. Todos los días recibía cien visitas o salía con sus pasitos menudos a recorrer las calles de Laguna y a ver a sus viejos conocidos. Los parientes y los amigos eran de todos los tipos y de todas las clases sociales: mi bisabuelo había sido un patriarca.

Tenía allí un sobrino ya maduro, paño de lágrimas de los mayores, encanto de los niños, muy cariñoso, buenísimo con todos, con un aspecto de Sancho Panza en buena posición, de Sancho Panza en la Ínsula Barataria: mi tío Manuel Chosa. Era otra de las víctimas de la Revolución: rico, empezaba a dejar de serlo. Un día lo hallé rodeado de sus hijos, con la cara desalentada, extendiendo sobre la mesa del comedor un gran cerro de billetes de diferentes valores que, de la noche a la mañana, se le convirtieron en papel viejo. También tenía allí mi abuelita una hermana paralítica y tartamuda, que nos lanzaba discursos ininteligibles. Yo era

muy niño, pero ya con aficiones lingüísticas. Un criado me hizo creer que Gumersindo, el tío relojero de mis primos Brito, había logrado entender el lenguaje de las gallinas. Uno de mis empeños –tenía yo ocho años– era entender el lenguaje de las gallinas y el de mi tía Mercedes. También tenía mi abuelita un hermano. Éste era pobre, profesor de francés en el Liceo Carmelita, muy inteligente y pintoresco, lleno de gracia andaluza, como sus parientes de Jerez y Cádiz; pero le llamaban «el loco Paullada». Se explica, entre otras cosas, porque tenía preocupaciones literarias poco comunes entre sus vecinos y, también, porque había engendrado veintiocho hijos en una sola mujer, en su esposa. Era el depositario de los títulos de la familia, de los pergaminos y los retratos de los antepasados. Él mismo era una silueta antigua: alto, tieso, un poco solemne, con pobre pero cuidada ropa, recordaba a los señores de las viejas provincias españolas.

La casa que ocupábamos era inmensa. Todos los primos andábamos juntos, jugando, subiéndonos a los árboles del patio, pegándonos a veces. Ahí empecé a darme cuenta de que no todo era concordia y que el clan Foucher estaba dividido por profundas diferencias. Los Brito eran los únicos ricos del clan; los Marín eran los rubios; y nosotros presumíamos de ser hijos del catedrático, del buen juez y del maestro culto, hijos del hombre más simpático de San Juan Bautista... Desde entonces los miembros del clan vivieron juntándose y separándose, ofendiéndose y reconciliándose, como perros y gatos, pero siempre unidos en los momentos de dolor o de peligro. Era el clásico clan.

A pesar de las diferencias que existían ya entre los primos mayores y de las bofetadas que nos cambiábamos los pequeños, la vida de aquel gran hormiguero era muy divertida para nosotros. Para nuestros padres, no lo era tanto. Tenían, en primer término, el problema de alimentarnos, sin tener con qué. Recuerdo el

menú diario: sopa de plátanos, plátanos verdes, plátanos fritos, puré de plátanos, tortilla de plátanos, plátanos pasados... En la región platanera más rica de México, ésa era la única solución. Sin embargo, también los mayores trataban de distraerse. De noche era la gran tertulia. Mentiras regocijadas de mi tío el profesor de francés y experimentos espiritistas en que algunos de mis familiares ponían mucha fe. Porque toda mi familia tenía esas consoladoras aficiones: creían en la comunicación con los espíritus y la ensayaban a veces. Estas creencias fueron un legado de mi abuelo, que tanto se pareció en la vida y en la muerte a don Francisco Madero. Dos parientes míos sabían entrar en estado de trance. Cogían el lápiz, hacían reconcentrados llamamientos al espíritu elegido, al fin éste venía y se posesionaba de ellos, y con mano convulsa y ojos desorbitados llenaban con velocidad increíble páginas y páginas, rodeados de nuestro silencio y nuestro asombro. Por ahí desfilaban todos los seres queridos y los personajes ilustres, entre los cuales el más solicitado —a partir del 2 de julio de 1915, fecha de su muerte— fue don Porfirio... Y ése era un momento en que no bastaba la comunicación con los vivos. Necesitábamos que los muertos, que están en todas partes, nos contaran lo que pasaba en Tabasco. Creo que, sin embargo, no dieron pruebas de ser excelentes mensajeros. Creo que venían y hacían las mismas reflexiones de los vivos. Y por los vivos llegaban a la tertulia noticias de la Revolución en Tabasco, que ardía...

Un día llegó corriendo mi tío Carlos Paullada, el profesor de francés, y mientras ponía los ojos en blanco y se pasaba el índice por el cuello, dijo a la tertulia:

—A Pepe Valenzuela se lo escabecharon ayer... Dicen que al llegar a San Juan Bautista lo torturaron, le desollaron los pies y lo hicieron caminar varios kilómetros, hasta el camposanto, y que en la barda lo fusilaron...

Se dirigió a mi papá:

—¿Conque a ti te iban a respetar por ser profesor, por haber sido bueno y justo con ellos y porque tu papá era carpintero...? Acabo de saber, también, que tu casa fue saqueada por las tropas que llegaron de la Chontalpa, que tu casa y tu despacho han sido convertidos en caballerizas, que tus cuadros y retratos andan rodando por la calle, que tus libros han sido malbaratados o tirados a los basureros, y que de allí los recoge quien tiene ganas de leer o de cualquier cosa...

—¡Bará! ¡Bará con los revolucionarios...! —decía mi tío Manuel Chosa, el rico, con una bonhomía campechana que no dejaba ver si había desaprobación o simpatía.

Ahí llegó también la noticia de que el poeta Andrés Calcáneo, precursor de la Revolución, maderista, bohemio, romántico, fue víctima —como lo fue mi casa— de un exceso, una confusión o una intriga, y había sido fusilado, asesinado inicualemente. Oigo la voz de mi madre haciendo el relato de su valor ejemplar: «Pidió papel para escribir a Eva... Se apoyó en un árbol...» Entonces supimos, también, la muerte de otro hombre, propietario, pero generoso según toda mi familia, aprehendido y fusilado —se decía— por uno de los hijos naturales que dejó en uno de sus ranchos...

Yo no estaba en edad de distingos ni de reflexiones, y odiaba a los que mataban y saqueaban. Escuchaba yo amargas quejas y acusaciones apasionadas. Pero no de mi papá: mi papá oía y callaba.

El clan Foucher se rompió en tres partes. Mi abuelita se me pierde durante algún tiempo. ¿Se fue ella? ¿Nos fuimos nosotros...? La recuerdo luego en otra casa de Laguna, en la de mis primos Brito. ¿Fue antes de mi viaje al puerto de Campeche? ¿Fue después...? Recuerdo muy bien, esto sí, que una tarde se vestía para ir a visitar el Liceo Carmelita, que había sido su casa cuando era niña. Recuerdo que, de pronto, se sintió enferma.

Recuerdo que, más tarde, fui a besarla a su hamaca. Recuerdo que una mañana mandó a llamarnos a los nietos, a los grandes y a los chicos. Se despidió de todos, resignada y casi sonriente. Murió cuando yo jugaba en el patio con los primos de mi edad. Habíamos hecho una hoguera que convertimos luego en horno, colocándole un tubo en forma de chimenea. Nos divertíamos arrojando por él cuantos insectos y sabandijas caían en nuestras manos, entre gritos y carcajadas, cuando mi primo Rodulfo vino muy serio, nos dijo que nos calláramos, y nos dijo por qué.

La muerte de mi abuelita nos puso muy tristes y más serios de lo que ya éramos. Fuimos nosotros unos niños poco movidos, ensimismados, con los ojos cogidos por el espectáculo trágico de la Revolución. La muerte de mi abuelita nos agregó amargura precoz y las charlas extrañas de mi tío Carlos Paullada me llenaron de miedos y supersticiones: decía que mi abuelita había muerto porque entró a la casa una mariposa negra.

Cuando murió mi abuelita creo que nosotros vivíamos ya aparte, en una casita muy pobre, al lado de mi tío Manuel Chosa. Mi oficio era hacer los mandados. Compraba yo la leche en casa de una familia amiga.

—Tabasqueño bandido... —me decían, de broma. Pero yo lo tomaba muy en serio y contestaba: —¡Tabasqueño, pero de los robados, no de los ladrones...!

Estaba yo bien enclavado en la contrarrevolución. Era yo juguete, además, de la historia de honradez de mi padre. Conocía yo muchos detalles de su desprecio a jugosos regalos, de su rechazo a todo lo que no fuera su modesto sueldo de profesor y de juez, de su independencia ante el gobernador Bandala y don Polo. Sabía yo que mi padre había sido en Tabasco una especie de institución: custodio del pequeño capital de viudas, de huérfanos... Cuando salíamos juntos a la calle —lo que a los dos nos

gustaba mucho— era muy frecuente encontrar alguien que le preguntara, señalándome:

—¿Este es el heredero, licenciado?

—¿De qué...? No sé de qué... —contestaba mi padre.

—De su nombre, licenciado, que vale más que el dinero.

O «de su honradez», o «de sus buenos hechos», o cosas por el estilo. A mí es claro que esto no podía olvidármelo. Por eso, cuando en la tienda en que yo compraba las papas me daban un céntimo más en el cambio, atravesaba la ciudad para devolverlo; y a la familia que me vendía la leche no le aceptaba yo ni un dedo más de la que pagaba. La honradez se había convertido en orgullo. «Lo mío, mío; y lo tuyo, tuyo». Ideología típicamente reaccionaria. Yo me sabía «de los robados». Fue por entonces que un tío me dijo que mi padre sentía la voluptuosidad de su honradez. El que sí la sentía, era yo.

Fue la época de la viruela. A la guerra había seguido el hambre y luego la peste. Por todas partes había banderines amarillos, señalando las casas infestadas. Poco a poco nos iban rodeando. Primero, había una en la esquina de la casa: no pasaba yo por ahí. Luego, en la otra esquina. Y ya no pude escaparme de pasar cerca de las banderitas porque una mañana me llevé el susto de ver una frente a mi puerta, en casa de mis vecinos. Había viruela por todas partes. México peleaba y no había linfa para atacarla. Nosotros fuimos vacunados, sin embargo, muchas veces; pero la vacuna no nos prendía. La angustia de mis padres era no saber si la linfa conseguida era mala o si el fracaso se debía a una buena vacuna lograda varios años antes. Mi mamá nos bañaba todos los días en el patio, para oponer la higiene a la infección, y nos hacía refresco de tamarindo, delicioso y, no sé con qué fundamento, prescrito como preventivo de la enfermedad. Yo le tenía pánico a la viruela. Aparte de mi oficio de mandadero, jugaba yo

en los patios de la casa de mi tío Manuel Chosa. Había un árbol de ciruelas, y las bajaba yo a pedradas. Para mejorar la puntería, me amenazaba yo: «si no bajo ésa, me dará viruela». O cuando ensayaba saltos de longitud: «si no salto hasta allí, nadie me libra de la viruela». Era mi acicate, mi obsesión, mi interlocutor. Me sobrecogía ver pasar a diario los entierros, casi todos humildes, en ataúdes primitivos, la madera sin pintar, o con el muerto enrollado, como un «taco», en un petate. Un día pasé por la puerta de la casucha de un barrio y alcancé a ver los pies desnudos, blancos, mates, de una anciana muerta, rodeada de hombres llorosos. Una noche mi papá quiso que saliéramos todos a dar un paseo y fuimos hacia el muelle. Había banderines amarillos por todos lados. Mi papá y mi mamá volvieron a casa angustiados. Yo sentía que la viruela me entraba con el aire que respiraba. Aquella noche no pude dormir, agitado por el ambiente de drama y desolación de la ciudad, que llenó de terrores mi cabeza de niño nervioso.

Por entonces tuve mi primera pelea de tipo científico. Con Perfecto, el criado de mis primos Chosa, sostuve un encuentro a terronazos porque él creía que las tuzas tenían cola y yo que no. La tuza es una especie de rata de campo; pero nunca supe su nombre científico ni si su rabo existe o es imaginario.

Ésta fue también la época de las primeras inquietudes sexuales. Las primeras conscientes, las primeras de gestación personal, íntima, de propia iniciativa. Porque antes de salir de Tabasco ya había yo oído a mis primos Marín debatir el problema de cómo veníamos al mundo y ya dudaba yo de que fuera cierto lo de la canastilla. En San Juan Bautista, cuando iba a nacer uno de sus hermanos menores, nos colocamos Erasmito, Carlitos y yo en un punto estratégico del patio, para ver bajar la canastilla que, arriada desde el cielo, entraría por el tragaluz del cuarto de mi tía Consuelo. Esperamos infructuosamente. Y, de pronto, nos salie-

ron a avisar que abandonaríamos la guardia, pues ya había nacido mi primito. ¿Por dónde entró la canastilla...? Nunca nos dieron una explicación satisfactoria.

En Laguna, me atrapó, vigorosamente, la inquietud. Una noche, delante de mi tío Manuel Chosa, insistí en que mi madre me explicara cómo venía uno al mundo. Desbaraté todas sus falsas noticias: ni garzas, ni cigüeñas, ni canastilla, ni cielo, ni París, ni Berlín... No le quedó más remedio que escurrir el bulto y dejar el toro a mi padre: me dijo que le preguntara a él cuando llegase. Recuerdo que mi padre llegó, que le pregunté, que me contestó, que quedé tranquilo... Pero es curioso que no recuerdo yo la respuesta que me dio. ¿Fue la verdad, la verdad animal, más comprensible para mis ocho años confundidos, que cualquier mentira?

En Laguna tenía que ser mayor esta preocupación. Había muchas causas: detrás de mi casa vivía una mulata, llamada Eduviges, amante de un americano. Yo los espiaba por las rendijas de las tablas que separaban los patios. El gringo mascaba tabaco, escupía mucho y pellizcaba y mordía a Eduviges en los brazos, en las nalgas y en las piernas. Le hacía otras caricias, para mí incomprensibles. Eduviges se retorció, soltaba grandes risotadas y besaba y mordía al gringo.

Había otra cosa: una criada de mi tío Manuel, Marcela, tenía un busto prominente y, quizá, muy bien puesto. Me llamaba la atención por erecto, y se lo dije al criado Perfecto. Éste se lo contó a uno de mis primos, que estaba en la flor de la edad y era lo que allá llamaban «corrido», es decir, con historias amorosas, muy simpático y muy guasón. Andaba siempre piropeando a Marcela. Le hizo gracia mi observación y un día, delante de ella, me hizo repetirla. Yo la dije sencillamente. Ella se puso encarnada, y furiosa conmigo. Nunca entendí por qué.

Además, cerca de mi casa vivía una niña idiota, que siempre se levantaba el vestido y se tumbaba en el suelo. Entonces me enteré de que los niños y las niñas no éramos iguales y es posible que haya yo llegado a más trascendentales deducciones. Vuelto más tarde a Tabasco tuve otra crisis, que aplacó el traslado a México, a dos mil trescientos metros de altura, fuera de la naturaleza desenfrenada del trópico.

EN FUGA

Pasamos al puerto de Campeche, no sé si huyendo de la Revolución o de la viruela. Nos fuimos por mar, en una canoa campechana. Dejé la isla blanca, despidiéndome, por último, de su copepe de cocotereros. Llegué a Campeche, a su muelle grande, de piedra, en viejos tiempos el mejor del Golfo. Campeche es la ciudad del Sureste de México que más conserva el sabor colonial y, en todo México quizá, la única que guarda el recuerdo guerrero de la piratería. Estaban todavía en pie las gruesas murallas que se levantaron para defenderla de sus ataques. Era una ciudad serena, casi muerta, ante un mar extraordinariamente verde. Las gentes eran casi todas muy blancas, con los ojos muy azules. Para el mexicano de otras latitudes que llega a Campeche, la dulzura y la quietud de la vida, y el tipo de los hombres, tienen que darle la sensación de que se halla en un mundo diferente. «Mushú» llaman al extranjero en Campeche. Los campechanos me parecían, a mí, «mushúes». La misma huella de los piratas franceses quedó en Venezuela, en donde a todo hombre de fuera le llaman «mosiú». Por el nexo piratesco y por el clima, todas las costas de las diversas repúblicas del Caribe y del Golfo se parecen entre sí –en el acento, en la alimentación, en el espíritu–, más que a las provincias interiores y altas. Mi infancia está poblada de cuentos sobre la guerra de Cuba y sobre la triste paz de Puerto Rico. Los campechanos, blancos, rubios, de aire marineró, con apellidos españoles, franceses e ingleses, con afición a la cultura y al mismo tiempo a la francachela, son una mezcla de

señores del virreinato y de corsarios. La sangre pirata traspasó la muralla de España. Sólo que la naturaleza y la cultura suavizaron la propensión a la pendencia, recrudescida en Tabasco por el panorama bravío.

En Campeche vivía mi tío Manuel Paullada, otro hermano de mi abuelita —tuvo diecisiete—, médico, muy buen hombre y muy gritón. Pasamos unas semanas en su casa. Después, en el barrio de San Román, en una casa cuya espalda daba a la playa, conocí la maravilla de los atardeceres campechanos. Luego, en otra de la calle América, muy grande —diez habitaciones, jardín, patio y traspatio— aprendí botánica y zoología, observando flores e insectos, cogido de la mano de mi padre, en expediciones científicas a los rincones más escondidos. Jazmines, rosas, naranjos, guayabos, fueron en Campeche mis únicos amigos, y con ellos hablaba y reía. Un día se me murieron todos: una manga de chapulines nubló el cielo y cayó sobre Campeche. No quedó una hoja ni una flor en los árboles. La naturaleza se sumaba a la Revolución para enseñarme a vivir sin arraigos burgueses, sin conservatismos sentimentales.

En esa casa me divertí mucho viendo bañarse a Natalia, una de las «crianzas» de mi tía Matilde, que fue a acompañarnos a Campeche. Al lado de mi casa estaba el cuartel. Se metía desnuda bajo el chorro de agua del patio, mientras un soldado travieso, sin que ella se diera cuenta, y ante mi mirada cómplice, se recreaba asomando la cabeza por encima de la barda. Natalia lo supo y me castigaba —conocía mi timidez— enseñándome las piernas, alzándose la ropa hasta arriba de las rodillas. Esto a mí me ruborizaba; pero se las veía.

En mi casa había pobreza y, sobre todo, alarma. Campeche empezaba también a sacudirse. Llegó un general tabasqueño de muy mala fama entre los porfiristas, el general Sosa Torres. Lo curioso era que nadie le hacía nada a mi papá, sino que todos iban a la casa a saludarlo. Yo creo —como él creía, contra la opinión de la familia—

que se exageraba el temor de una confusión. Sólo que estaba muy vivo el sacrificio de Andrés Calcáneo, y mi mamá tenía miedo.

Pasamos a vivir a Lerma, puerto de pescadores y balneario espléndido. La escalinata de mi casa se hundía en el mar. Cuando la marea subía, nos metíamos en el agua con mi papá y mi mamá. Lejos se veían las velas de las barquitas de los pescadores. Después íbamos a hacer la compra. Los pescados se vendían en la playa, frescos, vivos, saltando dentro de las canastas. No recuerdo las mil variedades ni los mil nombres españoles y mayas: voshitos, pámpanos, chujchís, vulcayitos, esmedregales... Mi mamá hacía en la casa el clásico pan de cazón, el platillo campechano insuperable. De «postas» de pescado y panuchos de cazón y frijoles habíamos ya vivido, exclusivamente, en Campeche, comprados en la Puerta de Tierra, la más pintoresca de la muralla.

Pero a mí, no como gastrónomo ni como zólogo, sino como niño, otros eran los pescados que más me interesaban en Lerma: los tiburones. Tenían dos filas de dientes espantosos. Y las tiburonas me interesaban aún más: se les movía la barriga, llena de tiburoncitos. Los pescadores se la tocaban con el pie y así se agitaban los animalitos que nadaban dentro. Saber que las tiburonas cargaban a sus hijos dentro de la barriga fue un descubrimiento importantísimo. Viendo luego a una tía mía, cayeron definitivamente las leyendas de la garza y la canastita. Pero lo que no podía entender era cómo les ponían o les aparecían los niños y los tiburoncitos dentro de la barriga...

En Lerma acampó una parte del ejército revolucionario. Los soldados, hambrientos, llegaban a la casa a pedir comida. Salía yo a llevarles tortillas con frijoles, o «postas» de pescado, o panuchos... Fue mi primer contacto amistoso con la Revolución. Me hice gran amigo de ellos. Me invitaron al cuartel, que estaba cerca de mi casa. Sucio, maloliente, me impresionó mucho. En el suelo, sobre peta-

tes y bajo cobijas mugrosas, dormían amontonados los pobres soldados. Eran tristes y dulces, originarios casi todos del Norte y del Centro de la República: los «guachos», les decíamos. De noche, me dormía yo oyéndolos cantar:

Adiós, adiós, lucero de mis noches,
dijo un soldado, al pie de una ventana,
me voy, me voy, pero no llores ángel mío,
que volveré ma-ña-na...

Desde entonces un cuartel y esa canción son para mí la misma cosa. Más tarde conocí «La Adelita», «La Valentina» y «La Cucaracha», y aprendí a cantar:

Con las barbas de Carranza
voy a hacer una toquilla,
pa' ponerla en el sombrero
del general Pancho Villa

y otras cosas más crudas. Pero a mí me gustó más el «adiós, adiós» de mis amigos, los soldados de Lerma.

Un día nos fuimos de Campeche a Mérida. Fue la primera vez en mi vida que me sentí enjaulado en un carro de ferrocarril. No sé si cambiábamos tanto de sitio porque seguía la fuga o porque mi papá buscaba trabajo. Vivíamos con muchas estrecheces y sin más dinero que el que le mandaban a mi papá algunos de sus amigos.

En Mérida vivimos en la calle 62, en una casa que tenía un patio grandísimo, sombreado por grandes árboles. Además del asfalto, conocí en Mérida los patines de ruedas y gocé subiéndome a la parte trasera de los coches de caballos. Mérida es blanca,

limpia, pulcra, luminosa. En Écija, en Cádiz, en casi todas las ciudades andaluzas, revive su recuerdo. Para mí, lo más importante de Mérida fue el Teatro Peón Contreras —nunca había yo visto uno tan grande— y una tienda que se llamaba «Las dos caras». Las dos caras, un doble perfil que estaba sobre su fachada, no se me olvidan nunca. También me impresionó la casa que tenía mi tío Pepe Paullada, otro hermano de mi abuelita, en el barrio elegante, con escalinatas de mármol, coche y criados japoneses. Mi primo y mi prima eran muy presumidos: tenían dinero, eran muy guapos y llevaban siempre trajes nuevos y los cabellos muy arreglados, rizados y brillantes. No iban a la casa a jugar conmigo. Una tarde me llevaron a la suya, y estuve sentado en la escalinata, encogido, disgustado. Me molestaban sus trajes, sus escaleras y la mirada de mi tía, muy elegante, que usaba el pelo alborotado, como un nido de gallinas. Empecé a sentirme diferente. ¿No era yo, ya, el amigo de los soldados de Lerma...? Y, además, en Mérida nosotros estábamos tan pobres que no comíamos en una mesa, sino en una batea —de las que se usan en el trópico para lavar la ropa—, embrocada sobre dos cajones, y dormíamos en petates tendidos en el suelo. Cuando empezamos a dormir en hamaca, nos sentimos en la opulencia.

A mis primitos les contaba un día de mi amistad con los soldados de Lerma —quienes siempre me dijeron que todos éramos iguales— y me contestaron con una frase terrible:

—Todos somos del mismo barro, pero no es lo mismo bacín que jarro.

Con lo que mis primitos querían indicarme, sencillamente, que ellos eran recipientes de leche o miel de Himeto, y los soldados de cosas menos ricas y aromáticas.

¿No era yo, ya, el amigo de los soldados de Lerma...? Mis primitos sentían que sí, y yo, un poco, también.

Pero a mí nunca me faltó la respuesta. Mi papá me había enseñado los versos del colombiano Santiago Pérez y yo los había aprendido muy bien, pensando en mi abuelo carpintero:

Dijo la perla al diamante:
– Valgo mucho más que tú:
de negro carbón naciste,
y yo de la mar azul.

Y le respondió el diamante:
– Tu mérito es muy común:
siempre fuiste y serás blanca.
Yo fui negro, y vierto luz.

Mis primitos se reían de respuestas tan complicadas y se arreglaban un adminículo que yo odiaba: la corbata. Yo usaba blusas y en la casa andaba en camiseta. Cuando era día de fiesta me ponía mi mamá una larga y blanca filipina, cerrada hasta el cuello. Mis primos de Mérida decían que parecía yo un tallarín.

Tenía yo otro tío, don Fernando Paullada, que llegaba los domingos a la casa para suspirar, mientras sacudía pensadoramente la cabeza:

– ¡Oh... Diosa Dictadura...!

«La odiosa dictadura», decían todos los días en sus discursos los revolucionarios.

Mis diversiones eran jugar con mis primos los Marín, que vivían cerca de mi casa, o cogerme a pedradas con los Alpuche, unos niños yucatecos cuyo patio colindaba con el mío.

También me entretenía viendo y oyendo a los mestizos y a las mestizas. Llamen así en Yucatán a las clases populares, en verdad menos mestizas o de más pura raza maya que las clases alta y media. Las mujeres y los hombres vestían siempre de blanco: ellas,

con huipil o bata de lino; ellos, con pantalones y camisa de manta, todo almidonado. Eran el pueblo más limpio del mundo. Se bañaban tanto como los tabasqueños, pero, además, se cambiaban de ropa todos los días. Mi papá decía que, para ponerse los pantalones, los hombres se subían sobre una mesa y se lanzaban de modo que caían ensartados en ellos: sólo así podía explicarse que no tuvieran una sola arruga. Las mujeres eran guapas. Fue allí donde Valle-Inclán vio en un hotel a la que llamaría «la niña Chole» en sus *Historias Perversas* y a quien después imaginaría su amante en la fantástica y maravillosa *Sonata de estío*. A mí me pasó lo contrario, pues la mujer de quien me enamoré infantilmente fue una arrogante española que vivía al lado de mi casa, y que nos saludaba diciendo: «Bona nit». Era catalana.

La Revolución bramaba siempre. Entre balazos o cuentos de balazos se desenvolvía nuestra infancia... Que el general Salvador Alvarado había colgado de los árboles del Paseo Montejo a varios estudiantes; que la madre de uno de ellos, doña Lola Marrufo, amiga de mi familia, había jurado matarlo: que quiso hacerlo y en el momento preciso se le encasquilló la pistola; que la aprehendieron y que Alvarado la perdonó... Un día que mi papá salió a la calle, comenzó un tiroteo nutridísimo. Volvió cuando la balacera había escampado. Saltó por encima de cadáveres, de charcos de sangre... Fue detenido varias veces por hombres que llevaban la pistola en la mano... Se trataba de la rebelión del coronel federal Abel Ortiz de Argumedo contra don Toribio de los Santos, el gobernador carrancista. La Revolución ya había llegado a Yucatán. A pesar de que el henequén era solicitado de Europa y de los Estados Unidos, Yucatán también iba a conocer los horrores de la guerra: el hambre y la peste. Mis primos de Yucatán también iban a ser empobrecidos y humanizados.

Dejamos Mérida y Campeche para volver a Laguna del Carmen, pero ya en otras condiciones. Mi papá fue nombrado síndico de una casa en quiebra, la Casa Quintana, y profesor del Liceo. Allí estuve en la escuela y recuperé el tiempo perdido. Una escuela oficial, del gobierno revolucionario, en la que el director, don Juan Bautista Caldera, un viejo con barbas de chivo, ilustre y respetado, a pesar de que conservaba el viejo uso de pegarles a los niños con una fusta para caballos, usaba un procedimiento para mí novedoso: los mandaba llamar a su clase —era profesor del quinto y sexto años—, los hacía ponerse a horcajadas sobre alguno de sus alumnos y, restirándoles los pantaloncitos sobre las nalgas, les daba «duro y macizo». El caballo debía saber soportar al jinete encabritado, porque, si no, también se le castigaba. Un día que tuve un encuentro a bofetadas, me mandó llamar y no fui; otro día que apedreé a unos carreteros que nos mentaron la madre, fue a buscarme personalmente a mi clase, pero emprendí una carrera veloz que terminó en mi casa. Mi padre me regañó, pero fue conmigo a la escuela a abogar por mí y a pedir que no se me pegase, ni entonces ni nunca.

Mi ambiente había cambiado. Hacía mucho tiempo que vivía yo lejos de mis parientes. Unos estaban en Tabasco y a los que estaban en Laguna los veía yo muy poco. Mi mejor amigo era un compañero de clase, que vendía dulces y frutas por las calles. En los recreos, jugábamos los niños a la Revolución, y yo era el encargado de pronunciar discursos desde las bancas del patio. No hacía yo sino repetir lo que oía en los mítines callejeros. Terminaba yo siempre, como muchas personas mayores, con el clásico y ridículo «he dicho». La oratoria política me granjeó el odio de un niño que tenía muy buenos puños, Canudas. Era el hombre de acción, que despreciaba el intelecto. Yo conseguí una manopla de acero y desde entonces me decidí a hacer frente en su terreno a los hombres de acción.

En esa época íbamos de madrugada a la playa, a «La Puntilla», en la carreta de un carretero amigo y tocayo nuestro, Andrés. Dentro de una canoa varada se desvestían las mujeres. Mi mamá, mis hermanas y sus amigas se bañaban en camisones y calzones, en unas trazas lamentables: la moral proscribía los trajes de baño. Mi padre y yo nos poníamos a pescar en un riachuelo que allí desembocaba, y luego huíamos del sol y de los tábanos zumbadores metiéndonos en el mar. Una vez, en el agua, nos dimos cuenta de que un tiburón nos andaba rondando. Porque en el Golfo de México cada bañista era un héroe que se jugaba la vida...

Fue entonces cuando murió el doctor Antonio Jordán, amigo íntimo de la casa, y cuando mis hermanas y una prima mía creyeron ver su sombra espionando por la ventana. Mi tío Carlos Paullada las había asustado: se pasó el velorio armado de una cafetera con agua caliente, buscando detrás de las sillas al «tuncurushú macho», un animal imaginario, quizá de tradición maya, que recorría el mundo haciendo barrabasadas. Ya se desvestían cuando el «espanto» movió las cortinas: yo, más malicioso, fui y avisé a mi papá, que dormía en su hamaca. Se levantó y, escurriéndose por las paredes, abrió la puerta de la calle y saltó hacia la ventana. Es la única vez que lo vi en trance de pelea. Su indignación fue más fuerte que el alcohol del libidinoso, que era un norteamericano, porque de un golpe lo clavó en la pared. Un vecino español, don Pepe Morgadanes, se levantó y pretendía aplacar a mi padre. La escena fue muy chusca porque mi papá y don Pepe estaban en calzoncillos, aquellos calzoncillos siglo XIX, amarrados en los tobillos. ¿Habría en estas bofetadas patriotismo...? Porque días antes, yendo a los baños, un amigo que nos encontramos –don Luis Fernández del Campo– contó a mi papá que en Veracruz, entonces en poder de los yanquis, los mexicanos eran tratados con desprecio absoluto.

Porque mi papá no estaba de acuerdo, a pesar de su escepticismo político, con otro tío mío, el más caucasista de todos, que decía en su furia contrarrevolucionaria:

—Prefiero patada de blanco a patada de indio.

Poco después salimos todos para Tabasco, menos mi papá, que se quedó en Laguna.

TABASCO RECUPERADO

Mi mamá, muy quebrantada durante toda la época del turismo hambriento —pues era cocinera, recamarera y madre a la vez— recuperó fuerzas tan luego llegamos a San Juan Bautista. Era el término de la fuga y el retorno al regazo nativo.

Ya no se llamaba San Juan Bautista. El general Francisco J. Mújica, gobernador de la Revolución, le había restituido la última palabra de su antiguo y bello nombre: Villahermosa.

Fuimos a vivir a la casa de mis primos Brito.

Mi primo el mayor, Rodulfo, era una víctima de la situación, una de las principales víctimas. Nacido y criado en la época porfirista, hijo de uno de los abogados más influyentes de la provincia, se le derrumbó el mundo con la caída de la dictadura y, sobre todo, con el asesinato de su padre. Fue zaherido, incesantemente, por profesores y compañeros de clase que se ensañaban en especial con él, más que con los hijos de familias tradicionalmente reaccionarias y esclavistas, porque el poder de su padre acababa de ponerse y las pasiones contra él estaban aún vivas.

Bajo el sol quemante y la temperatura tórrida, las ropas negras son una blasfemia contra la naturaleza; pero mi familia amaba el luto. Era espiritista y se sentía en comunión constante con sus difuntos. Por ello, mi tía Matilde se encerró durante varios meses en su habitación, llorando al marido muerto; por lo mismo, mis hermanas y mis primas vivieron una adolescencia entristecida por sus vestidos de duelo. Mi primo usaba un traje negro que el sol

tropical hizo verde. Era la materialización de su ira y su dolor ante el alevoso asesinato de su padre y, también, la de la mal recatada y perversa alegría de sus odiadores.

Mi primo el mayor sí que vivió todo el drama de la contrarrevolución aniquilada. ¿Era reaccionario...? A su edad no podía calificársele de tal y menos en un ambiente en que los términos reacción y revolución perdían ya su auténtico sentido, y eran tan elásticos que llegaban, por cualquier extremo, al infinito. La mecánica social lo había colocado, como a todo el clan Foucher, en una posición difícil y ambigua, inclinada hacia la contrarrevolución. El ángulo, en su caso personal, era más agudo.

Yo no alcancé la preparación ideológica de la Revolución. Yo alcancé el momento de la pelea, no el de los planes. Cuando llegué a la edad de la razón me encontré en un mundo de guerra, de matanza. Muchachos de familias ricas y reaccionarias desaparecían un día de sus aulas y de sus casas: se habían ido a engrosar las filas de Manuel Ferrer Vega, de Ramón Ramos, de Fernando Villar, o de cualquier otro caudillo carrancista o anticarrancista, más como un escape de la biología y un mandato de la historia viril del tabasqueño que como una consecuencia de ideas políticas. Yo sólo pude ver que las gentes se mataban. Es claro que por encima de las tradiciones mandonistas de unos y de las pasiones de otros, los campesinos de Tabasco que yo no vi más que cuando nos abordaron en el Grijalva, los que saquearon mi casa en 1914, los que estaban sometidos al salario de hambre y al cepo, éstos sí sabían por qué peleaban; pero habían vuelto al mutismo y, encerrados en la provincia lejana, distantes de la esperanza zapatista y de la furia vengadora de Francisco Villa, penaban bajo la incommovible injusticia.

Mi primo era hijo, por una parte, de un hombre valiente, poderoso durante la Dictadura, y era un futuro gran propietario; por

la otra, lo era de una mujer con claras ideas de justicia social y con sentimientos verdaderamente cristianos, ejercidos en su vida diaria, de manera tan apasionada como silenciosa. Mi primo se sabía, además, nieto de un hombre apostólico, de un manirroto de los bienes de la tierra y del cielo, de Manuel Foucher, en quien la política y la poesía no fueron más que prolongaciones de su caudaloso amor por el pueblo. Mi primo había nacido en una familia «decente», esto es, de alta posición, con historia de mando, mandona. En el ambiente tabasqueño, cargado de pasiones tempestuosas, mi primo era el hijo de un hombre que había mandado. Era de los que habían tenido lo superfluo en un mundo en que muchos carecían de lo estricto. Sin duda tenía la idea de que lo suyo era suyo, y de nadie más. Yo también la tuve. Mi fortuna fue que no tenía yo propiedades. Mi padre no era rico ni había sido poderoso. Por eso los revolucionarios, salvo los muy apasionados como mi profesor de cuarto año, no me atacaron nunca.

Concientemente, Rodulfo no podía ser un reaccionario; pero su abolengo decentista y propietario, su rencor para quienes asesinaron o se regocijaron con el asesinato de su padre, y el ambiente de «machismo» primitivo y venganza bárbara de la provincia, lo empujaban hacia una posición militante en el campo de los enemigos de la Revolución. Sin embargo, la tradición materna, encajada como una silenciosa crítica en la felicidad del clan privilegiado, era base, también, del entendimiento callado de la causa popular y de la posible dedicación a su defensa.

Mi primo «sabía domar potros y atravesar a nado los grandes ríos». Sabía manejar las armas. Se creía llamado a grandes destinos, a los de otorgador de la justicia, desde arriba. Era hijo y nieto de jefes. Sus ambiciones juveniles eran grandes, pero no impuras. Eran propósitos generosos manejados por un individualismo tropicalmente vital, impetuoso, desorbitado.

Su movimiento de traslación podía ser acelerado por el odio desatado y ciego de los necios y por la ponzoña de algunos líderes del pueblo. Recuerdo el día aquel en que Antolín, un barbero del pueblo, lo hirió traidoramente, mientras lo servía, con el péndulo de un reloj de pared. Le abrió una gran brecha en la frente. Me contaron que mi primo —joven, fuerte y tabasqueño— lo tomó del cogote y de los fondillos, lo sacó a la calle y lo golpeó contra los rieles del tranvía hasta que se lo arrancaron de las manos: su valentía lo salvó de un linchamiento. Agitación en Villahermosa, miradas feroces para la casa de mi tía y paseos espías de Chico Ratón, uno de los más apasionados líderes de la villa. Afortunadamente mi tía Matilde, superior al odio de la calle y a la infantil violencia de sus hijos y sus sobrinos, enseñaba con su actitud resignada, a unos y a otros, cómo nadie era culpable de haber heredado riquezas ni la apetencia del mando y la capitanía política, y cómo nadie lo era tampoco de sentir el hambre tradicional transformada en sed de venganza.

Nosotros nos fuimos a vivir a otra loma: la de Esquipulas. Para un niño vivir en una loma es una riqueza: bardas enormes de un lado, llenas de enredaderas y de pequeños insectos; tejados y azoteas tentadores al alcance de la mano, del otro. Entonces estudiaba yo «Historia Patria». Fue el primer entusiasmo intelectual de mi vida. Sobre el tejado de una casita vecina nos encaramábamos diariamente mi primo Carlitos Marín Foucher y yo. Allí le contaba o le leía el suplicio de Cuauhtémoc. Era la página de historia que más me entusiasmaba. Y también la del fusilamiento de don José María Morelos en San Cristóbal Ecatepec. Recuerdo que el texto escolar, el libro de Torres Quintero, decía que las aguas del lago habían crecido y habían recogido, amorosamente, la sangre derramada. La lección terminaba con énfasis: «¡Allí estaba la mano de Dios...!» Tan ajeno yo a cosas sobrenaturales y de cuanto a Dios se

refería, buscaba en el grabado una mano y no acababa de entender que la inundación era obra divina, que estaba dentro de los ocultos designios de la providencia.

La escuela primaria nos hacía patrioterros. Odiábamos a los españoles por españoles, con especial repugnancia para Pedro de Alvarado, el cruel Tonatiuh de las matanzas de indios: adorábamos a Cuauhtémoc, que defendió la gran Tenochtitlán y que, cuando tuvo que rendirse a Cortés, le pidió que lo matara con su propio puñal; y a Cacamatzin, que mató a muchos españoles a pedradas. Nos sonrojaba la sola mención del nombre de Moctezuma, de la Malinche y de los tlaxcaltecas que habían traicionado a su patria. Nos indignaba y nos dolía la inteligencia y audacia de Hernán Cortés. Seguíamos las lecciones del libro de Torres Quintero con pasión, y se nos caía el alma cuando nuestro profesor decía:

—Eran menos y eran malos, pero tenían caballos y arcabuces, y ganaron a nuestros abuelos...

Los tres siglos de Colonia nos pesaban en el alma. Sobre Bartolomé de las Casas, Motolinía, y Sahagún, y Vasco de Quiroga, y Revillagigedo, y Bucareli, habíamos pasado en volandas. Los buenos no interesaban a nuestros profesores, ni a nosotros. Sus nombres podían quebrar nuestra furia patriotertera: era mejor apartarlos con el dorso de la mano. Y nuestra alegría estallaba cuando se acercaba la guerra de Independencia. Llorábamos con la muerte de Fray Melchor de Talamantes y con el asesinato del licenciado Verdad —los dos precursores—, pero mascullábamos contentos y rabiosos:

—Ahora sí... Ya verán estos gachupines...

Reíamos gozosos cuando veíamos al Pípila quemando la Alhóndiga de Granaditas o a don Hermenegildo Galeana riéndose de las balas en el sitio de Cuautla. Calleja, el general de los realistas, era para nosotros tan vil como los conquistadores. Al cura Hidalgo

lo llamábamos siempre «el venerable anciano de Dolores». Morelos era la espada centelleante que más nos entusiasmó y cuyo fusilamiento nos sembró más odios. Quintana Roo y el doctor Coss eran los hombres más cultos del planeta...

—¡Ya quisieran tenerlos así los gachupines...!, comentábamos desde nuestro mirador mi primito y yo. Francisco Javier Mina, el héroe Navarro fusilado por sus compatriotas en la hacienda del Venadito, era para nosotros el ejemplo del español que había comprendido la maldad de los suyos y la bondad de los nuestros.

¡Odio a los gachupines por gachupines, amo a los mexicanos por mexicanos! ¡Alegría por la matanza de españoles, tristeza por la muerte de los que habían nacido en nuestra tierra...! Fanatismo semejante al religioso: pasión, sangre y fuego para la infancia.

Cuando leímos, en la única página que se le escapó a la censura patrioterica, que don Nicolás Bravo, después de saber que su padre había sido fusilado por las tropas realistas, puso en libertad a trescientos prisioneros españoles, dijimos a coro:

—¡Pero qué bruto, qué bruto don Nicolás...! Eso lo hizo porque era mexicano: los gachupines no perdonan a nadie.

Ninguna voz nos hizo observar que había en México mestizos y aún indios, que merecían tanto el título de gachupines —sinónimo de capataz y de explotador— como los hombres que habían nacido en la patria de nuestros conquistadores y medraban en México. Nunca pudimos sospechar que en España había hombres explotados.

No alcanzábamos siquiera la duda: España era una tierra en que sólo había verdugos y aristócratas, que iban a América a hacer esclavos y a buscar oro, a robar con la báscula como sus antepasados robaron con la espada.

El ambiente afianzaba nuestro error. La colonia española era

considerada como la más rica y la más «decente» de Tabasco. El prejuicio, trasunto de los siglos de servidumbre, les daba un rango muy alto a aquellos que habían dejado en España la condición humilde para —en tantos casos— negarla, olvidarla y traicionarla en América: también habían aprendido desde niños la mentira de la raza superior y el desprecio al indio conquistado. El cura de su aldea seguramente no les dijo que el refrán «hacer el indio», con significación de pasar por idiota, tenía su origen en un pasado imperialista. Iban a América a sacarle ventaja al refrán y a «hacer el gachupín».

Los mismos patrioteros y jacobinos de mi provincia llevaban, debajo del odio, la secreta envidia de la blancura y la apostura de los españoles. En mi casa se estimaba más que a nadie a Pepe Samaniego, un gachupincito de los aledaños de Bilbao:

—Yo teneré mucho dinero, yo teneré mucho dinero —era su eterna frase.

Se le quería mucho más que al doctor Filipo Martínez, que era un médico culto, estudioso, pero muy indio, que competía con Samaniego en el cortejo de una de mis hermanas.

Y el mejor amigo de la casa era un gachupinzote enorme, mallorquín que ganaba mucho dinero con su tienda de abarrotes y era tan fuerte que levantaba una mesa con los dientes: aquel Hércules era la única persona a quien se permitía en mi casa lanzar interjecciones fuertes, que nos ruborizaban a todos. Cualquier galán de Tabasco, por rico o bello o valiente que fuese, corría peligro si un abarrotero español ponía los ojos en su pretendida. Ganaba el gachupín, aunque hubiese hecho su fortuna —o la estuviera haciendo— como capataz en las chiclerías o como propietario de una cantina. Las familias razonaban:

—Es gente decente, digan lo que quieran...

Para los españoles, buenos o malos, teníamos abiertas

las puertas del alma. México seguía siendo, a pesar de la enseñanza primaria antiespañola, o por ella misma, tierra de conquista. La memoria de tres siglos daba aristocracia a los españoles, aunque entre dientes se les llamara «gachupines embarrilados» y se recordara la hora de su andrajoso arribo a la provincia.

Porque no todos los emigrados podían competir con ellos. No bastaba la blancura ni el exotismo. Los turcos —como en Tabasco se llamaba genéricamente a árabes, libaneses y turcos auténticos— eran profundamente despreciados. ¿Aceptar en el Casino a un libanés o al hijo de un libanés...? Al Casino sólo llegaban tabasqueños blancos (o mestizos o indios, pero ricos: el dinero podía hacer olvidar el color de su piel) y españoles; pero un turco... ¡nunca! Por eso los amores de un tío mío eran socialmente tan dolorosos.

—Ahí viene la turca...

Y mis hermanas y yo cambiábamos de acera.

—¡Y con una turca...! —decían mis tías, con una mueca de asco.

Es indudable, también, que los españoles tenían una capacidad de adaptación extraordinaria. Habían aprendido a bañarse todos los días, se vestían de dril o de *palm beach*, tomaban hasta el acento de la provincia...

Sólo cuando empezó a venderse el plátano a los yanquis y cuando éstos empezaron a husmear el petróleo tabasqueño, bajaron los bonos españoles. Porque los gringos eran los nuevos conquistadores, tenían más dinero, venían en otras condiciones: como técnicos de las compañías eléctricas, como ingenieros de las petroleras, como socios de los nuevos caciques. La bella raza española no aventajaba físicamente a aquellos muchachones de ojos azules que jugaban *base-ball*, enseñaban *tennis* a las señoritas de Villahermosa, nadaban como peces y bailaban muy bien *fox-trot*...

Pero se iban los de los ojos azules y se quedaban los asturianos, los montañeses, los vascos, los mallorquines, testarudos y firmes, y padres ya de niños mexicanos.

Un día que en nuestro espléndido mirador, que daba a una callecita pobre, departía yo sobre estos problemas con mi primo Carlitos, nos asustó y nos hizo emprender la fuga la voz de un demagogo viejo y bigotudo, que nos increpaba desde la puerta de su casa:

—Ya no son los tiempos de don Porfirio, pendejos...

En la furia revolucionaria había apasionados que, a pesar de nuestros ingenuos diez años, nos hostilizaban como a conspiradores. No sólo mis parientes se ocupaban de hacerme contrarrevolucionario con sus recuerdos de pasadas grandezas familiares, sino también los ignorantes, los violentos, con sus ataques incomprensibles para mi cabeza de niño. Así fueron confirmando mi innato porfirismo. Pero las injurias callejeras no significaban nada: en la escuela iban a hacerme creer que yo era un niño burgués, a remachar con agravios y con desdenes mi admiración por el pecho emedallado de don Porfirio.

Durante mi vida en la casa de la loma de Esquipulas recogí muchas enseñanzas. Me pasaba el día en el patio, hurgando flores y frutos, examinando y torturando las mil variedades de insectos tropicales. Era un patio muy grande, una especie de huerta o jardín descuidado, propicio para que la fantasía infantil enhebrara mil leyendas. Pero no fue leyenda, sino historia, y dolorosísima, la que recuerdo: un día en que un pollo, mi pollo predilecto, se ahogó en el pozo, en el hondo pozo del patio, ante mis ojos desorbitados.

Menos trágicas fueron mis observaciones sobre estas aves domésticas. Desde Campeche me inquietaban las relaciones de gallos y gallinas. En Campeche había yo preguntado a mi papá por qué bailaban los gallos en torno a las gallinas, y por qué se

les ponía entonces el ojo incandescente y la cresta rubicunda. No recuerdo que mi padre me haya dado explicaciones satisfactorias; pero sí que no me confundió con mentiras. Tengo la sensación de que quería calmar mi curiosidad y no sabía cómo hacerlo. Lo cierto es que los gallos y las gallinas de Campeche y Tabasco me enseñaron la mecánica del ayuntamiento del macho y de la hembra. Mi primo Carlitos, casi de mi edad, vino a sacarme de las últimas dudas.

Un día jugábamos al «campo» en la Plazuela del Águila. Es un juego guerrero. Los niños, divididos en dos bandos, emprenden batallas individuales, hasta lograr vencer al contrincante y arrastrarlo prisionero a su campo. El número de prisioneros acredita la victoria de uno u otro bando. Yo me creía físicamente muy débil, y siempre me tocaba ser de los primeros que caían prisioneros. Ya vencido, me dedicaba a contemplar el juego, o me iba a la casa de mis primos. Ese día fui y me enteré de que había nacido otro primito mío. Mi tía Consuelo, naturalmente, estaba en cama. Pasé a verla y me enseñó al niño, que me pareció horrible, como después me han parecido todos los recién nacidos. Daba la idea de un perrito mojado.

Salí con el viejo runrún en la cabeza: ¿cómo había nacido...? Alguien había revelado a mi contemporáneo cómo se encargaban los niños. Yo sabía ya que nacían de la mujer; pero sobre el encargo, sobre la manera de encargarlos –a pesar de poseer la clave del gallo y la gallina– mis dudas eran enormes. Mi primito se fue conmigo para darme el soplo y me dijo: «Pues el hombre hace esto, y la mujer aquello, y a los nueve meses, y...» Era meses menor que yo, pero tenía un hermano mayor, en tanto que yo vivía entre las enaguas de mis hermanas. Con cualquier pretexto me hice a un lado; sin pretexto

ninguno salí corriendo. Corrí, dando un rodeo por varias callejuelas, evitando a la gente, hasta llegar a mi casa, rojo, acezante, angustiado. Mi madre me vio, y dijo: «algo le pasa a éste». No sé qué fue lo que me sucedió, por qué me sacudió tanto conocer la mecánica de la vida.

En la casa de la loma de Esquipulas fui espectador de varios espectáculos trágicos. Era el camino para el camposanto. Con esta voz religiosa aprendí a llamarlo. En el camposanto se efectuaban los fusilamientos. Un día pasó por mi casa un espeluznante cortejo: llevaban a fusilar a un hombre y seguían al pelotón muchos curiosos, entre ellos algunos niños de mi escuela. A mí me faltó valor para aceptar la invitación de ir con ellos. Ellos, durante mi estancia en Campeche, ya se habían habituado a ver fusilar o, cuando menos, se jactaban de ello.

Entre perplejidades sexuales y duras verdades humanas se desenvolvía nuestra infancia atormentada y roja.

Tengo un regocijado recuerdo. Enfrente de mi casa vivía un viejo albañil que se hizo rico con unos tesoros de la época colonial que descubrió al echar abajo un paredón. No olvidó a don Tano Cortázar, sentado a la puerta de su casa, tomando el fresco. Se había empeñado en cultivarse, había aprendido a leer y tenía siempre sobre sus piernas un libro muy grande. Era un tomo de México a través de los siglos; pero él decía, haciendo una graciosa figura, que leía *México atravesao por los siglos*. Decía otras cosas más chistosas sobre las mujeres que vivían a la vuelta de la esquina, y a las que él llamaba «las prostiputas».

Cerca de mi casa estaba el Instituto Juárez, donde estudiaba mi primo Rodulfo. Y en el callejón de al lado, en la clásica callejuela, la casa de Chepa Chorizo. La casa del saber y la casa del vicio me inquietaban igualmente. Pasaba yo cerca de ellas con curiosidad y con miedo. A la primera entré una vez y soñé en ser

algún día tan sabio como los jóvenes que allí me llevaron. Vi con veneración mapas, esferas, aparatos de física, un ídolo que estaba en el vestíbulo; y me encantó el patio sombreado por ejemplares magníficos del gran árbol del pan. En ese instituto, bajo esos árboles, entre aquellas máquinas misteriosas, sabía yo que mi papá había pasado su juventud de estudiante pobre. A la casa de Chepa Chorizo, que era la prostituta de consumo universitario del pueblo, no tuve valor para entrar, a pesar de que, cuando me aventuraba por allí, las pobres mujeres me llamaban con siseos, aturdiendo mis diez cortos años.

MI PAPÁ

Un día recibimos la noticia de que llegaba mi papá. Nos preparamos enseguida para cambiarnos a una casa más grande. Entonces me fijé con atención, por primera vez, en mi padre.

Era de mediana estatura y muy fuerte. Doblado, como en México decimos todavía en español cervantino. Cuando estaba en camiseta de punto, o sin ella, me gustaba medirle los brazos, formidablemente musculados. Me habían contado que pegaba muy fuerte, más fuerte que nadie. En no sé qué apuesta gimnástica ganó a diez tíos míos. Su color era trigueño, requemado por el sol, quizá un poco amarillento, con la palidez malsana del trópico. Tenía una cabeza muy ancha, una amplia frente con dos profundas entradas. A la franja de pelo que avanzaba en medio, nosotros — que estudiábamos geografía — la llamábamos «la península». La península —decíamos— se transformó en isla: en su base apareció más tarde una leve calvicie. Tenía los ojos brillantes, muy brillantes, y con la charla se le animaban o se le ponían dulces o tristes. Cuando se enojaba, le echaban chispas; pero era sólo como un relámpago. Sus amigos combatían los relámpagos dándole la razón o guardando silencio, y mi mamá tocándole el pie por debajo de la mesa. Esto a veces no daba resultado, sino era contraproducente. Él la denunciaba: «¿para qué me tocas el pie...?» Pero después sus amigos obtenían de él todos los servicios que querían. Y no sólo: tenían derecho a mentirle, a sabiendas de él; a robarle o disminuir su participación en cualquier asunto, a sabiendas de él. Le con-

taban cualquier cosa dolorosa, triste, trágica, y se le llenaban los ojos de lágrimas. Sacaba su pañuelo para limpiarse los ojos, y decía: «Ya... No hablemos de eso.» Tenía mi papá unos bigotes grandes, espesos, ya un poco entrecanos, pero, por suerte, se los fue modernizando. A nosotros nos disgustaba que se le enredaran en ellos los fideos, y eso le pasaba a menudo, a pesar de que, con un ademán muy suyo, se los abría siempre en dos bandas antes de comer. Era de mucha barba. Pero se la rasuraba todos los días, en la mañana y también en la noche. Y lo que más nos interesaba en su cara era un hoyito que tenía en la mejilla derecha, exactamente en el centro, y a nosotros nos gustaba jugar con aquella piel tan tersa. La historia de la cicatriz nos la sabíamos al dedillo y la contábamos siempre que hablábamos de aventuras en que se pierde la vida: una mosca verde, venenosa, lo picó cuando era niño. Le rajaron, le aplicaron un fierro hirviendo y le quedó la huella. No sé si él nos contó eso, o si nosotros lo inventamos. Su pelo era rizado, muy fino: rizos chiquitos, enmarañados. Los peluqueros se lo dejaban corto, y se le veía muy bien. Cuando nos empeñábamos en que se pusiera grasa, le brillaba maravillosamente. A nosotros mi papá nos gustaba mucho y siempre nos pareció simpatiquísimo. Creo que esta opinión no es parcial: años después supe que algunas señoras habían compartido con apasionamiento nuestra opinión.

Toda su persona daba una impresión de fuerza y de jovialidad. Era conversador, espontáneo, alegre. Con nosotros jugaba de todo: pelota, canicas, papagayos, balero, toros, boxeo... Juntos nos bañamos en el mar de «La Montaña», de Laguna y de Campeche, y él hacía en la playa tantas o más travesuras que yo. Siempre lo llamé de tú, por supuesto. Él me llamaba con mi diminutivo o me decía «papacito», claro que con la dulce «s» tabasqueña.

¡Ah... pero la confianza no quitaba el respeto...! Mi papá sabía muchas cosas: eso nos impresionaba mucho. Todos iban a consul-

tarle sus asuntos, a encargarle que aconsejara a sus hijos... Los líderes jóvenes de la Revolución siempre llegaban a preguntarle cosas a la casa... ¿Cómo íbamos a discutirle...? Era también muy bueno con la gente pobre, era también muy honrado... ¿Cómo íbamos a ser malos con él...? Y, además, era de mal genio. No nos gustaba ver los relámpagos en sus ojos. Bastaba oír su grito ordenando silencio: «¡Shóooo!», o su «¡se acabó!», para que las querellas de mis hermanas entre sí, o conmigo, cesaran de un golpe. No necesitó pegarnos, ni castigarnos. En la casa había una gran disciplina, debida a un entendimiento tácito entre hijos y padres. Los sustos y las miserias sufridos durante la Revolución nos vincularon estrechamente a todos. Éramos más serios, más estudiosos, más razonadores de lo normal. Las nuestras fueron vidas infantiles absorbidas por un tremendo espectáculo, de modo que no nos salíamos nunca de los carriles. Por supuesto que los carriles eran cómodos, muy amplios: estudiábamos cuando queríamos y como queríamos o, cuando menos, mis padres supieron darnos la sensación de que así era.

Mi papá tenía una costumbre muy mal vista por varios de mis parientes: le llamaba a las cosas por su nombre. Tenía una naturalidad, una espontaneidad que después he descubierto que es española, o que se parecía, como una gota de agua a otra gota, a la de los españoles. En la altiplanicie de México hay una tendencia al medio tono, al eufemismo, excelente en algunos aspectos, pésima en otros. Hay ciertas voces que la «gente decente» no puede usar, ni en público ni en la intimidad. Para referirse a las partes blandas del cuerpo o a las funciones fisiológicas, los «guachos» recurren a vueltas y subterfugios. Y no sé si será también por urbanidad que el clásico hijo de tal ha sido transformado en «hijo de la tiznada», aunque esta expresión, y otras parecidas, resultan ahora tan fuertes como la original. Mi papá llamaba al pan, pan, y al vino, vino, con toda la boca; y soltaba de vez en cuando interjecciones muy espa-

ñolas. Era todo él naturalidad: un hombre de una pieza, sin mistificaciones, sin recovecos. Yo creo que por eso les simpatizaba tanto a los militares de la Revolución, a pesar de que no había militado con ellos; y al pueblo, que lo sentía de los suyos.

Esto no impidió que fuera de una finura exquisita, auténtica. Tenía esa finura mexicana, mezcla de señorío español y de suavidad indígena, muy superior al estiramiento británico, a la untuosidad francesa y a la zalamería italiana. Y, en mi padre, llena de un calor tropical y de una seguridad viril. Un alumno suyo —Francisco J. Santamaría— decía que, como maestro, conocía «el suave secreto de Rabelais: la dulce severidad», y que era «un austero sonriente, en cuyo entrecejo duro, como en la superficie de un mar sereno pero imponente, se leían todos los afectos de su alma y toda la energía de su carácter... Y era hombre de ímpetus violentos; pero de tan cabal educación, que la cortesía, la gentileza y la más exquisita amabilidad engalanaban como a una dama a su persona».

En su ropa era tan sencillo como en sus actos. Nunca quiso ser elegante, ni hubiera podido serlo: con la fuerza física suya no hay tela que no se arrugue; para conservar la línea se necesita una naturaleza menos vigorosa, unos movimientos menos enérgicos. En el trópico usó siempre su sombrero jipijapa, panamá. Ésos y todos se los mandaba, dándoles un golpe en el ala con el reverso de la mano, hasta medio cogote, dejando fuera su hermosa frente. Ya lo veo venir desde la puerta de mi casa de la loma de la Encarnación y ya veo a mis hermanas salir corriendo, junto conmigo, para recibirlo a besos. En la ciudad de México usaba su sombrero de fieltro negro y trajes buenos, finos, pero sin demasiado atildamiento. Amaba la comodidad y por comodidad, aunque no fuese elegante, usó siempre corbatas con el nudo hecho en unos aparatitos de alambre, llamados «timacas», que se enganchaban sencillamente en el botón del cuello. Y, siendo magistrado, fue de los primeros que empezó

a usar camisas de cuello pegado y blando, sin almidón, como su alma. Y por comodidad usaba también botines militares, elásticos, para ahorrarse la molestia de andar abotonando o amarrando.

¡Qué tipo tan noblote, tan entero, tan al desnudo! En el ambiente tabasqueño no presumió de sabio, ni de blanco puro, ni de padre de la patria, ni siquiera de valiente... ¡Ni de valiente...! Este es el colmo de la sencillez en Tabasco. Cuando fue necesario, supo ser sereno y enérgico; pero el prurito de la valentía, común a mi familia tabasqueña, no lo tuvo mi padre. Disponía de un valor superior: el de ser un hombre risueño, amable y cordial en un mundo y una época de violencia.

De literatura conocía los clásicos españoles y los novelistas realistas: Galdós, Pereda, Valera... De los franceses: Víctor Hugo, Zola, Daudet, y, naturalmente, los enciclopedistas. Pero claro que la prosa literaria no fue de su predilección. Su sentimiento —aherrojado por los «considerandos» y los «resultandos» de su Juzgado— iba a la poesía, y Rubén Darío, Gutiérrez Nájera, Nervo y González Martínez anduvieron en mis manos desde niño.

Uno de los más terribles disgustos de mi infancia fue haber vaciado un tintero, accidentalmente, sobre *La muerte del cisne*, de González Martínez. No encontré otro ejemplar con qué sustituirlo. Lo busqué por toda Laguna, inútilmente: primero en librerías y luego en casas de aficionados a la literatura. Hubo que decírselo a mi padre. Yo mismo me impuse la sanción, negándome el domingo siguiente a recibir el peso que semanalmente me daba para que fuera a un jacalón que llamaban cine, y yendo a vagar con mi pena —que era la de habérsela producido— sobre las balsas del mar. Versos de éstos y de otros poetas los copiaban él y mis hermanas en un libro consagrado a las musas. Había allí cosas de muy mal gusto, aun de Blanco Belmonte y de Narciso Díaz de Escobar...

Mi familia materna era romántica hasta el colmo, por herencia de mi abuelo Manuel Foucher. De memoria sabíamos algunos de sus versos, no siempre los mejores. La huella de Heredia, Espronceda y Zorrilla, está presente en ellos. Todos valen, aún los más descuidados, por la nobleza y la ingenuidad de que son trasunto. Por ejemplo, de la amistad decía:

Eres al hombre en tu misión divina
lo que es para las plantas el rocío,
lo que al sediento la onda cristalina
de mansa fuente o bullicioso río.

El rocío y la onda cristalina, esto es, algunos de sus amigos, tomaron parte en su asesinato.

Desgraciadamente, mi padre nunca tenía tiempo libre y no recuerdo que haya tomado jamás vacaciones. Conocía bien el francés y amaba, por encima de todo, la literatura española; pero no llegaron a sus manos más que retazos de su riqueza escrita.

Lo que yo recuerdo con más gusto son pedazos de sus canciones, casi todas folklóricas. Es una lástima que no las recuerde completas, porque tenían más valor que los versos que recitaba. Ésta, por ejemplo:

Estaba un sapo peleando
con un valiente cangrejo,
cuando el sapo desde lejos,
se le paró de repente...

Y aquélla de:

Amico, amique, agua de coco no beba 'sté

Y:

Ya son las dos, chombo mocho
y no sales a verme...

Y la de la negrita, más conocida:

Una negrita
se enamoró,
de un joven blanco
que la engañó...
Y la negrita
pronto murió.
¿De qué murió?...
Porque su amante la abandonó...
Porque su amante la abandonó...

Y otra muy popular:

El perico y la cotorra
se pelearon cierto día,
el perico que es de noche,
la cotorra que es de día...
Pica, pica, pica perico
Pica, pica, pica la rosa...

Y la que le oí cantar en la finca de mi tía Matilde, bajo aquel sol
africano:

La tarde era triste,
la nieve caía,
un blanco sudario

los campos cubría...
Ni un ave volaba,
ni oíase un rumor...
Mas ¡ay! cuando ausente...

Y los «couplets» que le aprendimos al cómico Toreski cuando estuvo en Tabasco en 1912.

No recuerdo haberlo oído cantar en serio. Siempre cantaba en casa, pero en broma. Medio en broma bailaba el zapateado en los bailes populares de Laguna y, más tarde, cuando llevaba a mis hermanas a las clásicas posadas mexicanas, bailaba con ellas el jarabe tapatío y hasta la jota aragonesa. Era un tipo múltiple, enérgico y suave, serio y alegre.

Mi mamá tenía otro diapasón. Silenciosa, un poco triste, reconcentrada, aunque gran conversadora en la intimidad, no podía seguir aquella vida eufórica. Era lo único lamentable en mi casa: la desigualdad temperamental de mis padres. Mi mamá era muy fina, muy inteligente, acaso con más sensibilidad y más buido humorismo que mi padre: era un espíritu en reposo, no en acción; en observación, no en movimiento. Adoraba a mi papá, pero en ese amor había una gran tristeza, indefinible para mis ojos de niño. Yo oía sus suspiros, yo veía su silencio: no llegaba a desentrañarlos, pero me dolían. La expresión de su rostro triste acabó por ser, en la vejez golpeada por la vida o la muerte dramáticas de hijos y sobrinos, la de la amargura como estado perenne y sin hundimiento moral, la de la angustia frenada por la tradición estoica del mexicano, sobrellevada con paciencia fatalista.

—Paciencia, paciencia —decía, y se encogía hasta poner su barba en la mano abierta, con un gesto resignado.

Así lo hizo a la muerte de la hija y del marido, así cuando

otros seres queridos conocieron la muerte, la tragedia y la calumnia.

Mi papá vivió, sin embargo, dentro de la disciplina matrimonial. Ni faltaba de noche a la casa, ni siquiera llegaba después de la hora acostumbrada, ni hacía viajes misteriosos. Pero mi mamá era celosa y decía que le tenía más miedo a las «picardías» que a las «picar noches». Sobre mi padre se fraguaron algunas leyendas de este tipo, que acaso hayan tenido algo de historia. Esto hizo que mi hogar fuera un poco desgraciado, como todos los hogares, a pesar de las grandes virtudes de mis viejos (que no eran viejos). Aquellos disgustos silenciosos —mi madre seguía la tremenda táctica de callar— nos hacían a los niños un daño tremendo.

Todos tomamos siempre el partido de mi mamá, sin que ninguno de los dos nos dijera una palabra. Ya nos alzábamos contra la común ley del embudo matrimonial, que entonces oímos mencionar por primera vez. Y esto fue lo único que estropeó, a veces, mi intimidad con mi papá: llegué a creer que por enamoradizo y mujeriego hacía sufrir a mi madre, que vivía entregada a él y a nosotros, y yo le guardaba muy adentro, muy oculto, ahogado por mi cariño y en mi devoción, un extraño resentimiento, un resentimiento que quería desaparecer y no desapareció nunca.

Pero sí desapareció cuando conocí la vida y, con ella, las flaquezas de todos los seres humanos. Hoy no sé si los celos de mi madre fueron justos: hoy estoy seguro de que exageró por enamorada...

POLÍTICA Y TRÓPICO

Cuando estábamos en la casa de la Avenida Madero viví intensamente, y casi participé, en una lucha política.

Era 1918. La Revolución estaba ya desgarrada interiormente. Desde 1915, Villa y Carranza se despedazaban. Tabasco se mantuvo fiel al carrancismo, pero dentro del carrancismo tabasqueño surgieron desavenencias. Los años de la Revolución en Tabasco fueron un rosario de pasiones. Las pasiones de los jefes y el dinero de la reacción habían logrado deformar las cosas.

Dos eran los candidatos a la gubernatura de mi provincia: don Carlos Greene y don Luis Felipe Domínguez. Don Carlos era el jefe del Partido Rojo; don Luis Felipe, el jefe del Partido Azul. Yo no sé si los de don Carlos ostentaban el rojo con intención y con conocimiento histórico de lo que significaba, o si sólo fue una coincidencia, muy explicable por la inclinación del gusto del pueblo hacia el color vivo y vital: lo que sí sé es que los rojos eran los radicales, los revolucionarios. Por eso el general Greene tenía más partidarios en el pueblo y don Luis Felipe los tenía en la clase media y en la clase rica. Por ejemplo, mi familia materna –incluso mis hermanas– eran «azules». Una pariente mía usaba, al mismo tiempo, el lazo celeste y el retrato de Félix Díaz, el sobrino de don Porfirio que fracasó como militar, como político y hasta como desterrado, porque nadie supo nunca en México cuándo dejó de serlo. Otra pariente mía se ponía blusas azules y zapatos rojos, para ir piso-teando a cada paso el símbolo del bando enemigo. Yo no fui ni una

ni otra cosa, o fui las dos: unos días era yo rojo, otros azul; pero, sobre todo, azul. Fue otra época de perplejidad: me impresionaba que en el Partido Azul estaban mis parientes y los más íntimos amigos de mi familia, esto es, la «gente decente» de Tabasco; pero me sorprendía que en los mítines esas gentes hablaran también en nombre y en elogio de la Revolución. Ya usaban la palabra, pero sin contenido, como los monárquicos de España hablarían, poco después de su derrumbe, en nombre de la República. Por otra parte, me impresionaba mucho que entre los rojos estaban los discípulos preferidos de mi papá: Rafael Martínez de Escobar y Pancho Santamaría. El primero, que usaba un vestido a cuadros que no se me olvida nunca, con su vozarrón y su oratoria tempestuosa e interminable, «de resistencia», sudorosa; y Pancho Santamaría con su cuerpo de mimbre y sus ojos de lince. Los dos me hipnotizaban y me seducían en los mítines. Un condiscípulo me llevó un día al Centro Greenista y a la fuerza quiso hacerme caer de rodillas ante un retrato de don Carlos, orlado de banderas rojas y de ramos de claveles. Se me tenía por azul. Lo cierto es que yo nadaba entre dos aguas. Recuerdo la sorpresa que me produjo saber que un primo mío por la rama paterna, el dueño de la sombrerería a quien yo, como buen niño tabasqueño, quería y admiraba –era valiente y le hacía frente a cualquiera– pertenecía al Partido Azul. ¿Cómo, si era pobre, si era artesano, si trabajaba con las manos...? En cambio, el caso de la familia Padilla Iduarte, de mis tíos Pedro y Carlos, me aclaraba un poco el problema: el uno, propietario, apacible, era azul; el otro, pobre, revolucionario apasionado, era rojo.

Pero la confusión política, que todo lo falseaba, no dejó cristalizar mis intuiciones. ¿Por qué entre los rojos había también hacendados, propietarios, caciques que habían usado el cepo y el rebenque contra el peón de campo...? Yo conocía bien la fama de verdugos, de negreros, de algunos viejos que estaban con los

rojos. ¿Y por qué, si se decían partidarios del pueblo, seguían siendo tan ricos...? Sospechaba yo que porque eran farsantes, colados en la Revolución para corromperla y traicionarla. ¿Y por qué don Carlos Greene los aceptaba y, al mismo tiempo, atacaba por ricos y por explotadores a mis parientes azules? Porque necesitaba el dinero de los partidarios ricos —según decían mis parientes— para la propaganda. ¿Qué cosas iban éstos a exigirle después? ¿Con qué cara iba a combatirlos y a hacer justicia sobre sus injusticias? Y aunque se sacudiera los compromisos ¿no era esto una merma anticipada de su fuerza?

Entonces ¿quiénes eran los malos y quiénes los buenos...? Todas aquellas reflexiones me dejaban sin partido y me escamoteaban la verdad, cuya búsqueda iba a atormentar mi ingenua adolescencia liberal.

Mi papá tenía otro alumno que también lo visitaba: Tomás Garrido. Era de familia rica, latifundista, de mala fama como amos de la tierra. Pero él era muy radical y, por su radicalismo, le habían apodado «el rojo». Su tío don Manuel, amigo íntimo de mi padre, que cuando peregrinábamos por Campeche y Yucatán con la miseria a cuestas nos prestaba dinero, también era rojo. Recuerdo que Tomás, en las retretas del Parque Juárez, se encargaba de meter el desorden, para angustia de las «niñas bien». Todas las noches, alrededor de la estatua de Juárez (en bronce, negra, con las manchas blancas de las deyecciones de los zopilotes decorando el pecho y los hombros de la casaca, y sobre un pedestal de mampostería con la leyenda: «El respeto al derecho ajeno es la paz») circulaban las personas «decentes» y las «indecentes» de Villahermosa. La gente del pueblo tenía acotado su campo: paseaba fuera del parque. ¡Y esto en plena Revolución...! Tomás introducía en las filas de las señoritas a todas las obreras que se atrevían a hacerlo, e intentaba estropear, de mil maneras, la jerarquía establecida. Apenas apare-

cía «la Princesita del Cobre» —una guapísima mujer del pueblo, prieta, arrogante, de pelo negrísimo, de boca sensual que encendía mis deseos precoces, apodada así por su tentadora piel de canela y por el reinado que ejercía sobre todos los hombres— las señoritas huían del parque haciendo dengues, entre las carcajadas de Tomás y sus compañeros. Era un muchacho grandote, robusto, de ojos verdes, desleídos, traviesos. Yo lo conocía de vista, de nombre y por un hecho casual. Tenía yo un libro que había sido suyo. Mis hermanas necesitaron un día una *Gramática de la Real Academia* y no fue posible conseguirla en las librerías de Villahermosa. Tomás le regaló la suya a mi papá.

Otros amigos rojos de mi papá me simpatizaban más, sobre todo Santamaría y Martínez de Escobar. Querían que mi papá fuera rojo. Recuerdo que días antes de las elecciones fueron a buscarlo y luego estuvieron los tres paseando y conversando con don Carlos Greene. Mi papá, probablemente, pasaba por las mismas perplejidades que yo: mejor dicho, las mías no eran sino un trasunto de las suyas. No creía en los méritos personales de ninguno de los candidatos y veía el poder disputado por «gentes decentes» llamadas dominguistas y metidas a revolucionarias, y por hombres que se decían amantes del pueblo, se ponían en el pecho un lazo rojo y convivían con propietarios esclavistas a los que consideraban redimidos por la cinta que también llevaban en la solapa. Mi papá adoptó una actitud pasiva. Defendió a los presos dominguistas, pero no usó nunca botón azul, ni hablaba mal de Greene, ni votó en las elecciones.

El colegio fue entonces, para mí, el potro del tormento. Era yo un buen alumno. Cursé el cuarto año con María Dolores Pérez Oropeza, que era muy revolucionaria, pero sabía dominar sus pasiones políticas. Sólo una vez que no quise cavar la tierra —teníamos clase de agricultura— me tiró de las orejas de mane-

ra suave, simbólica: lo atribuyó a remilgos de niño decente, que hacía ascos al trabajo manual. Pero mi gran desgracia fue pasar al quinto año. ¡Cuántas amarguras me esperaban en él...! Mi profesor era —ésta fue mi impresión, quizá injusta— un hombre que sustituía capacidad con demagogia. Es una manera frecuente de ganarse el pan, excusable como todos los procedimientos que para cosa tan indispensable se usan; pero, para mí, fue funesta. Le decíamos Chon Pelota. A diario me preguntaba la lección y a diario se la daba yo muy bien. Sentarme yo y decir él: «¿No les da vergüenza que les gane el hijo de un reaccionario?», era uno. Le tomé un odio furibundo, insensato. En los recreos vagaba yo solo, cavilando, reflexionando cómo podría salvarme de aquella malquerencia. Mi apartamiento de niño ensimismado, él lo atribuía a orgullo, a repugnancia de jugar con niños del pueblo, y a media clase, con áspera voz, lo decía a todos, encendiendo las pasiones de mis compañeros. Un día tuve una disputa con un muchacho rojo. A la salida, él nos azuzaba a pegarnos. Yo —tabasqueño acostumbrado a la pelea— fallé ese día: no di una buena pelea: me pegaron más de lo que yo pegué... Tuve miedo: miedo de la cara de Chon Pelota, miedo del grupo de mirones que nos rodeaba, miedo de todo. En ese momento yo era, por disposición de mi profesor, el enemigo, la reacción abominada. Él fue el principal responsable de que no fuera rojo, a pesar de todo lo que me simpatizaban mis amigos rojos. Pero meses después tuve la suerte de que dejara la clase y viniera a sustituirlo una señorita muy linda. La vi por última vez un día que recogía yo piedras en la loma de la Encarnación. La vi venir desde lejos, subiendo la cuesta de la calle Hidalgo. Su silueta se recortaba en la pared negra de la casa del herrero. Era una mujer alta y fina, color de piñón, con el pelo ensortijado y negro, de ojos vivos y oblicuos, orientales, y una boca carnosa y frutal. Yo ya no iba a clases: mi

viaje a México estaba decidido. Para despedirse de mí, ella me dio un beso impresionante ¡en la boca!

Mi viaje a México lo decidió la creciente.

Durante toda la noche bramó el río, allá lejos. A la mañana siguiente, al bajarme de la hamaca, me encontré con la casa llena de agua. Susto para nuestros padres, alegría para los chicos, sobre todo cuando el nivel del agua alcanzó medio metro dentro de la casa. Porque eso significaba que afuera ya se podía navegar. Así vivimos quince días, para mí de dicha. Andábamos sin zapatos y navegábamos en canoas y cayucos. Recorriamos el pueblo y sus alrededores. La corriente del río arrastraba cadáveres de perros, de gatos, de caballos; racimos de plátanos; troncos de árbol; verdes islas de jacinto... Una gama de cosas y colores que nos seducían. Sólo sentí la tragedia cuando nos encontramos, a medio campo, con una casita, casi enteramente cubierta por el agua. En el tejado, la familia, los perros, los gatos y las gallinas gritonas. Otra canoa más poderosa que la nuestra fue a rescatarlos. Amigos míos más atrevidos, hábiles nadadores, se zambullían y nadaban en plena calle, frente a mi casa, donde empezaba la pendiente hacia el río. Pero era inconsciente nuestro gozo de niños maravillados con la inesperada y tropical Venecia. La creciente fue funesta: segó riquezas y vidas, y dejó tras de sí la peste. Cuando el agua bajó, la ciudad fue víctima de sus miasmas. Todavía nosotros los niños pudimos divertirnos: había una cantidad enorme de ranitas minúsculas, millonadas de sapitos que iba uno destripando al andar y sonaban como triquitraques. Pero lo macabro también nos saltó a la vista: desfilaban los entierros, las casas apestaban a medicina, las ventanas y las puertas permanecían cerradas y con crespones negros en los marcos. La influenza española siguió en Tabasco a la creciente. En mi casa cayó enferma mi hermana mayor y allí se inició su muerte lenta, su extinción dolorosa.

Ésta es la época de mis primeras lecturas. En ésta, como en otras cosas buenas y malas, seguí las huellas de mi primo Rodulfo. Él ya estudiaba en México, pero su mamá me prestaba sus libros. Leí de cabo a rabo las novelas del detective Nick Carter. Él y sus dos ayudantes —Chick y Patsy— me entusiasmaban. La consecuencia inevitable fue que con un niño vecino mío, Chenés Alfaro, con Faustino Mora y con otros muchachos, formé una sociedad secreta. Faustino era hijo del dueño del Teatro Merino y tenía una viñeta de imprenta que se utilizaba en los programas y que nosotros empleamos para sellar cartas amenazadoras enviadas a las víctimas. Ése fue nuestro símbolo. Yo propuse el nombre de la banda: «La mano que señala»: era un arreglo de «La mano que aprieta». Desde su fundación, nos dedicamos a la persecución de los enamorados de nuestras hermanas. Porque el niño calderoniano de Tabasco tenía la obligación de perseguir a sus posibles cuñados. La cuestión del armamento era fácil: cogíamos de los árboles de la calle muchas naranjas agrias, las almacenábamos en un sitio estratégico y las descargábamos sobre sus cabezas. Pero no sé qué dificultades surgieron, que me vi obligado a redactar, por primera vez, un documento político: mi renuncia.

Entonces fundé, con niños de otro jaez, una sociedad recreativa, en la que se pronunciaban discursos de tipo político. El ambiente de la calle nos emborrachaba. Yo, por supuesto, constituía la oposición: la persecución de Chon Pelota, las opiniones de mis parientes, el bisbiseo sobre la corrupción de varios líderes rojos —ya en el poder— me habían hecho retroceder hasta el porfirismo, para quedarme en él durante toda mi infancia. Pero la sociedad recreativa tuvo fin peor y más tabasqueño que «La mano que señala». Fue una lástima, porque nos enseñaba disciplina, cooperación y ahorro. Contribuíamos semanalmente con unos centavos y organizábamos cenas en casa de alguno de los fundadores. Y no

fue la política, sino el amor, lo que produjo el fin de nuestra asociación. Juntos nos íbamos a los alrededores de la población: hasta entonces conocí todo el encanto de la naturaleza tropical. Me harté de mangos maduros y verdes bajo los enormes y olorosos árboles, robé guanábanas dulces y frescas, guayabas-peras de carne blanca y guayabas-manzana de carne roja, zapotes, mameyes, caimitos, cojinicuales... Y el sabor de la mujer no estaba tan distante del de la fruta. Tenía yo once años, pero once años tropicales. Me enamoré de una chiquilla a la que llamábamos «la reina de la Plazuela del Águila», porque allí vivía y allí reinaba en nuestros vagos deseos. Un día que andábamos de excursión, un compañero pretendió dar una tajada a una jícara que acababa yo de cortar y en la que cuidadosamente estaba yo grabando el nombre de la amada. Consideré su atrevimiento como una ofensa a mi honor de caballero y al nombre de mi dueña: estábamos en tierra piratesca y feudal. Hubo reclamaciones inmediatas de mi parte y provocaciones de parte suya, que insistía, burlándose de mi pasión, en deshacer mi obra de arte. Nos desafiamos, nos golpeamos y nos herimos... Estábamos envenenados de bárbara hombría. No llegué nunca, sin embargo, a la brutalidad de otros compañeros, que se divertían tiroteándose con rifles de salón. En una de esas guerrillas, uno de ellos recibió un balazo en sedal en el cuello, que por poco le parte la yugular. ¡Y todo por *sport*, un *sport* que los llevaba a sostener verdaderas batallas tras de las matas de plátano...! No, no llegamos a tanto; pero la sociedad recreativa, de la que yo era integérrimo tesorero, tocó a muerte.

Sexualmente el trópico no me precipitó al extremo que a los demás niños. ¿Ejerció papel de contrapeso mi endeble naturaleza física...? Una vez me llevaron en un automóvil —la primera vez que subí en un artefacto mecánico: un «Ford» tan destartado que no podía subir la loma de Esquipulas— hasta la Cruz Verde, y lo

detuvieron en la puerta de una casa sospechosa. Me negué a entrar. En otra ocasión, uno de mis más íntimos amigos —Montiel— me obligó a pasar por la calle de Puerto Escondido, que tanto me inquietaba antes, y la recorrió gritando ante las mujerucas asomadas a las puertas y a las ventanas:

—¡Tanto cuero, y no tengo ni para zapatos...!

En Tabasco llaman «cueros» a las mujeres públicas, supongo que porque en ellas no ven más que la piel, que la superficie. Físicamente estaba yo muy lejos de la pubertad anticipada de mis amigos; pero cerebralmente, por culpa de sus pláticas, tenía yo apremios. En la casa, un día que salió mi familia, perseguí a mi criada Catalina, una indita de catorce años. El problema se hubiera presentado si le hubiera dado alcance porque, en rigor, yo no sabía para qué la perseguía.

TABASQUEÑIDAD

• La Revolución estaba triunfando o no lo estaba...? Yo no lo sabía. Sólo sé que había frecuentes tiroteos. ¿Era entre reaccionarios y revolucionarios? ¿Era entre dominguistas y greenistas...? Vivíamos la hora de la confusión, y para un niño era difícil distinguir dónde estaban los falsos y dónde los sinceros. Yo sólo observaba claramente, repetidamente, dos cosas: con don Luis Felipe estaban muchas «gentes decentes», pero se decían «revolucionarias»; y con Greene había, sobre todo, gente del pueblo, pero entre los jefes yo veía también a algunos caciques, a algunos esclavistas. Prematuramente era yo una prolongación de mi padre en el repudio a los partidos políticos.

Uno de los tiroteos me cogió en el playón, mientras elevaba yo una «paloma», cometa maravillosa que construyen con cañas y papel de China los niños tabasqueños. Era ése el juego que a mí, muchacho ensimismado, me gustaba más: unía la soledad a la guerra. En la cola de trapo le atábamos una navaja filosa, que hiciera ángulo, a modo de garra. Las elevábamos fácilmente, aprovechando el gran viento del Grijalva, y ya en el aire venía el combate de pájaro contra pájaro. A veces alguno era completamente destrozado. Otros capotaban y había que bajarlos rápidamente, para no perderlos en la corriente del río o en algún pantano. Se les remendaban las heridas con papeles superpuestos y cada costurón era una marca de gloria. No es necesario decir que los colores preferidos por nosotros eran los de la bandera mexicana o, a solas, el azul y el

rojo, en pelea política. También los colores de Francia y Alemania, entonces en guerra.

Cuando sonaron los primeros tiros, varios niños corrieron, olvidándose de sus «palomas», que fueron a caer quién sabe dónde; o dejando amarrado el bramante a una mata o una piedra, con la infantil esperanza de seguir un día el hilo y recuperarlas. Yo no podía abandonar mi juguete glorioso. Lo bajé con toda la rapidez que pude, enrollando el hilo, sin gracia ni orden, en el carrete. Cuando terminé, estaba solo.

Entré en la ciudad por la calle de Lerdo. En la de Juárez me topé con un grupo de hombres, pistola en mano. Me conocían: entre los hombres estaba un amigo de la familia. Me llevaron a la casa de mi tía Matilde. Imposible seguir a mi casa distante, como yo pretendía: no me lo permitieron. Esperamos a que me abrieran, largo rato, pegados a la pared. Se tardaron, porque detrás de la puerta habían colocado el piano y varios muebles, a modo de barricada. En eso oí silbar, por primera vez en mi vida, las balas.

En la casa de mi tía, la noche —era ya casi de noche cuando llegué— fue tremenda.

Mi tío Carlos Foucher y mi primo Rodulfo escondían en el tapanco muchos bultos, que quizá contenían documentos, o billetes, o títulos de propiedad. Las personas mayores hablaban del peligro de que fuese asaltada la casa. El tiroteo se acercaba por momentos y a veces se oían, junto a la puerta y a las ventanas, órdenes, gritos, detonaciones. A las habitaciones exteriores sólo salían mi primo y mi tío, sobre todo mi primo, que no le tenía miedo ni a las balas, ni a nada, ni a nadie.

Los niños y las mujeres estábamos en las piezas interiores, sentados o acostados en el suelo de ladrillos rojos. Yo —¡oh vergüenza!— estuve debajo de una cama; y, por consejo de mi tía, tratando de rezar el padrenuestro mal aprendido y ya olvidado.

En nuestras familias tabasqueñas el hombre, incluso de niño, tenía la obligación de no tener miedo. Mi primo me miraba —o me lo parecía a mí— con gesto sañudo, disgustado de mi falta de entereza. Yo —me excuso todavía— tenía once años, y lejos de mi papá, de mi mamá y de mis hermanas, experimentaba verdadera angustia. Yo creo que mi primo no estaba entonces contento de mí: era yo muy débil físicamente, no atravesaba el Grijalva a nado, no había montado nunca potros cerreros, casi nunca me iba de aventura por las afueras... Era yo un niño tranquilo y tímido, aunque dispuesto a no dejarse sobajar por los fuertes; pero no tenía su afición a la empresa peligrosa. Consecuencia quizá de mi condición de varón en una familia de mujeres, de ser el último hijo, el consentido, y de mi aparente raquitismo.

Me volví valiente más tarde, porque el peso de la tradición era muy grande. Me volví valiente cuando la exigüidad de mis puños perdió importancia, cuando la adolescencia igualó a fuertes y débiles. Algunos muchachos usaban en mi tiempo una pistola encajada en el pantalón, bajo la blusa. Yo, no tanto; pero no por falta de ganas, sino porque mi viaje a México retardó el espaldarazo. Pero no me quedé muy atrás, a pesar del trasplante civilizador: a los diecisiete años, en pugna con el caciquismo provinciano que tenía su embajada en la capital, me apoderé de la que había dejado mi padre, la guardé en sitio secreto, y me sentí capaz y con derecho de repeler los abusos que de mi debilidad física hicieran mis forzudos coterráneos.

Hablando de provocaciones y golpes recibidos en esta infancia bárbara, un tabasqueño me decía, alguna vez, que Tabasco es un país con nombres griegos y alma africana. Lo que decía del alma, es trágico. Hablar de los primeros es alegría; de lo segundo, es lamentación.

En mi tierra casi todos, jacobinos cuando no positivistas, ponían a sus hijos los nombres más extraños. Algunos entraban a

saco en la filosofía: en Tabasco abundan los Sócrates, los Platones, los Aristóteles... Otros papás recurren a la literatura. En una serenata –canciones y guitarras a media noche, al pie de una ventana tras de la cual se supone que escucha la pálida doncella– se reunieron en una ocasión los tres trágicos griegos: Sófocles Pérez, Esquilo Ramírez y Eurípides Heredia. Mi primera novia se llamaba Manuela, pero le decíamos Marianela, como la de Galdós. Julietas, Desdémonas, Haydés, Aziyadés, Ninfas, Brunequildas, Nereidas, Electras, Sífides pueblan las retretas del Parque Juárez. Y hasta tenía yo allí una amiga que se llamaba Bélgica. Sus hermanas respondían a los nombres de América, África y Colombia. La historia proporciona hallazgos: un pariente mío se llamó Emir, una amiga mía Babilonia, y otros Océán, Robespierre, Lincoln, Dantón y hasta Kuroki, como el general japonés. Los libros de historia y de geografía, la prensa y los diccionarios eran buscados por los tabasqueños cuando les nacía un hijo. Los había patriotas que ponían a sus hijos nombres de nuestros próceres, como Juárez o Hidalgo, o hispanoamericanistas que les llamaban Bolívar y San Martín. Una mujer bellísima, vecina nuestra, se llamaba Yara, por el grito cubano de libertad del año 68. Otros, más sencillos, iban numerando a sus hijos: Uno Gutiérrez, Dos Gutiérrez, Tres Gutiérrez. Otros, maniáticos, adoptaban una letra como inicial de los nombres de sus hijos, y si eran prolíficos y la partida se agotaba, les colocaban cualquier nombre de cosa o de animal. También se llegaba al curioso extremo de dar nombres de mujer a los hombres, y de hombre a las mujeres. Pero la imaginación tabasqueña, como su selva, no tenía límites: a Tabasco llegaban los vinos de *A. Delor et Cie*. El padre de un amigo mío vio aquello y creyó que, con un poco de buena voluntad, podía servir como masculino de Adela, y clavó a mi amigo el nombre de Adelor. Otro tabasqueño, oportunista en política, puso a su hijo el apellido de un ministro

de la Dictadura: Limantour Pérez. Otro, el del ilustre cubano que organizó la enseñanza superior en Tabasco: Suzarte Martínez. Y la Revolución iba a hacer cambiar la moda, postergando los nombres comunes. En la reacción contra el calendario cristiano se llegó al extremo de llamar a los niños Luzbel, Lucifer o Mefistófeles. Pero, a pesar de todas las variedades y de todos los caprichos, los nombres clásicos siguen siendo los preferidos: Píndaros, Alcibíades, Epaminondas, Pericles, Eratóstenes, Arquímedes. Esta rememoración de la cultura —que no deja de tener aspectos positivos, pues por mi amigo Lincoln Salazar yo llegué, después, a interesarme en el presidente norteamericano— no impedía que a los veinte años, por el amor de Aspasia o de Medea, por celos de Andrómeda o Lysístrata, Armodio y Aristogitón sacaran la pistola de la blusa y, en singular combate, sucumbieran contentos y sonrientes en el Playón o en la Pigua.

Y este tabasqueñismo era una marca indeleble. En el mismo tabasqueño culto, e incluso en el que sólo era hijo o nieto de tabasqueños, latía un fondo vital y tempestuoso. Los mismos tabasqueños que en público condenaban la violencia, se sentían secretamente orgullosos de la varonía tabasqueña y eran capaces, cuando oían la voz de la selva como el Marcos Vargas de Gallegos, de agujerearse a tiros por la más leve ofensa. Un ilustre tabasqueño, que sería ministro de don Porfirio, dirimió así una contienda escolar, a los dieciséis años; y mi abuelo, el tabasqueño más cristiano y dulce de nuestra historia, poeta sentimental, decía suavemente —ya lo conté antes—: «al que me insulte le pego, al que me pegue lo mato». Llevó la frase al extremo, hasta matar —moribundo— a uno de los que lo mataron.

El tabasqueño peleaba y mataba sin saber que hacía algo malo. Era de una ingenuidad maravillosa, patente en un suceso del que oí hablar a un brillante y gracioso amigo, Marcelino García Junco,

maestro de química y de chispa y folklore tabasqueños. Un día visitó la cárcel de Villahermosa y se encontró allí a Melchor, caporal de la finca de sus primos.

—¿Qué haces aquí, Melchor...?

—Na, niño...

—¿Estás preso? —le preguntó al ver su gesto de vinagre.

—Sí, niño... Y por una naitita...

Y Melchor contó lo que él consideraba una «naditita».

—Afigúrese, niño, que el jijuelagranpuc... del juej Ulpiano dise que me va a condená a veinte año... Ujté recuerda a mi compé Bernabé... Puej mi compé Bernabé cobró conmigo en la última raya y empesó a borrar... Ujté sabe que es afisionado a las cucharás... Y borra que te borra, y borra que te borra más... Hajta que empesó a ojuenderme, niño, a ojuenderme, a ojuenderme...

—¿Pero qué ofensa, Melchor, qué ofensa...? —le preguntó mi amigo, alarmado ya.

—Na, niño... ¿Qué cree ujté...? ¡Que él tiraba el machete mejor que yo...! Deje que me réia niño... ¡Afigúrese al jipato Bernabé tirando el machete mejor que yo...!

Y yo, niño, pensando en la juamilia y prudenciando, prudenciando... Pero pa qué le voa hasé largo el cuento... Que nos salimoj de la tienda, y aijtá que me lo repite, y aijtá que llegamo debajo de un framboyán... y él que me ojuende otra vej y yo que pienso en la juamilia... y aijtá que pela por su machete, y aijtá que pelo por mi mojarrita... Ujté conoció mi mojarrita, niño, asín de chiquitita, que ni filo tenía. Y mi compé Bernabé se réia, se réia, se réia. Ya sabe ujté que era como mi hermano. Yo era padrino de su dejuento Juelipe. Yo me réia también...

—Pero, ná, niño, no se ponga nervioso. Jugando, jugando, mi compé me tiró un golpesito. Jugando, jugando, se lo paré. Me tiró otro golpesito, y se lo paré con la pura puntita. Y yo l'hise ansi-

na, niño, ansinita: ¡fís...! Una naíta, niño, una naitita; ¡pero quién sabe cómo cará tenía colocá la cabeza, niño, que se le ha caído...! Y ¡afigúrese, niño! que por una naitita ansina el jijuelagran del juej Ulpiano dise que me va a condená a veinte año...

—Lo malo no es sólo que maten —decía Marcelino—. Lo malo es que creen que matar es legítimo y aun natural.

¡Y ay del tabasqueño que no quería ser así...! En Tabasco sólo tenía cabida el hombre decidido. El prudente era candidato al desprecio eterno y, más todavía, a la misma muerte. Porque en Tabasco el cobarde no vivía, no sobrevivía. Al tabasqueño que no quería pelear había que matarlo, como a una rata, como a una liebre, con el mismo espíritu con que se eliminaba a los niños deformes en el Taigeto. No era cuestión de echarse para atrás y quedarse muy contento. «Si no quiere usted morir como hombre, lo mato como a un conejo», era frase frecuente en los labios del tabasqueño culto o inculto. El contrincante de un tabasqueño tenía que aceptar la tragedia como un mandato del sino. Y el que, ya «rajado», vivía, no vivía sino vegetaba. Era el que cantaba en la Capilla Sixtina, o el eunuco del serrallo. El novio, el marido, el hermano y el hijo tenían que ser dignos, «delicados» y valientes hasta el heroísmo. ¿Podrían quererlos en el caso contrario la novia, la esposa, la hermana o la madre...? Y como caudillo sólo arraigaba el que atravesaba imperturbable por cortinas de balas.

Los tiempos broncos pasaron. Queda, sin embargo, el honor y la varonía. De Tabasco puede ya decirse —como de otras regiones mexicanas— que tiene mucho de Esparta.

MI TÍO CARLOS FOUCHER

Durante esa noche terrible del tiroteo observé a mi tío Carlos y a Carmela. Carmela le dije siempre. Así nos enseñaron: como no estaba casada con mi tío, ni era rica, ni era blanca, no aprendí a decirle «tía Carmela» a pesar de ser la mujer, la compañera, la amiga del hermano de mi madre.

Mi tío era un hombre alto, blanco, fuerte, de bigotes negros y hermosos, de ojos grandes y nariz afilada, siempre vestido con largas filipinas, albeantes, que le iban muy bien. Era el más guapo de la familia. Heredó de mi abuelo un nombre glorificado por la muerte trágica y valiente. También heredó la pobreza: por falta de medios, no pudo estudiar. Hubiera podido, sí, casarse «bien». Era «de las primeras familias» y cuñado del licenciado Brito, que casi mandaba tanto como los gobernadores; de mi padre, abogado y juez de distrito del Estado; y de mi tío Erasmo Marín, médico muy bien relacionado... Pero, hombre de sensibilidad, desdeñaba su ambiente decentista. ¿Cómo podía canalizar su sensibilidad en aquel cuadro social, faltándole, como le faltaban, dinero, cultura y carácter...? No era un estudioso, ni un hombre de empresa, ni de ambiciones políticas. Así es que en vez de dedicarse a poeta provinciano, a hacer malos versos, se dedicó a ir pasando la vida como ella viniera, a ganar lo necesario y a distraerse libremente con el juego y con algunas señoras alegres, en tanto que las personas respetadas de Tabasco tenían ocultos amores con las criadas de sus casas, con las de las fincas o con las mujeres más bellas «del

barrio». Pero no cayó nunca en excesos. Supo guardar el equilibrio de la libertad. Era un modesto burócrata que asistía un poco más que sus compañeros a bailes de pueblo y a parrandas intrascendentes. De bello tipo, pertenecía a una familia de alto rango social y —cosa importante— tocaba la flauta y tañía la guitarra: razones de su fortuna con las mujeres. Otra de sus diversiones era invocar a los espíritus: cogía un lápiz, se sentía poseso y escribía, escribía... Llegó a escribir en francés, lengua que no conocía; pero que, de niño, oyó entre algunos franceses. Y aun eso lo hacía entre guasas y risas: decía que él no podía explicarse científicamente el fenómeno, porque era muy ignorante; pero que no creía que el que le movía la mano fuera don Porfirio. Porque don Porfirio era el espíritu más a menudo invocado. Le extrañaba a mi tío que el hombre omnipotente que en vida difícilmente concedía audiencia, y menos a un celador del muelle de Frontera —eso era mi tío—, se pusiera, después de muerto, de palique con él. Vivía libre de trabas, de estiramientos. Sus amigos eran los obreros de Villahermosa, que lo querían fraternalmente: todavía recuerdo a Ricardo, el cargador del muelle, que lo trataba de tú.

A pesar de eso, aquel hombre dulce y débil no podía ir a la Revolución: le horrorizaba la sangre. En lo privado, sí vivió revolucionariamente: hizo lo que le pareció bien hacer, vivió pobre, quieta y generosamente, y a su familia la hizo comulgar con lo que ella creía eran ruedas de molino. Con un desencanto absoluto del hombre, mi tío pensaba que las dos únicas actitudes inmaculadas son la del asceta y la del bohemio.

La historia amorosa de mi tío es muy interesante. Cuando era celador de Frontera estuvo muy enfermo. Lo cuidó la recamarera del hotel. Era entonces una trigueña grandota y fuerte, con mezcla india y quizá mezcla africana en la sangre. Tenía los ojos brillantes de las mulatas. Se llamaba Carmela Salvador. El apellido habla

probablemente de los ascendientes de color que escapaban de las Antillas hacia la tierra libre y tropical de México, o que seguían, ya como libertos, a los piratas en fuga. Se liaron y empezó a vivir con ella. La Revolución, con sus peligros y su hambre, unió al clan Foucher: no eran tiempos para distingos. Además, feudal y encopetado, se sentía, a veces, poseído por el espíritu generoso de los abuelos. Desde entonces, Carmela Salvador y mi tío Carlos vivieron en casa de mi tía Matilde. Esto quiere decir que mi familia, encuadrada dentro de la contrarrevolución, admitía lo que —¡horror!— todos llamaban una barraganía.

Carmela Salvador, obrera y mulata, y mi tío Carlos —hijo de gobernador, de sangre francesa y de las primeras familias de Tabasco— fueron la pareja más feliz de las que formaron los hijos del legendario poeta. Cuando se separaban, se escribían a diario. Él la enseñó a escribir, para que no lo dejara sin cartas. Y se cambiaban siempre las más tiernas expresiones. Un matrimonio así no pudo hacerlo más que la libertad, la espontaneidad, la naturalidad de mi tío, vencedoras de su época y de su ambiente.

¿LA REVOLUCIÓN TRAICIONADA?

La enfermedad de mi hermana nos fue arrojando hacia la parte elevada de la ciudad, en fuga de la humedad y de los miasmas del río, en busca de aires más puros. Primero vivimos en la calle de Juárez, en el último piso de una casa de tres. Y luego pasamos a la cumbre de la ciudad, a una casa de dos pisos situada en la punta de la loma de la Encarnación. Aquella huída del pantano, del paludismo y de la tuberculosis terminaría pronto, y trágicamente, en México.

En ese barrio no tenía yo amigos y, con la inminencia del viaje a México, dejé de ir a la escuela. Allí —como siempre que me encontré solo— fui feliz. Desde la alta azotea pude elevar mis cometas, con un viento magnífico, pude encaramarme sobre el tejado de la Logia Masónica, que quedaba a la altura de mi patio, y espiar por los tragaluces para atisbar las ceremonias y los mandiles de que me habían hablado y que me inquietaban mucho; y en busca de estampas y libros, pude hurgar en la biblioteca de mi papá, que empezaba a ser recuperada.

Allí leí *La Intervención y el Imperio*, de Salado Álvarez. En cuatro tomos de pasta roja y cantos dorados, con hermosos grabados, absorbió mi atención y definió mi ya jacobino patriotismo. Panchito y Miguel Caballero de los Olivos, héroes de la guerra contra la Intervención francesa, me sedujeron y aumentaron el escalofrío que yo sentía al escuchar el himno nacional mexicano. La suegra de Miguel, una francomexicana intrigante y mundana, y su hija,

mujeres de amplio busto y cintura de avispa, vestidas de seda, ganaron mi imaginación y dejaron en segundo rango a las niñas de percal que veía en Tabasco. Ese libro me enseñó a desear el viaje a la meseta de México, me entusiasmó con las fotografías de sus palacios, de sus paseos, de sus iglesias... Y fue una inyección más para mi porfirismo infantil, porque pintaba al Porfirio heroico y patriota de la guerra de independencia y al Porfirio buen amigo que lloraba ante el cuerpo frío de Pancho Caballero de los Olivos —a quien yo tanto quería— y le hacía honores fúnebres de general. Ahí leí también algunos *Episodios* de Galdós y conocí a Zola: una traducción de *La Débâcle* no pudo hacerme odiar la guerra, sino me empujó a soñar con el sacrificio de la vida en aras de la patria. Y me atreví con otros libros suyos, como *Roma*; pero no aguanté cinco páginas de sus descripciones. Lo que sí leí fue *El Sol de Mayo*, *El Cerro de las Campanas* y no sé qué más de Juan A. Mateos, y *La linterna mágica* de Facundo, editada en pequeños libros rojos, que aumentaron mi curiosidad por la metrópoli. Un día eché un vistazo a *México a través de los siglos*. Y encontré en un armario un grabado, «Leda y el cisne», que ilustró mi malicia sexual anticipada.

Mi padre comenzó entonces a concederme importancia. Lo empecé a ayudar en su despacho, como mecanógrafo. Todavía recuerdo nuestro doble disgusto porque en un documento que me dictó escribí varias veces «imperimento» por impedimento. La boca me supo mal cuando lo vi enfadarse: un cliente, que presenciaba la escena, tomó mi fácil defensa. Adquirí la grave responsabilidad de conocer la combinación de la caja de caudales, en la que había dinero y documentos de sus clientes, y me sentí su celoso guardián. Tanta personalidad y tan graciosamente otorgada, creí que me facultaba para opinar sobre todos los temas, y viendo un cuadro malejo del despacho de mi padre, en el cual los teutones

estaban simbolizados por un robusto toro rodeado por veinte to-
reros temblorosos y acobardados, me declaré germanófilo. Lo de
«veinte contra uno», que había yo oído en la escuela, así como la
estampa fiera y bigotuda del Káiser, importaban mucho a mi razón
infantil. Y hormaban mi raciocinio los populares versos:

Si Francia alcanza la victoria,
a tanto vencedor ¡qué poca gloria!
Si Alemania no tiene quien la venza,
para tanto vencido ¡qué vergüenza!

Era esto o algo parecido. Me hacía suponer que Alemania era yo
mismo, acosado por veinte niños de mi colegio.

Las lecturas y la condición de colaborador y guardasellos de mi
padre me inflaron al extremo de que a una vecinita nuestra, aso-
mada siempre al balcón situado frente al de nuestro despacho y
que respondía, como legítima tabasqueña, al estrafalario nombre
de Urania, terminé por amarla románticamente y por hacerle nada
menos que un acróstico.

También allí viví sucesos sangrientos. Un día se efectuaron las
elecciones: el pueblo tenía que decidir entre Domínguez y Gree-
ne... La educación democrática que yo recibí es maravillosa... A las
diez de la mañana apareció mi primo Alfredo, el sombrerero, con
una pistola en la cintura, una gruesa estaca en la mano y un brillo
extraño en los ojos. Era azul. Poco después vi pasar a mi tío Pedro
Padilla, en no menos ortodoxo atuendo, rumbo a las casillas electo-
rales. Era rojo. La elección comenzaba con una farsa: de las riberas
de los ríos, los dos partidos habían traído legiones de campesinos,
a los que emborrachaban en las calles. Empezaba la discusión sobre
los empadronados y los no empadronados. A las once de la maña-
na venía «la de de veras». Las casillas se disputaban a macanazo

limpio. A medio día comenzaron los disparos. Algunos proyectiles perdidos fueron a pegar sobre las altas paredes de mi casa. La consecuencia fue una semana de zozobra. Yo no sé si fue entonces, o más tarde, cuando mataron al padre del gobernador interino, Carlos Vidal, cuyo entierro vi pasar desde la esquina de mi casa. Sólo sé que el pánico se mascaba.

Uno de esos días tocaron a mi puerta. Mi mamá se asomó por uno de los balcones. Cerró cuidadosamente y dijo: «son los rojos». Espié y vi una patrulla, todos con la insignia revolucionaria en la camisa. Mi papá sufría un tremendo ataque de ictericia: el color de su rostro no resultaba en armonía con las circunstancias, pero tampoco comprometedor, pues era amarillo. Se levantó y ordenó que abriésemos en seguida. Por suerte era Nicolás Padilla, hijo de mi tío Pedro, a quien mi padre salvó la vida en tiempo de Huerta. Nicolás decía que los azules, descontentos y dirigidos por Leonides Domínguez, el hijo del candidato vencido, pensaban atacar la ciudad, cañoneándola desde el río. Venía a buscarlos para llevarnos a su casa, que era más segura, entre otras cosas porque estaba habitada por rojos como él; porque presentaba menos blanco y porque era de piedra. Mi padre prefirió que nos quedáramos donde estábamos, repitiendo, como siempre, que nada tenía que temer.

De aquella lucha electoral se contaron muchas fantasías. Decían que mi tío Carlos Padilla, el azul, había dado un garrotazo, en plena lucha electoral, a su hermano Pedro, el rojo. Cuando lo vio en el suelo, bajó conmovido de su caballo —sostuvieron montados el encuentro—, lo recogió, lo dobló sobre el cuello de la bestia y lo condujo amorosamente a su casa —los dos y las dos familias vivían en la misma— donde esposas, cuñadas, hijas y sobrinas le curaron el chichón a base de agua oxigenada, árnica y yodo.

Mentira, sin duda; pero nosotros nos nutríamos con aquellos cuentos gloriosos y edificantes.

Oficialmente se declaró poco después que había triunfado don Carlos Greene, y un día recibió la gubernatura de quien la había ocupado interinamente. ¿Triunfaba la Revolución...? Hubo medidas que así querían indicarlo. Una de ellas alcanzó a mi padre.

Un día le llegó un oficio del gobierno en que se le ordenaba que entregase su biblioteca al Instituto Juárez para que pudiesen estudiar en ella los alumnos pobres. La biblioteca de mi padre consistía en dos o trescientos volúmenes, restos de la que se perdió en 1914. La mayor y mejor parte de aquélla había quedado en manos de los pescadores de río revuelto, de los que se aprovecharon de la furia popular para recoger los libros que quedaron en la calle y se apoderaron de ellos «manu militari», o los compraron ventajosamente por el precio que los campesinos les pusieron: a cinco centavos cada libro «con figuritas» y a centavo los que no las tenían. Pocas obras logró recuperar mi padre, completa casi ninguna, y todas sin utilidad escolar. Mi padre acudió al gobierno y lo explicó así. El gobierno le exigió la biblioteca, la biblioteca-fantasma, y para poder entregarla no había más camino que comprarla en las librerías de México: no lo hizo porque no tenía dinero y porque, poco después, salimos de Tabasco.

Otras contradicciones e injusticias presentaba la Revolución ante mis ojos de niño. ¿Estaba triunfante o no lo estaba...? Empezaba yo a palpar la riqueza de algunos que se decían revolucionarios, empezaba yo a ver la burla de las promesas que se habían hecho en los mítines. El mismo pueblo perdía la confianza en los jefes y manifestaba su amargura.

—No son revolucionarios, sino robolucionarios —oí decir a un vendedor de frutas, un día que fui al mercado a comer nances.

A robar le llamaban «carrancear». El apellido de don

Venustiano, hombre honesto, resultaba víctima de la corrupción de algunos de sus servidores. Mi antigua nana Paula, levantisca y deslenguada, insultó en mi presencia a unos oficiales que pasaban por mi casa:

—Siquiera antes comíamos... Ustedes sólo se ocupan de sus «avances»... Ay jueलगranpuc...

«Avanzar» no tenía significación militar, era otro de los cinco mil verbos que significaban robar. Mal signo cuando esa palabra goza de tan rica sinonimia. Yo vi conducir, además, a un carretero a la cárcel, por la calle de Juárez, a latigazos, palos y bofetadas, por haber dicho que había líderes ladrones.

—Como en la odiosa Dictadura —oí comentar a un grupo de rojos.

Medidas como la referente a la biblioteca-fantasma de mi padre, que querían poner un antifaz a la realidad, y hechos que demostraban el desmayo de la Revolución, su prematuro desvanecimiento.

Recuerdo algunos casos dolorosos. Durante el gobierno greenista alguien dispuso que se devolviese todo lo incautado en 1914. Así vino a mi casa parte de lo que entonces perdimos. Benigna, una pobre niña obrera, que vivía enfrente de mi casa y que, cuando el saqueo, se quedó con un muñeco de loza que había sido de mis hermanas, vino a devolverlo un día: la Revolución fue para la pobre niña un sueño claro y un despertar cruel. Las cosas volvían a su viejo sitio. Pero lo más impresionante fue el drama de Lucho Pérez. Lucho era un muchacho pobre, creo que hijo de un talabartero, con gran afición al piano. No tenía dónde estudiar. Al triunfo de la Revolución, nuestro piano, incautado, pasó a su casa. A nuestro retorno hizo cuanto pudo por ocultarlo, pero era inútil, porque todos sabían que estaba en su casa.

—Está en casa de Lucho Pérez —nos decían al oído los que quedaron emboscados en San Juan Bautista durante el movimiento popular.

Hasta nos lo habían comunicado por carta cuando andábamos en Campeche, en la época del turismo forzoso: «el piano se lo ha robado Lucho Pérez». Llegó la hora de las rectificaciones y el piano volvió a mi casa. Pero mi estupor fue grande cuando supe que Lucho vendría, invitado por mi padre, a estudiar en nuestro piano. No faltaron amigos que pusieron el grito en el cielo. Mi padre les contestaba que no se lo regalaba porque no tenía dinero para comprarles otro a mis hermanas. Lucho vino dos o tres veces, un poco tímido y nervioso, pero no volvió más, a pesar de que mi padre se ponía atentamente a escucharlo y luego lo aplaudía y charlaba con él.

Sin duda nosotros lo espiábamos y en nuestros ojos infantiles, ya crueles, leía las injurias de nuestro egoísmo. La gente insurrecta de 1914 volvía a la sumisión. Se nos devolvían el piano, los muñecos, los muebles y, al mismo tiempo, se pedía a mi padre una biblioteca que no existía. Se humillaba al mismo tiempo a Benigna, a Lucho Pérez y a mi padre. Con tan triste conocimiento empecé a salir de mis perplejidades y a formarme un concepto contrarrevolucionario, antigreenista de forma, porque en los mítines yo oía decir que Greene era la Revolución. Error, grave error que no podía yo aclarar todavía, en el que andaban enredadas muchas mentes adultas. Oía yo contar, continuamente, que Greene dijo un día que alguien le discutía no sé qué disposiciones, citándole las leyes constitucionales del 17:

— ¡Aquí no hay más ley que la de mis calzones!

Yo no conocí a Greene, ni puedo juzgarlo. Quizá se le calumnia. Pero eso es lo que yo veía y oía, lo que me hacían ver y oír. Y para mí, eso era la Revolución.

Yo estaba contra la farsa, contra la mentira, contra la injusticia. Éstas no eran la Revolución, sino la crisis o la desviación de la Revolución; pero no podía yo entenderlo. Estaba yo preparado para ver las torceduras, pero no los aciertos. Por otra parte, mi padre — honrado, generoso, tierno, trabajador, sobrio, sencillo— era llamado reaccionario y porfirista. En consecuencia, para mí la reacción y el porfirismo eran lo bueno y la Revolución lo malo: ése era mi infantil raciocinio. Así me creí y me dije porfirista y reaccionario, a pesar de tener como enseñanzas fundamentales de mis padres la práctica del bien, el amor al pueblo y la defensa de los oprimidos.

Un día el médico de Villahermosa, el doctor Flores, convencido de que mi hermana Julieta se extinguiría pronto, habló claramente y dijo que su estado era grave. Se aceptó la vieja idea de mi madre, y salimos ella, mi hermana y yo rumbo a México.

A MÉXICO

En Frontera vi por última vez el gran río Grijalva, que desemboca en el Golfo de México con los gruesos brazos abiertos, y embarqué en un lanchón, el *Papantla*, para desafiar el mar terrible.

Saltar de Frontera a Veracruz en aquellas cáscaras de nuez, impulsadas por motores viejos, guiadas por marinos que vivían en permanente suicidio por un salario miserable, era sencillamente una aventura. La nuestra fue tremenda. Un «norte» nos sacudió a poco de hacernos a la mar. Las olas barrían la cubierta, el buque se sumergía en las aguas negras y amenazadoras, para ser, segundos después, la cúspide de una montaña irisada, fragorosa, tremolante. Veía yo las siluetas de los pasajeros recortadas en el cielo negro o en el mar de tinta. Los hombres esperaban silenciosos, firmes, cogidos a los fierros del barco; las mujeres, amarradas, rezaban o gritaban. El mareo de las primeras horas de navegación había cedido, postergado por la más fuerte de las emociones, por el miedo. Mi madre, mi hermana, un dentista amigo y yo íbamos en el camarote del capitán. Más o menos todos se habían vuelto católicos: era el día de San José, y le rezaban. Fue la primera vez que deploré no saber persignarme. Pero la calma renació y los hombres se dedicaron, ya cerca de Puerto México, adonde entramos de recalada forzosa, a tirar con sus pistolas a los tiburones defraudados que seguían el barco.

En Puerto México, que no me dejó más recuerdo que las jícamas blancas y acuosas que compraba yo en un puesto del muelle, esperamos un barco —el *Tabasco*— y seguimos hacia Veracruz.

De Veracruz guardo el recuerdo que deja en todo provinciano una gran ciudad. Yo venía de Villahermosa —casi una aldea— y la impresión de Mérida era ya remota y vaga. Veracruz tuvo que parecerme una metrópoli. En Veracruz entré en el conocimiento del adulterio, por los amores que supe que un tío mío —yo tengo tíos en las cinco partes del mundo—, famoso en el puerto, cultivaba con una señora extranjera: mi familia tenía afición por lo exótico. También la noticia de la inversión sexual, porque los estudiantes de la pensión en que vivíamos se burlaban del criado que nos servía, un mariquita clásico. Conocí al poeta Díaz Mirón, de quien yo me sabía aquello de «cuadro que tuve delante, y que hoy como entonces veo...»: estaba sentado en una de las bancas del parque, agazapado y enfurruñado, con un pañuelo perfumado en la mano contraída por un balazo que recibió en una de sus sangrientas reyertas. Esas personas y un coche de caballos que estuvo a punto de atropellarme, fueron las impresiones mayores del puerto.

El paso a la metrópoli me conmovió poco, a pesar de todas las bellezas del camino. Llevaba yo frente a mí un espectáculo más impresionante: el de mi madre angustiada y mi hermana gravemente enferma, deshecha por la tuberculosis, en marcha hacia México para pretender una cura ya imposible. Pero el paso a la capital tuvo la significación importante de que fue el trueque de la vida pintoresca y radiante del trópico por la pálida y cuadrículada de las grandes ciudades.

Sentir, pensar, sufrir, iban a nublar-me el espectáculo de la ciudad de México, como antes la Revolución me nubló el de

la naturaleza. Las penas de mis padres, la pobreza durante la Revolución y luego la angustia de todos ante la extinción de mi hermana, me hicieron un niño hacia adentro, introvertido.

El Colegio Doctor Hugo Topf, adonde ingresé como interno, no pudo apartarme del lento drama de su agonía de seis meses. Asistí al fracaso de todos los grandes médicos de México, al desplome de las ilusiones que mis padres, desesperados, llegaron a poner hasta en los curanderos.

Mi hermana Julieta era una muchacha dulce, tímida, melancólica, blanca como la cera, de transparencia de parafina, de ojos tristes y abatidos. Era la más bella de las mujeres de la familia y la de tipo más europeo: tez blanca y facciones delicadas. Parecía predestinada a la muerte temprana por su desánimo ante la vida, por su desdén por las cosas materiales, por su amor al aislamiento, por su sensibilidad extrema y silenciosa. Belleza espiritual, inmaterial, casi intangible, era uno de los pocos casos en que la pureza física no es un desacato a la biología ni un olvido de los derechos de la juventud. Y todo esto espontáneo, sin misticismo católico ni virtud de confesionario. Mi primo Romeo —quizá porque se llamaba Romeo— la quiso, y tuvo la fortuna romántica de que ella enfermara del pecho. Yo vi extinguirse aquella vida. Cada quince días iba yo a mi casa y ella, muy quedamente, sin respirar y sin rozarme apenas, temerosa de contagiarme, me besaba en la frente. Aceptó el dolor y la muerte con la entereza del laicismo de mi padre. Una sola vez, como la llamarada de una vela próxima a apagarse, se desesperó y dijo que no quería morir; pero siempre aceptó su desgracia sin temores ni esperanzas sobrenaturales. Mientras ella moría, unas «amigas» suyas saludables y alegres, cantaban, reían y patinaban a la puerta de la casa. Las voces de la juventud y de la vida no le hacían perder su resignación. No conoció el amor, sino sólo el fraternal y tierno de mi primo

Rodolfo. Mi primo vivió junto a su lecho, al lado de mis padres, los angustiosos días de su apagamiento.

Un día mi primo Romeo se presentó en mi colegio, llorando. Yo había pasado muchas horas de impaciencia, porque mis vacaciones habían comenzado y nadie iba a buscarme. Desde el corredor del segundo piso, que dominaba el portón, montaba yo vigilancia y pasaba los días muertos esperando ver en el umbral el sombrero de fieltro negro de mi padre. Hacía un mes que no iba yo a mi casa. Hacía tres semanas que no tenía ninguna noticia directa de ella. Hacía varios días que en mis compañeros de cuarto advertía yo un extraño silencio. Mi primo Romeo subió a mi cuarto y me puso una corbata negra. Me llevó después al hotel Jalapa, de la Colonia Roma, en donde me esperaban mis padres.

Los seis meses de la enfermedad de mi hermana los pasé en el colegio, en la Colonia Santa María, en Ciprés 94. Era un colegio laico. Don Joaquín Balcárcel, el director, hombre liberal y cordial, pero enérgico, me sacó del consentimiento familiar. En su colegio empecé a dejar, a pedazos, mi buena barbarie tabasqueña. El nuevo ambiente, superior al mío, fue limando mis aristas de niño tropical. Pero lenta y trabajosamente... Como el soplo de una fragua, el aura de Tabasco caldea siempre el espíritu de sus hijos, aun cuando se hallen en la capital de México y aun en el extranjero. Veía con desprecio a los niños capitalinos, más suaves que los tabasqueños, a veces rezanderos, que enseñaban las piernas desnudas, que usaban calcetines y no medias altas, de «popotillo», como yo... El asistir a misa y el calcetín a media pierna eran, para mí, pruebas inequívocas de afeminamiento. Carrión, un niño fornido que los usaba, contestó esa opinión con un desafío, del que salí bien librado porque María, una de las criadas del colegio, la que más me quería, irrumpió en el patio en que nos habíamos citado e hizo huir con una escoba a mí adversario,

que me llevaba físicamente una gran ventaja. Fentanes y Villafaña, que también sabían pelear a la tabasqueña, a patadas, me tuvieron siempre a raya. Y un día que quiso pegarme Rosas — muchacho orizabeño cinco o seis años mayor que yo— le hice frente a cinturonzos, y él, con la hebilla del suyo, me produjo en la mano izquierda una herida tan profunda que sacó el hueso a flote y me provocó una terrible hemorragia. Mi primo Lorenzo, que ruleteaba un Fordcito y me iba a buscar al colegio, se indignó al saber que la sangre me había asustado y me dijo que los hombres de verdad, como él y todos los Iduarte, se enfurecían más al verse heridos. Para compensar, yo le di a Múzquiz, sobrino del director y de don Venustiano Carranza, una patada en el trasero, por quitarme estas pajas. A cada pelea, el director nos llamaba y, viéndome al fondo de los ojos, nos daba un significativo apretón de manos. Nunca nos castigó, jamás alzó la voz, ni ante las peores faltas de mis compañeros tuvo un gesto violento ni una agria palabra. A su rectitud —que admirábamos— y a su cordialidad veracruzana se unían la ternura de su esposa, doña Virginia Lobo, cuya imagen de madre inteligente no se nos olvida, y el diario y fraternal trato de sus hijos Celia, Ana María, Popo, Carmela, Juacho y Virginita. En ese colegio modesto y sencillo, con un internado digamos de familia —unos cincuenta muchachos— se nos educó más que en ninguna otra parte y, al mismo tiempo, se nos dio buena instrucción, bajo la guía de aquel verdadero maestro.

El internado, como era natural, me acabó de adoctrinar sexualmente. Yo vivía en el segundo piso, con los muchachos mayores y con los precoces como yo. Con las explicaciones serias y sencillas de mi profesor Primitivo Álvarez, llegué a solucionar todas mis dudas. Quizá por ello, por el cambio de clima y por la obsesión del sufrimiento de mi hermana y de mis padres, mis preocupaciones sexuales se aplacaron y casi

desaparecieron por varios años. Cuando iba yo a mi casa me besaba mucho una criada, Mercedes, fortachona y coloradota. Yo, ni corto ni perezoso, hacía incursiones manuales por todo su cuerpo, pero casi con exclusivo propósito científico: el de «verificar» mis conocimientos: («¿qué busca, niño, qué busca?», solía decirme). Pero era un incidente que no turbaba mi tranquilidad. La imaginación, mitad de la sensualidad —era, en esa edad, la única que podía existir— estaba colmada.

EL COLEGIO MEXICANO

Con pena abandoné el Colegio Doctor Hugo Topf, la vida masculina entre muchachos provincianos y sencillos, la cena de arroz con frijoles que tomábamos con un apetito ejemplar, y a mi profesor, el bizquito Álvarez, el más preparado de cuantos tuve en la escuela primaria. Mis hermanas vinieron de Tabasco y la familia se instaló en la Colonia Roma. Terminé el quinto año y entré a hacer el sexto, como externo, en el Colegio Mexicano.

Acababa de fundarse en el espléndido edificio del antiguo Internado Nacional. Pronto juntó cientos de alumnos. Contaba con el prestigio y las amistades de don Joaquín Balcárcel, también su director, pero sólo para la propaganda, y con el dinero de varios socios capitalistas, que eran desgraciadamente los verdaderos directores. Fue fundado con mucha «vista» política. La Revolución iba ya creando su aristocracia. La que ahí conocí yo —niño todavía porfirista— tenía para mí todos los vicios de la antigua, más el cinismo de llamarse revolucionaria. Amaba la buena vida, la juer-ga, el lujo, como la otra. Todavía la otra no la aceptaba del todo, la rechazaba a medias, a pesar de que, en realidad, su origen fue exactamente el mismo. Había entre ellas, en efecto, sólo diferencias de edad; pero se veían de reajo. La nueva aristocracia no quería o no podía mandar a sus hijos a los colegios adonde iban los hijos de los otros —el inglés, el franco-inglés, el francés, el alemán— ni tampoco a las escuelas públicas. Entonces se fundó el Colegio Mexicano, con iguales o más pretensiones, y no menos caro. Al

Colegio Mexicano fue toda la nueva aristocracia: hijos de generales, de nuevos ricos, de ilustres ladrones del presupuesto. Claro que también había niños con nombres de prestigio apostólico. Y lo escogieron también los padres que no querían mandar a sus hijos ni a los colegios religiosos ni a los colegios de extranjeros: éste fue el caso de mi familia. Tal razón, y la desconfianza y el prejuicio sobre la enseñanza oficial, permitió que muchos sectores sociales fueran atrapados por la publicidad del Colegio Mexicano.

Manejado por hábiles comerciantes, tuvo gestos oportunistas, de una puntería maravillosa: infló el deporte y se acordó del indio, canalizó la influencia norteamericana así como la prédica de justicia social extraviada hacia un racismo falso y espectacular.

Teams de *basketball*, de *football*, de *baseball*; una gran alberca, sitio de concursos semanales de «clavados»; de nado, de resistencia y de velocidad; de esgrima; de boxeo: como en una gran universidad yanqui. Si no se hubiera exagerado el deporte, podríamos decir que, en este sentido, fue un gran colegio: de allí salieron muchos de los buenos atletas de México; pero, a la postre, no hubo más que músculos. Cursé allí el sexto año de instrucción primaria y el primero de preparatoria: me quedé en blanco. ¡Ay, mis profesores modestos, pero capaces, de la provincia; Ay, mi Colegio Doctor Hugo Topf, el de edificio modesto, pero con nuestro bizquito Álvarez, que nos enseñaba y que nos sacudía cordialmente con la lectura del inolvidable libro de Amicis...! Por supuesto que a los padres de los alumnos, en su mayoría advenedizos y rastacueros, les interesaba poco que sus hijos estudiaran. Lo necesario era que estuvieran en un gran colegio, caro y bonito, con gente «decente», y que pasaran los cursos. Esto último no presentaba riesgos: para eso se pagaba.

Mientras duró la influencia de don Joaquín —poco tiempo, porque renunció y no volvió nunca— hubo algunos buenos pro-

fesores. Pero por un *match* entre Fernando Capdevielle y Luis Herrera Montes —nuestro ídolo, muchacho que sumaba una precoz y generosa inquietud política y unos puños formidables a la leyenda de su padre y de su tío guerrilleros: Luis y Maclovio Herrera—, o un partido de basket, se suspendían las clases, y Schultz, y Grosso, y Ayala, y Baz, y todos los buenos profesores se iban a paseo... Aquello era el disloque. La educación física se nos daba, además, sin previo examen médico, a gordos y a flacos, a fuertes y a débiles, y yo tuve que defenderme, inventando enfermedades y faltando a clases, de la diaria y mortal fatiga y de la exhibición deprimente y continua de mi pobre esqueleto. Lo necesario era que todos nos transformáramos en atletas, aunque nos muriésemos. Esa pasión por «la fibra», en la que había una gran dosis de farsa, de imitación servil de lo norteamericano, hacía que se tomaran profesores baratos, malos, pésimos, que vegetaban atrincherados en los nombres de cuatro o cinco solventes. Y ella era la culpable de que uno de mis profesores, que nos enseñaba de todo y no sabía de nada, hiciera en la clase de química experimentos que llegaron a ser famosos: vaciar varios ácidos en una probeta, sin ton ni son, para sufrir en un kilómetro a la redonda un olor espantoso, o para asustarnos con inesperadas explosiones, o para decir, metiendo en la extraña mezcla su navajita: «Vamos a ver qué le pasa a la navajita...» Un día la navajita se le transformó en una charamusca.

La farsa indigenista era más cruel. Los directores —salvo don Joaquín, huraño y disgustado— declaraban siempre que «estaban con los postulados de la Revolución», y eran de los que creían, de dientes para afuera, que «hay que darle al indio la razón, aunque no la tenga». No nos enseñaron nunca que en México, por ser el indio la base de la pirámide social, quedaban identificadas su defensa y la defensa del hombre explotado. Se nos decía que había que exaltarlos por indio y no por oprimido, y se quería fundar en

su nombre, como tantas veces se ha hecho, un concepto vacío y patriótico: la lucha contra el criollo. Sólo que los discursos se les derrumbaban a los falsos líderes cuando veían la cara sonrosada de los hijos de los jefes norteros, estudiantes de mi escuela. Lo tremendo para la farsa indigenista era que entre los nuevos mandones también había blancos.

Pero lo maravilloso fue cuando los directores, cuidadosos de darse pisto de revolucionarios, trajeron de Oaxaca dos muchachos indios, para que estudiaran en su colegio y «se hicieran hombres». Eran dos zapotecas observadores y empeñosos. Pronto figuraron entre los mejores alumnos. Nosotros los queríamos mucho, y con un poco de compasión porque no había fiesta a la que pudieran faltar, ya fuera baile, o distribución de premios, o apertura de cursos... Los sentaban siempre en el proscenio, vestidos de manera llamativa, y tenían que soportar las frases de los oradores oficiales: «vosotros —la raza madre— seréis reivindicados...» «Al protegeros, ponemos bajo nuestra bota trescientos años de teocracia, oscurantismo y barbarie...» Y otras cosas del mismo estilo. El orador, inevitablemente, aludía a las bondades de los dueños del colegio, a quienes calificaba de «verdaderos revolucionarios, protectores de los indios como el dulce Bartolomé de las Casas...» Desde entonces conocí el embuste político, la mentira provechosa. Porque los dos oaxaqueños, tan luego se iban los invitados, volvían a ser los criados y desquitaban sus gastos lavando hasta los excusados. Los dos muchachos eran, para el segundo director, los mejores sirvientes: no se les pagaba y servían de trampa pública. ¡Y viva la Revolución...!

El cinismo de la niñez mexicana, como el de sus padres, era mayor en México que en Tabasco. Lo advertí en el Colegio Mexicano. En el Colegio Doctor Hugo Topf no podía darme cuenta de él: mis compañeros de internado eran hijos de provincianos, en

general de profesionistas o rancheros de Veracruz y Oaxaca, y los alumnos externos, salvo excepciones, eran de posición modesta. En el Colegio Mexicano mis compañeros hacían la vida de sus familias, generalmente ricas o acomodadas, y estaban imbuidos de su ambiente. En la capital, como centro del país, de los triunfadores, de los más «vivos», culminaba el apetito de tener y el deseo de aparentar. Los niños eran un reflejo de ella, repetidores de lo que oían y de lo que veían.

Yo no tenía automóvil. Este hecho fue la piedra de toque. Los alumnos sabían que mi padre era magistrado. Un día «el Babilonio» —un niño a quien así habíamos apodado, sencillamente porque babeaba— me llamó:

—¿Qué te pica, «Babilonio»...?

—¿Cómo es que no tienes automóvil, «Fóforo», y tu papá es magistrado...?

—Porque mi papá es honrado.

—¡Qué honrado ni qué nada...! Tu papá, si no roba, es que es pendejo...

«El Babilonio» contaba, como yo, trece inocentes años.

Mi reacción natural ante las ofensas y las burlas fue jactarme de la honradez de mi padre, presumir de la modestia de mis vestidos frente a las elegancias de mis compañeros de clase.

Alguien hablaba un día del dinero que hacía falta para comprar dos pares de guantes de boxeo, un equipo de basketball, el *Tesoro de la Juventud* y otros antojos infantiles, y lamentaba no tener todo lo que deseaba, como sí lo tenía, por ejemplo, el hijo del licenciado Coyote y el del coronel Forrajes. Se lucubraba sobre el dinero y sobre la necesidad de obtenerlo.

—A mí, que me pongan donde hay... —dijo el pelón Enciso.

—Tener poder para poder tener... —sentenció Palomera, uno de los mayorcitos de la clase.

Estas frases eran moneda corriente en la boca de los púberes. Así como las preguntas clásicas:

—¿Cuánto gana tu papá?

—¿Y los «caídos»...?

—¿Y los «embutes»...?

Los niños usaban ya un léxico de piratería.

Yo no seguía con atención la política. Casi no leía los periódicos. Recuerdo que, por casualidad, me enteré de la muerte de Zapata. Por casualidad, también, de la del general Felipe Ángeles. Recibía estas noticias sin emoción: la Revolución me había entusiasmado en otra época, en Tabasco, oyendo a los líderes rojos y odiando a mi profesor Chon Pelota. Lo que sí veía yo, al ir de mi casa a la escuela, eran las casas de los generales y los licenciados, padres de mis amigos, casi todas lujosas, con grandes jardines llenos siempre de hombres empistolados. En mi misma calle de Zacatecas vivía un general, y por las noches varios niños y yo tratábamos de acechar por sus ventanas las francachelas que él y sus amigos celebraban con mujeres preciosas. En cambio, nosotros vivíamos en un departamento de tres recámaras, en la parte todavía despoblada de la Colonia Roma. Pero era que, como me decían mis compañeros de clase:

—¿Pa qué peleamos, «Fóforo»?

Un día vi en la casa del general mi vecino preparativos extraños. También los vi en la casa de otro general —muy joven y muy fifí— que estaba en la calle de Tonalá. Había muchos soldados, sacaban bultos, iban y venían muchos automóviles. En la casa de mi vecino, una anciana lloraba. ¿Qué sucedía...? La respuesta la tuve pocos días después: Carranza había sido asesinado en Tlaxcalantongo y eran otros los que venían, desde Sonora, a mandar.

En el colegio se suspendieron las clases. Yo me dediqué, con Luis Quijano y Alfredo Ruiseco, mis mejores amigos, a ir a Cha-

pultepec a matar pajaritos con «flecha». Chapultepec estaba abandonado, no había policías ni guardabosques, y muy pocos visitantes. Para los niños y para las parejas que se perdían entre la arboleda, aquello era la dicha. Pasaba yo por el colegio y en su reja me enteraba de los últimos sucesos: fusilaron al papá de Menganito y al de Zutanito; pero, en cambio, el de Fulanito es ahora más que antes, y va a ser ministro; y el de Perenganito fue el que se agarró a tiros con el licenciado Alessio. Noticias todas poco edificantes y muy trágicas, pero que yo ya sabía recibir con absoluta impasibilidad, con indiferencia mexicana, mientras chupaba mi barquillo de nieve de limón...

Se murieron los papás de algunos niños y éstos se fueron del colegio. Volvieron más felices los hijos de los papás que ganaron, algunos con coches más grandes y más nuevos... Mi papá, entre tanto, seguía ocupando puestos judiciales y vivíamos con la modestia de siempre. Un día dejamos la casa de vecindad y tomamos una casita sola, de dos pisos, modesta también, pero que a nosotros nos pareció un palacio. Tenía una azotea muy alta, donde pude fumar con mis primos y desde donde, con nuestros rifles de salón, tiroteamos los tinacos de los vecinos e hicimos otros estropicios.

Mis hermanas ya no estudiaban piano, sino iban a una academia de mecanografía y teneduría de libros: mi padre sabía que un día tendrían que ganarse el pan. No estaba dispuesto a solucionar el futuro de la familia vendiendo un fallo en su Sala Civil. A veces llegaban a mi casa gentes extrañas, militares, guerrilleros, que intentaban que mi padre admitiera presentarse como candidato al gobierno de Tabasco. Otro de mis cincuenta mil tíos, el esposo de mi tía Adela Paullada, don Gonzalo Enrile, conspirador y rebelde siempre —que poco después formó filas con un grupo sedicioso y fue asesinado en Oaxaca— vana-

mente lo invitaba a formar un partido de oposición y a levantarse en armas. Mi padre no hacía caso ni a unos ni a otros.

—No, ni con el gobierno, ni con la oposición... —decía, moviendo su noble cabeza—. Un hombre no hace todo, y estaría casi solo. No quiero que me maten, y mucho menos matar, sin tener la seguridad de que estos tremendos sacrificios pueden ser fecundos. Yo no veo su utilidad. Soy, por eso, lo que fui: abogado. Y como magistrado, hago justicia y combato la injusticia. Es poco, lo sé; pero es algo tangible, cierto, satisfactorio...

Los propagandistas y los conspiradores se iban con el rabo entre las piernas. Mi vida, nuestra vida seguía aparte, espectadora a secas de las tragedias de la Revolución, y ciega y sorda ante sus justicias. Éramos todavía —qué duda cabe— porfiristas.

Lo que sí me conmovió fue el entierro de don Venustiano Carranza, al que fui, de mirón, con Ruiseco. Acompañamos un momento el cortejo y volvimos a su casita de la Colonia Cuauhtémoc. Vimos con la familia a los amigos fieles, y les tuvimos simpatía. Hojas y flores despedazadas en el suelo, sollozos, lágrimas, rostros demacrados, señoras distinguidas y a la vez sencillas que gemían sobre el pecho de los amigos... Echamos rayos y truenos contra los asesinos. Yo había visto a don Venustiano poco antes, quizá el cinco de mayo anterior, en el desfile que presencié con mi primo Lorenzo en la Avenida Madero. Don Venustiano iba en su coche, erguido, fuerte, apuesto y digno, con la mano en la hermosa barba. A mi lado un hombre malencarado murmuró: «Viejo hijo de la...»

Me fui de la casita de la Colonia Cuauhtémoc pensando en lo que costaba el poder. Y pensando, también, que en la Revolución había hombres tan buenos como mi padre, familias como la mía. Pero volvía la contradicción: hasta la misma muerte de don Venustiano, y el cuadro doliente de su familia, afianzaba mis errores: había sido sacrificado porque era el único honrado. Para mí, todos

seguían siendo pícaros y crueles, y ahora podía colgarles el calificativo de traidores. Yo no podía ser revolucionario porque no era ni pícaro, ni cruel, ni traidor. Yo era reaccionario porque quería que todos los hombres fueran iguales, que comieran y vistieran igual, y que los que mandaran fueran hombres cultos, honrados y leales como mi padre... Éste era mi reaccionarismo, eso creía yo que era ser reaccionario... Por odio a la corrupción política, que yo veía desde mi colegio, y a la sangre, que me había impresionado, sobre todo, con la muerte de Carranza, yo negaba la Revolución y la hacía responsable de todos los crímenes. En este revoltijo sólo me quedaba un concepto verdaderamente reaccionario: la estimación desmesurada por la raza blanca, el caucasismo, el arianismo que atribuye al indio, base de la población nacional, todos los defectos. Es probable que en la extraña simpatía por don Venustiano, contra quien oí hablar durante toda mi niñez tabasqueña, mediara su barba europea. Y también me quedaba un sentimiento equivocado: el amor al general Porfirio Díaz porque no robó, porque peleó contra los franceses, porque hizo estimar a México en Europa... Para eliminar equivocaciones, necesitaba yo otros contactos que no podía encontrar en el Colegio Mexicano.

Mi padre se había dado cuenta de la frivolidad del colegio. Decía que era un escaparate para bobos y una fábrica de «niños bien». Terminé el sexto año y decidió que ingresara yo a la Escuela Nacional Preparatoria.

Pero, desgraciadamente, los alumnos de primer año no íbamos a la Preparatoria grande, al antiguo Colegio de San Ildefonso, cuya sola magnificencia me hubiera seducido. Estábamos confinados en la llamada «perrera» —para los «perros» del primer año—, en la antigua Iglesia de San Pedro y San Pablo. Éramos, además, un verdadero ejército, que no cabía en las aulas, abigarrado, heterogéneo, de todas las extracciones, colores y olores. Los olores

fueron los que me rebelaron. Muchos de mis compañeros eran niños muy pobres, y vivíamos una época en que todavía las clases modestas de México se bañaban poco, incluso los niños ciudadanos que disponían de casas con baño. Por pobreza y por tradición, mis compañeros desconocían la higiene: a veces creí que iba a desmayarme en clase. Yo, gente del trópico, me había bañado siempre a diario en mi provincia y, en México, con una frecuencia respetuosa de las narices ajenas. Veía con pánico los movimientos de los pies del niño que estaba en la clase detrás de mí, y de los cuales, apenas los movía, se levantaba un hedor de letrina. En las clases había, por añadidura, un gran desorden, debido al inesperado exceso de alumnos. Era ya Ministro de Educación don José Vasconcelos y se sentía el creciente deseo de estudiar en las clases pobres. Hoy pertenecía yo al «grupo D»; pero el profesor me pasaba al «grupo C»; y el del «C» me rechazaba y me mandaba al «B» o al «A». Pertenecía yo a cuatro grupos y a ninguno... Había incompatibilidades, en cuanto a las horas, que me hacían perder tiempo y paciencia... Yo era un niño poco movido, nada discutiendo, sin iniciativa, y no supe arreglar en la Secretaría la organización de mi horario. Fue una verdadera crisis de apocamiento y cortedad: quizá fue también la pubertad. Andaba yo desorientado, desanimado, entumido. Mi papá pulsó la situación, y con enorme gusto, pero convencido de mi incapacidad para superar aquel cambio de aires y costumbres, me preguntó si quería yo volver al Colegio Mexicano. Dije que sí y quince días después estaba yo otra vez en aquella escuela rascacueras, superficial, de clase, pero, de cualquier modo, ya conocida.

El extravío continuaba. Yo no estaba bien ni con los pobres que olían mal por fuera ni con los ricos que olían mal por dentro. Mi torpeza congénita para las matemáticas me granjeó, además, la antipatía del director del bachillerato, y la asistencia a sus clases de aritmética y álgebra fue para mí la mayor tortura. A todas mis

precozes audacias sexuales había sucedido una gran timidez. Y en el Colegio Mexicano había muchachas, y las muchachas, sentadas en primera fila, eran un poco las culpables de los empastelamientos mentales que sufría yo frente a los logaritmos. Pero me consolaron el curso de francés, con Grosso; el de español, con Ayala; y el de dibujo, con Del Valle, en todos los cuales recuperé los perdidos fueros. Por supuesto que aprobé también en matemáticas: para eso se pagaba; pero, sin duda, alguna trampa tuvieron que hacer al brillante y terrible sinodal, el maestro López Aguado, que vino de la escuela preparatoria a examinarnos. Porque, sin trampa, no me hubiese aprobado; no entendía yo las ecuaciones de primer grado.

Oía yo las clases sin interés. Mi atención revoloteaba como una mariposa entre la vergüenza a mis compañeras, el miedo al director y el entusiasmo por William Duncan, Juanita Hansen, y otros más, que en ese momento me hipnotizaban con *La Moneda Rota*. Fue la época de las grandes películas de episodios: Eddie Polo y Antonio Moreno eran otros de los preferidos. El cine me apartaba de la situación embarazosa del colegio y me hacía admirar, con doble admiración, infantil y tabasqueña, los actos heroicos de la pantalla. El oeste yanqui de las películas no era muy diferente de la tierra en que nací y en donde se deslizó mi infancia. Los héroes del oeste norteamericano eran hermanos gemelos de mis primos y mis tíos de Tabasco.

Al Colegio Mexicano llegó la política estudiantil. Había, como en Tabasco, rojos y azules. Yo era enemigo del candidato rojo, Antonio Pozzi, porque era novio de una prima mía, o pretendía serlo, y ello bastaba para odiarlo según mi moral todavía calderoniana; y era yo azul porque mi primo Rodulfo figuraba entre los líderes de este grupo, que dirigía Daniel Cosío Villegas, a quien quise y admiré desde entonces. El orador de los de listón rojo era un alumno de mi colegio, verboso y alambicado. El de los azules, mi amigo

José Muñoz Cota. Comencé a conocer la democracia estudiantil, y otras cosas del mismo jaez. Se agregaban nuevos factores para que el estudiante no estudiase y la pasión sustituyera al estudio.

Una serie de composiciones contra el tabaco y el alcohol —moralismo oficial, automático, como tarea de clase—; sobre el amanecer en una aldehuela imaginaria, primer paso hacia el oficio periodístico de hablar de todo lo que se ignora; en favor de un expósito, sentimentalismo de Cruz Roja manoseado en la escuela; y otras tonterías, hacían la clase de literatura que se nos daba.

Mi padre, preocupado por el ambiente, decía:

—Estudia una carrera científica. Podrás hacer el bien, sin el temor de hacer el mal. En la política —y la abogacía es como su satélite— harás a veces, aun cuando no quieras, cosas malas, o cosas buenas que parezcan malas a los demás. Pero el juicio de los demás es lo menos importante. Es que a ti mismo te atormentará la duda de si lo que haces es cruel e inútil, y también de si no sería peor que lo dejaras de hacer. Metido ya en la lucha política, la acción será una diaria tortura; pero la abstención lo será también, y más dolorosa. Acaso seas un fanático de tal o cual idea, y así no tendrás estas amarguras; pero yo no quisiera que fueras un hombre a medias, sólo con pasión y sin juicio crítico, y eso es ser un hombre a medias. No: lo mejor es que trates con números, con estrellas, con plantas, con microbios. Escoger, es cosa tuya. Pero que no juegues con las pasiones de los hombres, y que no vayas a ser juguete de ellas, hijito...

Al año siguiente conocí la Preparatoria, la verdadera, la grande, la vieja y tradicional casa de las calles de San Ildefonso. Para mi padre y para mí, fue la felicidad.

PREPARATORIA

Toda una vida de perplejidades y negaciones terminó en 1922, en la Preparatoria grande, en donde me inicié en una etapa constructiva, de afirmaciones e ideales. Fui inscrito en su segundo año, aunque debía dos o tres materias del primero: de las que pasé en el Colegio Mexicano, sólo cinco correspondían al programa de Preparatoria. Estuve allí hasta fines de 1925, haciendo el bachillerato, sin premura. Aunque fueron tiempos tempestuosos en la escuela, aún podía recibirse algo de su tradición gloriosa.

Me conquistó, primero, por su encanto monumental, arquitectónico. El fresco de sus amplios corredores, la penumbra de sus claustros coloniales, la belleza de las arcadas de sus tres patios, la fuente del segundo, el recogimiento del último se apoderaron de mis ojos y de mi alma. Procuraba yo llegar a la escuela muy temprano o salir de ella muy tarde, buscando las horas en que se vaciaba de alumnos. En segundo término me ganó el elemento humano: muchachos de todas las clases sociales, entre los cuales prefería a los más sencillos, a los que menos se parecían a mis compañeros del Colegio Mexicano: mi padre, hábil y silenciosamente, había trabajado mi ánimo durante el año anterior. Por ellos empecé a conocer al México que yo ignoraba, las vecindades de Loreto, los patios de Peralvillo y la Bolsa. Mis profesores no eran siempre extraordinarios, pero los hacían superiores un medio amplio y auténtico, sin rastacuerismo, sin farsa, sin comercio. Sobre ellos se alzaban los espíritus exigentes de Gabino Barreda, de Manuel

Sánchez Mármol, de Justo Sierra, cuyos retratos contemplaba yo, emocionado, en la antesala del director. Los tuve entretenidos, paternales, con habilidad pedagógica, como don Agustín Reza, que nos hizo aprender zoología contándonos con sabor y gracia la vida y aventuras de los animales; sistemáticos como Maximino Martínez, que nos enseñó bien, y para siempre, cuanto de botánica sabemos; divertidos como el de Francés —don Salvador Grosso—, en cuya clase nos reímos de sus bigotes pintados y de su impotencia para imponer orden y silencio, pero en la que aprendimos lo suficiente para traducir cualquier libro; tiránicos como el de Geografía Física, don Elpidio López, que entre gestos de vinagre nos exigió saber de verdad; jóvenes, alumnos todavía de las Facultades, que nos trajeron las nuevas inquietudes, como Dionisio Montelongo, el muchacho calvo que en la clase de Civismo me condujo a pensar que debía yo ser abogado, o como los tres que se sucedieron en el mismo curso de Lengua Castellana —el costarricense Moisés Vincenzi, Palma Guillén y Jesús Zavala— y que poco del programa pudieron enseñarnos, pero nos leyeron *El sí de las niñas* y ensayos y poemas que despertaron nuestra ambición literaria. Vincenzi nos daba buen hispanoamericanismo; Palma, inteligencia mexicana, aguda y sobria; Zavala, sensibilidad literaria, ternura para los hombres y para las cosas, información sobre buenas letras provincianas. Cosa curiosa y enseñadora: de un curso irregular recogimos más fervor por las letras de México, de América y de España, que de todos los otros.

Pero las clases empezaron a ser lo menos importante para dejar su puesto a los corredores, en donde los muchachos más adelantados hablaban de historia y filosofía, discutían sobre textos de Nietzsche o Schopenhauer, leían en voz alta las obras clásicas que Vasconcelos había hecho editar, repetían lo que el nervioso profesor de Literatura General —don Erasmo Castellanos Quin-

to— había dicho del *Fausto*, y elogiaban o criticaban con pasión la clase de Ética que daba entonces un profesor muy joven, Vicente Lombardo Toledano...

Y en los corredores se veían también mujeres, muchachas, jovencitas, algunas muy guapas. Estaban confinadas en el tercer piso del primer patio, en lo que nosotros llamábamos «el gineceo», bajo la vigilancia de cordiales prefectas; pero iban a las clases con nosotros y charlaban con los mayores en la puerta de la escuela, o en el jardín de Loreto. Algunas tenían sus novios. Yo estaba descalificado, porque era muy niño y porque usaba todavía pantalones cortos. Pero, lejos de causarme embarazo como las muchachas del Colegio Mexicano, o de empujarme a cavilaciones sensuales, la camaradería de las de Preparatoria me hizo verlas sin miedos ni deseos. Con simpatía veía yo a la rusa Elena Boder —menuda, inteligente y graciosa—, a Josefina Valencia, a las reinas, y con admiración a Lucía Cortés, para mí la más guapa, mi compañera en Dibujo Geométrico. El contacto con aquellas muchachas, mayores que yo en edad biológica y escolar, me llevó, paso a paso, a mirar a la mujer con naturalidad y compañerismo.

Tradicción de cultura, ambiente igualitario y muchachas a la vista, hicieron que yo recuperara totalmente mi empuje perdido en el Colegio Mexicano, y viera en los ojos de mi padre, cuando los cursos terminaron, un brillo de satisfacción y alegría.

Pero las satisfacciones son cortas.

Mi padre volvía siempre a la casa a las siete y media. A veces se retardaba media hora; pero no más. Nunca nos sentábamos a la mesa sin él. Una noche de diciembre descansaba yo de los exámenes recién pasados jugando con mi perro «Raffles» y leyendo el mamotreto que Fernández y González escribió sobre Cervantes. Leía yo un capítulo sobre doña Guiomar. Tocaron con grandes golpes la puerta de la casa. Tocaban con golpes rudos, desacompa-

sados. El corazón me dio un vuelco. Bajé las escaleras al vuelo. Un hombre y una mujer venían a avisarnos que «un señor, un viejito que había dado esa tarjeta de visita, se había puesto enfermo, había tenido un ataque en un hotel». No fue necesario más. Adiviné la verdad tremenda: ¡muerto, mi padre estaba muerto...! Me lo decía la confusión del pobre hombre y de la pobre mujer que llevaban la noticia; y que era él —no había duda— lo evidenciaba la tarjeta de visita que me mostraron. Como una esperanza remota, oía yo sus palabras, repetía yo dos palabras: «un viejito, un viejito»... Porque mi padre no era un anciano. Sabía yo que tenía menos de cincuenta años; sabía yo, por su jovialidad, por su risa y por el brillo extraordinario de sus ojos, que era joven. Pero este brillo ellos no lo vieron, porque se había extinguido, sino sólo su cabeza blanca, prematuramente encanecida. Para ellos, era «un viejito»; para mí, mi mejor y más joven amigo.

Sin mi clásica gorra estudiantil salí corriendo a buscar a mi primo Rodulfo, que vivía muy cerca de mi casa. Perdí el habla: palabras entrecortadas hicieron saber a mi tía la desgracia. Mi primo y un nicaragüense amigo de la familia, Constantino Martínez, me acompañaron en un Fordcito. Mi primo bajó en la calle de Soto para buscar a un médico amigo, Daniel Gurría Urgell: los demás, seguimos.

El Hotel Universal era un hotel de segunda, situado en la esquina de Donceles y Santo Domingo. En el cuarto número dos, estaba el cadáver de mi padre. Tuvimos que abrirnos paso a empujones. Los limpiabotas de la esquina y otros muchos curiosos se habían aglomerado en la puerta, al olor de un crimen. Mi padre estaba en la cama, en camisa, boca arriba, los brazos debajo de la cabeza a modo de almohada, las piernas flexionadas, blanco, mate, y los ojos turbios, opacos... Perdidos sus ojos alegres, profundos, vivaces de siempre. Constantino se aproximó y los cerró suavemente.

El comisario dejó un momento su tarea. Cuando llegamos, hacía el inventario de lo que mi padre llevaba en los bolsillos. Todavía quiso, generosamente, engañarme: «era un ataque». Pero yo ya había visto la verdad. Sin embargo, todavía una esperanza se me agarraba al alma y me hacía pensar en la resurrección de la carne.

Mi primo llegó con el médico. Yo estaba en la puerta, esperándolo. Los informaron del caso, y Daniel, discípulo predilecto de mi padre en el Instituto Juárez, con lágrimas en los ojos prefirió no bajar: si lo que él sabía era ya inútil ¿para qué verlo...? Mi primo me cogió de los hombros, frente a frente, y me dijo varias cosas sobre los deberes que ahí empezaban para mí; pero yo no quise o no pude oírlos. Por dentro, oía yo muchas y muy importantes: pequeños remordimientos, la discusión que hacía dos días había yo tenido con él, la satisfacción que le produje con el éxito de los últimos exámenes, cómo iba yo a darle la noticia a mi madre, el porvenir que nos esperaba sin dinero y sin padre, el pánico de la hora del entierro y, sobre todo, cómo había muerto, de qué había muerto, por qué había muerto... Hacía sólo cuatro horas que había estado con nosotros y había jugado y bailado con mis hermanas. Y la obsesión de sus ojos opacos, como cubiertos de una capa turbia, tan diferentes de sus ojos de siempre; y su rostro blanco y frío. El peso de un dolor y un problema superiores a mis fuerzas me postraba, me aniquilaba, me deshacía. Buscaba yo los rincones del hotel para estar solo, evitaba yo la mirada de los amigos que iban llegando...

Con nuestro amigo de Nicaragua fui a avisar a algunas personas y a un tío mío, alto funcionario.

Después, a mi casa. Mi madre y mi tía Matilde, entretanto, habían ido al hotel y se habían enterado de la verdad. A las once de la noche, en una camilla, nos trajeron el cadáver. En el cuarto de mis padres se improvisó la capilla ardiente.

En el mío metieron los muebles sobrantes, que impidieron el cierre de mi puerta: por eso no pude esconderme. Me apuñalaban los quejidos de mis hermanas, el dolor silencioso de mi madre y, lejos de consolarme, los pésames protocolarios de los amigos lejanos y las frases de compasión de los amigos íntimos, que me pasaban la mano por la cabeza... «Cuando más lo necesitabas...» me dijo don Luis Graham Casasús. La partida del cadáver, al día siguiente, fue horrible; pero fue un descanso.

En la casa no había un hueco. Coronas, coronas, coronas... Mi padre era entonces magistrado. Los tribunales organizaron el entierro. La legión de sus amigos pobres hizo el resto. El féretro era severo, pero demasiado elegante para un hombre que desdeñó la elegancia. Se hubiera reído de los almohadones y los forros interiores de seda, de los terciopelos. Su comprensión humana hubiera tolerado los responsos de un cura, al que hubo que dejar entrar a la casa porque lo acompañaba un magistrado amigo de mi padre, empeñado en conseguir su felicidad ultraterrena; pero quizá hubiera rechazado el novenario que tan útil fue a los enamorados: durante nueve noches los hombres hablaron de política, las señoras de partos y cocina, y los jóvenes de amor... A mí, todos me irritaban, menos una señora que olvidaba a cada instante el «bendito sea el fruto sagrado de tu vientre, Jesús», que resoplaba con la oración fatigosa, mecánica, y cuyo rezo me llegaba al alma, me angustiaba hasta el llanto.

Conocí y amé tanto a mi padre, que ante todo suceso imaginaba su actitud. Su actitud ante esos rezos hubiera sido una sonrisa indulgente. Recordaba yo una frecuente frase suya: «cuando yo esté cortando flores...» No podía ser más sencilla ni más bella su referencia a la muerte: ni cielo, ni infierno, pero tampoco la mención áspera de los gusanos.

Lo único que él hubiera aprobado entre todas las cosas que siguieron a su muerte, fue la frase que un orador dijo en su tumba: «la riqueza de su honradez es hoy la pobreza de su hogar». Y lo que no le hubiera divertido era la rigurosa y material verdad de la frase, la suerte que corrimos nosotros.

La misma noche del entierro de mi padre nos fuimos a vivir a la casa de mi tía Matilde. Tres meses después, cuando pagaron algunos deudores y el Congreso Nacional votó una pensión y solucionó nuestro desamparo, pasamos a vivir a una casita en la Colonia San Rafael.

Un pseudoamigo de mi familia me dio la primera lección sobre la arcilla humana. Yo lo acusaba, quizá sin razón, de haberse adjudicado un dinero que nos correspondía. Verdad es que en quince días había cambiado: me regañaba por la pérdida de uno de sus libros, se ocupaba con desgana de nuestros asuntos. En vida de mi padre, en cambio, había sido una verdadera paloma. Mi padre, que en la intimidad lo acusaba de profesionista y funcionario venal, lo había tratado siempre con aspereza. Él contemporizó siempre. Él y otras personas me dieron rápidamente todas las lecciones sobre la vida que no podía darme la Preparatoria.

Reconcentrado, amargado, solitario, pasaba mi vida. Mi casa, más modesta que nunca, estaba en una callecita privada. Allí veía yo suspirar a mi madre, languidecer a mis hermanas. Tenía yo rencores tan grandes que llegué a pensar que un amigo de la casa, que tenía ciertas rivalidades con mi padre, a quien mi padre, por valer más, «hacía sombra», podía tener alguna culpa en su muerte. *El Demócrata*, periódico de escándalo, que cuando murió mi padre publicó un reportazgo insinuando la posibilidad de un crimen, me había lanzado a esas lucubraciones. Era, además, la fantasía desorbitada de mis quince años. Descubría

yo hechos extraños: la honradez de mi padre estorbaba, la cartera que mi padre llevaba consigo en el momento de su muerte, y que contenía importantes documentos, se había perdido...

La causa de la muerte de mi padre, además, no fue plenamente aclarada. No padecía enfermedad ninguna. Era extraordinariamente vigoroso. Se supone que se sintió enfermo en su oficina, que salió con el propósito de llegar a la casa y que, al sentirse mal al ganar la calle, penetró en el primer hotel que halló al paso. Por sentimentalismo se gestionó que no se le hiciera la autopsia. ¿Una embolia? ¿Angina de pecho...? «Angina de pecho» dijo el acta de defunción. Abandonado y herido como me sentía yo, sin experiencia para comprender y perdonar los defectos humanos, con quince años imaginativos, sabedor de la posición que mi padre estaba en camino de ocupar y de la corrupción de muchos que lo envidiaban, tenía yo que debatirme en un mar de dudas, de desconfianzas, de temores... Mi padre estaba a todas horas conmigo: me habían arreglado sus trajes y sus camisas; llevaba yo su reloj; leía yo sus libros y sus papeles, hasta los más íntimos... Entonces lo conocí más que nunca. Entonces sufrí más que nunca.

Dolores que sólo podían hallar alivio en mis estudios y en mi escuela, a la que me entregué en cuerpo y alma. Para mí, al lado de mi madre y mis hermanas, no había más amor que la Preparatoria.

DESCENDIMIENTO DE DON PORFIRIO

Era yo independiente: varón único, hijo de viuda y a cada lado una tierna hermana, me sentía yo, vanidosamente, el jefe de la casa. Pero la postura política —o, más bien, apolítica— de mi padre, se proyectaba sobre mis pensamientos. Pertenece yo, ya, de hecho, a la legión libérrima de los huérfanos de padre, aunque siguiera yo bajo su bienhechora influencia. Y aun más que cuando vivía: su muerte me lo agrandaba y me lo divinizaba. Ya podía yo contarles a mis compañeros, sin el rubor de cantar a un hombre vivo, los heroísmos y las abnegaciones de su existencia de varón ejemplar. Sus amigos y los que no lo fueron hablaban de su integridad, como de una leyenda. Tuve sobre él más noticias que nunca: de cuando rompió con el gobernador de Tabasco porque pretendió comprarle un fallo judicial, que mi padre dictó en contra de los intereses del cacique; de cuando el general Díaz intentó cambiarlo al juzgado de Veracruz, para dejar a aquél las manos libres; de cuando en mi casa escondió a don Pedro, su amigo maderista. Supe de su actitud reciente como funcionario, escrupulosa hasta el exceso, viva y silenciosa crítica de la inmoralidad de la administración pública que lo rodeaba... Naturalmente, sus opiniones fueron para mí sagradas y me puse a buscarles explicaciones. Léí a Emilio Rabasa y a Francisco Bulnes, y me hice más porfirista que nunca; sostuve en la Preparatoria, a través de mis ejercicios semanales de clase, una empeñosa y para mí utilísima discusión con mi joven y talentoso profesor de Hechos Económicos, Ramón Beteta; tuve una disputa

con el sobrino de un general, porque injuriaba al viejo régimen; me sentí interpretado por mi profesor de Latín, don Luis Betancourt, que nos decía que «era reaccionario, y a mucha honra»; hice íntima amistad con los hijos de revolucionarios honrados y descontentos, y odié a los hijos de revolucionarios corrompidos... Los padres de éstos no eran, para mí, sino ladrones que tenían automóviles, desleales que habían asesinado a sus jefes y a sus amigos por ansias de mando, ignorantes que no sabían nada, no sólo de la técnica militar que señalaba su grado en el ejército, sino de los ideales que manoseaban en sus brindis; traidores a la patria que nos vendían pedazo por pedazo a los yanquis; revolucionarios de mentira que se codeaban con la antigua aristocracia, que medró «engañando la honestidad de don Porfirio» (ésta era mi frase constante). Y sobre mi escritorio puse el retrato de mi padre y, más arriba, uno muy grande —ocupaba casi toda la pared—, iluminado, resplandeciente de condecoraciones, del general Porfirio Díaz: desde su butacón presidencial don Porfirio había de ver todos los libros que pasaban por mis manos y cómo minaban poco a poco su culto.

Yo era defensor de los pobres: conocía las ideas de mi abuelo materno y me sentía obligado a consagrar mi vida a la misma lucha; recordaba yo la existencia de honestidad de mi padre, y soñaba repetirla. Los hombres de la Reforma eran los que más me entusiasmaban. Habían hecho la defensa del suelo patrio más la de los derechos populares, contra extranjeros y contra esclavistas. Sentía yo la necesidad de un movimiento que limpiara a la Revolución de sus manchas y de sus corruptores. Ésa no era una ideología reaccionaria, ni una sensibilidad reaccionaria. Quería yo a don Porfirio —aclaraba yo a mis amigos revolucionarios, sorprendidos o molestos por mi extraño partidarismo porfirista— porque no saqueó el erario; porque, después de treinta años de mando, salió de México sólo con una fortuna modesta,

en tanto que algunos de los generales que entonces mangoneaban hacían cientos de miles de pesos en pocos días; porque había arriesgado la vida defendiendo a la patria contra el ataque de curas, aristócratas y extranjeros... Amaba yo al don Porfirio que yo llamaba bueno y virtuoso. Mi amor por el pueblo, por la patria y por algunos principios democráticos, entrevistados durante un año de lecturas sobre la historia de México, hallaba caudillo en don Porfirio. No había yo dispuesto ni del ambiente ni de la escuela necesarios para saber que mi caudillo se doblegó ante el imperialismo extranjero, aunque haya peleado heroicamente —así lo aprendí yo— el 2 de abril; que abandonó al indio e hizo una política de adoración europeísta, a pesar de su origen social humilde y de su mezcla mixteca; que fue un instrumento de la injusticia secularmente organizada.

Con este bagaje de errores llegué a todos los extremos. En la lucha que el año de 1923 hubo entre la Preparatoria, cuyo director era Vicente Lombardo Toledano, y el Secretario de Educación Pública, don José Vasconcelos, yo no tomé partido porque, siendo los dos funcionarios públicos de la Revolución, ninguno me entusiasmaba. Y cuando algunos alumnos, bárbaros en ciernes manejados por la estulticia reaccionaria, rayaron los cuadros murales —revolucionarios por el tema y por la técnica— de José Clemente Orozco y de Diego Rivera, yo no sentí indignación ninguna.

No fueron las clases las que me abrieron los ojos: pocos de mis profesores tenían ideología definida. Había dos profesores activamente católicos, pero por necesidad económica cuidaban siempre de no tocar el tema que podía hacerles perder el puesto. No fueron las clases, sino los compañeros que charlaban en los corredores y publicaban periódicos estudiantiles. Y el aire de la calle.

En 1923, poco después de la huelga preparatoriana, se me acercó un joven juchiteco, Heliodoro Gurrión, sobrino de un limpio líder

asesinado por el huertismo en Oaxaca, a pedirme un artículo para un periódico que iba a sacar su grupo. Su grupo era el más rojo de la escuela: lo componían muchachos de extracción obrera o de tradición familiar revolucionaria. Por eso tenían en los ojos menos telarañas que yo. Éste fue, sin duda, uno de los primeros grupos que habló en la Preparatoria de la Revolución Rusa. ¿Por qué tenían concordancias conmigo? ¿Por qué me conocían...? Yo había presidido algunas asambleas de tabasqueños preparatorianos, muy agitadas, que hicieron ruido; escribía en varios periódicos estudiantiles; había ganado un concurso de historia. Ellos sabían que yo era «un porfirista revolucionario», porfirista en cuanto a las excelencias que tuvo o que yo creía que tuvo don Porfirio: revolucionario, naturalmente informe y vago, por el sentimiento. Escribí entonces un artículo que se llamó «México y el socialismo» y que apareció —con gran orgullo mío— en la primera plana del primer número de *Avalancha* —que era el espantable nombre del periódico de mis amigos— al lado de un editorial en que ellos pedían que Lombardo Toledano fuera nombrado Ministro de Educación Pública. Mi artículo era apasionado y valiente, de acuerdo con el epígrafe del periódico: «Iremos, antorcha en mano, a incendiar el prostíbulo de los poderosos.» Mi artículo era, ante todo, rebelde, y, además, liberal, socialista, comunista y anarquista: todo a la vez... Compendiaba la Revolución Francesa y las tres internacionales... Uno de sus últimos párrafos, decía: “Ahuyentemos la horrible realidad y seamos optimistas; escuchemos las palabras de fe, de vida y esperanza del pensador Ingenieros y creamos, como él, que quizá la actual hecatombe sólo es un puente tendido hacia el porvenir. Imitemos a la gran nación eslava que hoy es el centro del mundo; admiremos a sus hombres, a Lenin, a Trotzky, a Tchicherin, a Lunatcharsky; seamos maximalistas como ellos y no fusionemos los grandiosos con los miserables deseos, y que nuestro sagrado ideal nos dé la fe, bendición divina que ansía el hombre que

pelea, y entremos a la lucha con arrogancia, valor y hombría. Gorki ha dicho que sólo son hombres los que se atreven a mirar de frente al sol.” Acababa yo de leer *Los tiempos nuevos* de José Ingenieros, único informe que hasta mí había llegado de la Rusia roja, y un debate de dos profesores norteamericanos sobre el socialismo. También algunos libros de Henry George, a quien mi padre leía a menudo, y *La conquista del pan* de Kropotkine. Citaba yo, pues, a Kropotkine al lado de Marx y de Lunatcharsky. En aquella ensalada no había más que estas cosas positivas: un odio cierto y juvenil contra los explotadores, un amor exaltado por los oprimidos y la decisión de consagrar la vida a su defensa.

Más tarde, las voces del clan llegaron otra vez a mis oídos: mi primo Rodulfo tomó parte en la sublevación delahuertista y yo busqué, nuevamente, la amistad de su madre y sus hermanos, angustiados durante toda la aventura. No quise tener más contacto con los compañeros de *Avalancha* porque eran obregonistas: ingresaron al Centro Estudiantil Obregonista y comieron en un banquete con el general Álvaro Obregón. Yo, imbuido de Revolución Francesa, en pleno ensueño democrático, era antiobregonista porque acusaba a Obregón de adobar el sufragio a favor del general Plutarco Elías Calles. Pero no tomé el partido contrario porque con los partidarios de don Adolfo de la Huerta veía yo a tantos políticos profesionales como en el otro bando. El caso de mi provincia influyó en mí de manera poderosa: yo creía que Tomás Garrido era un farsante, a pesar de que sabía yo que había querido y admirado a mi padre, y sin que me hiciera cambiar de opinión el hecho de que el gobierno de Tabasco me había otorgado una beca, en decreto firmado por el gobernador interino, don Manuel Garrido Lacroix y aprobado con beneplácito por Tomás. Pero Tomás estaba con Calles...

También influía en mí la admiración por mi primo Rodulfo, acrecentada al saber que, derrotada la insurrección delahuertista,

no salió cómodamente en barco para Nueva Orleans o La Habana, como muchos de sus compañeros de alzamiento, sino que prefirió atravesar las selvas de Tabasco y Chiapas con los generales Cándido Aguilar y Salvador Alvarado (se encontraba lejos del sitio en que este ilustre revolucionario cayó en la emboscada que le tendió el traidor Federico Aparicio). En mis simpatías y en mis repudios, igualmente apasionados, intervenía, más que la razón, el peso del clan Foucher y la indeleble admiración por lo épico, por lo guerrero, por lo heroico.

En una de mis visitas a la casa de mi tía Matilde, tuve un gran encuentro: el del doctor Manuel Mestre Ghigliazza, entonces director de la Biblioteca Nacional de México, antiguo líder y gobernador maderista de Tabasco, amigo —desde la infancia— de la familia Foucher. Poeta y periodista, sostuvo una larga y romántica lucha por la prensa. Atacó al gobierno porfirista desde 1904. Su acción rebasó el marco provinciano, y sus artículos fueron codiciados por la prensa que se publicaba en la península yucateca y aun por la de la capital de México. Fue uno de los colaboradores de *El Tercer Imperio*, uno de los compañeros provincianos de Filomeno Mata y de Inocencio Arriola. Miembro de una de las más respetadas familias de Tabasco, hijo de gobernador, pariente de ministros del gobierno del general Díaz, médico graduado en la Universidad de México, el doctor Mestre rechazó ofertas tentadoras, como la de una curul en la Cámara de Diputados. Pudo ingresar al carro completo de la Dictadura, y no quiso; pudo cosechar honores, y los rehusó. Fue uno de los hombres de la más alta clase social que puso su inteligencia al servicio del pueblo. De formación intelectual francesa, traductor de poetas franceses, el doctor era un trasunto de la Revolución del 89. Intelectual, hombre de letras, no debió su nombradía a la acción —para la que no tenía afición ni facultades ningunas—, sino a su inteligencia, a su cultura literaria e histórica

y a su simpatía personal, sin par en Tabasco y con poquísimos rivales en el país. Hombre de leyenda amorosa, emotivo y sensual en un pueblo donde la emoción y la sensualidad gozan de clima y tierra fecundos, blanco de casta —mitad sangre catalana, mitad italiana—, puede decirse, no que guió al pueblo de Tabasco, sino que lo sedujo como a una mujer. Pero no lo sedujo para su placer ni para su provecho: además de todas sus capacidades y encantos, Mestre tenía una firme convicción liberal y una inmaculada honestidad económica y política. Mundano, presentaba blanco al tiro de los enemigos: sobre él cayó la difamación que, lejos de desanimarlo, fincó más su vida en el camino que había tomado. Fue encerrado en la cárcel varias veces, tomó parte en mítines violentos y así, a pesar suyo, fue elevado a la categoría de líder, que le desagradaba porque sabía que él no podía serlo, que carecía de la tenacidad y de la fe profunda en su pueblo que la empresa requería. Caído Díaz, fue electo gobernador de Tabasco en medio del entusiasmo y del amor del pueblo. Mestre es uno de los más puros ejemplos de la revolución liberal: sitiado por los poderosos, hombre de pluma y no de garra, colocado en un ambiente ajeno a su temperamento, su gobierno rodó en el desgobierno. Al ser asesinado Madero no se levantó en armas, por culpa de las contingencias o de su imperfección como jefe político, pero condenó el crimen en un discurso decisivo. Victoriano Huerta le dio la ciudad de México por cárcel; Carranza —menos libresco y más enérgico que el doctor— no lo quiso nunca; Obregón, que tenía sagacidad para estimar la inteligencia y sabiduría para usarla en su beneficio, le ofreció altos puestos cuando llegó a la presidencia... El doctor Mestre, abatido por la pobreza y la exclusión de que fue víctima durante los años del carrancismo, convencido de que la Revolución no había traído el paraíso liberal con que ingenuamente había soñado, rechazó los cargos importantes, comprometedores, y sólo aceptó un hueco: la

dirección de la Biblioteca Nacional. Ahí podría dedicarse a sus curiosidades históricas, a vivir entre polvo y polilla y a hacerse biológicamente tan viejo como empezaba a serlo en los juicios políticos. Pero, clamando contra la injusticia social y la inmoralidad pública, su voz conservó acentos juveniles.

El doctor fue el mejor amigo de mi juventud, con mucho más de hermano que de padre. Extraordinariamente inteligente, de una finura mental exquisita, verdadero táctico del trato humano, supo hablarme en mi lenguaje: una mezcla de tradición porfirista, de entusiasmo por las causas nobles y de pasión tabasqueña. Pudimos chocar en cuanto a mi porfirismo —pero no chocamos por su mundología y mi respeto— coincidimos en la devoción populista que ensambló mi vehemencia con su escepticismo. El doctor Mestre contaba, además, con un arma poderosa: la Biblioteca Nacional. Los libros que me prestaba fueron tan fecundos como su charla inolvidable.

A los dos meses de ser su amigo, fui ya un fervoroso admirador de Madero. La bondad del hombre me arrancaba lágrimas; su sacrificio, gritos: ¿cómo fue posible que yo viviera sin conocer su altura moral...? ¡Ah, no sólo eso! Había algo más: a un tío mío le oí decir que el día del asesinato del santo fue para él un día de fiesta. Hice, entonces, una bibliografía de la Revolución: el doctor me proporcionó todos y cada uno de los libros y los leí cuidadosamente. Ya no sólo era yo maderista: era yo liberal, liberal de Francia. No podía yo ser, por lo mismo, ni carrancista ni zapatista, y mucho menos villista. Y muchísimo menos obregonista y callista, grupos que estaban en el poder, a los que consideraba yo burladores del sufragio, llenos de caballeros de industria que nos vendían al banquero yanqui con los tratados de Bucareli. Pero entonces supe que la Revolución había sostenido principios sagrados, que yo había bebido —sin saberlo— en sus propias linfas. Y que había tenido

apóstoles, caudillos y pensadores que merecían más admiración que mi don Porfirio.

No sabía yo nada —en rigor— de Rusia ni de la Revolución Rusa. Leía yo literatura española, vieja y nueva. En Pérez Galdós y Blasco Ibáñez —y en Eca de Queiroz— se acrisolaba mi anticlericalismo, en Valera la gracia literaria, en Pereda el amor al terruño. Taine y Renan me arrancaron las leves briznas religiosas que podían quedarme. En Leopoldo Alas, en Fray Candil y en Luis Bonafoux aprendí del panfleto que iba yo a usar contra Tomás Garrido. Y en la misma cultura copiosa y revuelta de Emilio Bobadilla, coseché conocimientos de todas las cosas, inquietudes amorfas y vagas, pero ricas y múltiples, y empecé a saber algo de toda nuestra América. Fray Candil, por residir en España y en Francia, miraba globalmente a nuestras patrias. Por cubano, en gran medida europeoizante, hallé en él —cosa curiosa— el camino hacia las más grandes admiraciones de mi adolescencia, Bolívar y Martí, y el conocimiento del mundo literario y político de España.

En la Preparatoria editamos un periódico, *Ágora* —dirigido por David Romero y Raúl Noriega— en el cual nos dedicamos a hacer pininos literarios y a molestar a compañeros y profesores. Las producciones de otros muchachos fueron el blanco de dos secciones que tenía yo en *Ágora*, críticas burlescas inspiradas por la lectura de Clarín y Fray Candil. La Preparatoria, en ese momento, estaba en crisis. Su nuevo director, el doctor Juan Vallarino, ponía la mayor atención en los deportes y en la gimnasia sueca. «Hasta la sangre manchó las baldosas del patio central de la escuela —escribí exagerada e incomprensivamente— en un salvaje *match* de boxeo.»

Es un hecho que la influencia norteamericana, y aun lo peor de ella, nos trajo el útil y necesario cultivo de los deportes. Al lado de los más bárbaros se desarrollaban otros, utilísimos, nobles y sanos, que alejaban a la juventud de los vicios y de las enfermedades

sexuales, y que la enseñaban a bañarse; pero aun éstos se tomaban con exceso, con daño de la enseñanza. El rastacuerismo del Colegio Mexicano se prolongaba hasta la Preparatoria. Las clases aflojaban. Los profesores eran cada día peores, y los buenos, acaparados por la política, asistían poco a clases. Nosotros estudiábamos por nuestra cuenta y como se podía, con todas las confusiones y las aberraciones del autodidactismo. Entonces descubrí yo a Rufino Blanco Fombona, que sucedió en mi santuario a Emilio Bobadilla. Blanco Fombona, venezolano agresivo y violento, en lucha contra Juan Vicente Gómez como yo lo estaba contra Garrido, tenía que seducir mis pasiones tabasqueñas. Menos mal que me enteró de la literatura española y me llevó a conocer a Lugones, a Herrera y Reissig, a Santos Chocano, e indirectamente despertó mi atención por clásicos de América como Sarmiento y Montalvo. Los libros de don Carlos Pereyra me encaminaron poco después a conocer la historia del Continente y a amar la de España, desarrollando en mí –compensación a la inevitable infancia gachupinófoba– un hispanismo de tipo caballeresco, racial, un poco anacrónico, y un antimperialismo sentimental. Menéndez y Pelayo, Pi y Margall, Unamuno, Joaquín Costa, completaron desordenadamente mi información sobre la historia y las letras predilectas.

La cultura de los estudiantes recibió entonces otro golpe peor que los *matches* de boxeo: los concursos de oratoria. En estos concursos los contendientes tenían que lanzar, primero, un discurso preparado, «la improvisación preparada»; y, en segundo término, improvisar sobre cualquier tema que el jurado les disparara como un pistoletazo en el cráneo. Los temas, amplísimos, caían como una catapulta sobre los tiernos cerebros, sobre las incipientes culturas; «La Revolución Mexicana como fenómeno social», «La doctrina Monroe», «La cultura griega», «El cristianismo como filosofía y ética

superiores», «El mestizaje americano», etc. Los adolescentes enhebraban necedad tras necedad, adquiriendo una desfachatez ejemplar para lanzarlas en público y, al final, soltaban varias sonoridades aprendidas de memoria, exprofeso inconcretas y nebulosas, de modo que encajaran en cualquier tema, que sirvieran lo mismo para un barrido que para un fregado. Así se desarrolló en la juventud mexicana la irresponsabilidad intelectual. Y como no se celebraban otros concursos, y como los premios de los de oratoria eran tentadores —viajes a Europa y a Estados Unidos, y una publicidad ansiada por toda la adolescencia, siempre vanidosa— ningún joven mexicano se salvó de la seducción de la frívola prueba. Hubo algunos, distinguidos, inteligentes, brillantes, que acabaron en la vanidad de esos concursos su sensibilidad literaria, y hubo otros a quienes el triunfo estruendoso los separó del estudio ordenado y fecundo: puede afirmarse que los que perdieron en ellos, fueron los que ganaron. Claro que también hubo quienes superaron su victoria y pudieron conservar sus calidades; pero ésta fue la excepción. Los concursos de oratoria fueron una fábrica de liderismo, de petulancia, de superficialidad, de parlerismo, de pobreza ideológica, de demagogia de la peor especie. Despreciándolos, pero tentado por el soñado viaje a Europa, yo mismo me puse a preparar, una noche en que me enloquecía una fiebre de cuarenta grados, dos discursos sobre José Martí y Simón Bolívar; pero mi miedo al público, mi nerviosidad entonces invencible me separó de la verbena palabrera.

En el último año de Preparatoria, las clases de Filosofía que daban con entusiasmo José Romano Muñoz y Samuel Ramos, nos dejaron entrever otros horizontes. Y en el tercer curso de Historia General a cargo de Osorio Mondragón, adquirimos

conocimientos objetivos, precisos, utilísimos como base para entender los sucesos que sacudían al mundo. Empezamos, en esa clase, a investigar por nuestra cuenta.

Desgraciadamente, no había concierto en la enseñanza: estábamos bajo la influencia de católicos acobardados, de protestantes a medias, de liberales tempestuosos y, a veces, de algún inseguro y nebuloso socialista. No nos orientaba nadie. Seguíamos manejados por las pasiones y los personalismos. Para gentes que —como mis profesores— vivían del presupuesto, era muy difícil analizar la ensalada mexicana, había una verdad establecida, y era la Revolución, pero casi nadie nos explicaba qué era la Revolución, ni cuáles sus esencias. Vivíamos en un mar de palabras, en un océano de mentiras, en un cosmos de contradicciones.

En mí cabeza flotaba un problema, que no quería yo acometer: don Porfirio. No lo mencionaba yo. No me gustaba oír a mis parientes hablar de él con entusiasmo, ni a mis compañeros hablar de él con inquina. Pero su retrato continuaba encima de mi escritorio, como un apéndice, como las tetillas del hombre, restos de un pasado remoto, muerto.

No sería por mucho tiempo. Un día llegó a verme un compañero de *Avalancha*, Carlos Zapata Vela, un compañero «rojo». En la sala de mi casa había visitas. En mi cuarto, el retrato de don Porfirio. No pude invitarlo a subir. Tenía yo vergüenza y remordimientos. Ya no era yo porfirista.

Mi madre, por primera vez, habló de don Porfirio conmigo: «no había sido un santo». En su cabeza vagaban los asesinados de Veracruz, los periodistas caídos en México, y Corona, y García de la Cadena...

Un día bajé el cuadro, lo saqué del marco, lo enrollé y lo metí detrás de mi armario.

Poco después se lo llevó no sé qué amigo de la familia.

Era un ciclo que se cerraba: mi acción rebasaba ya el marco escolar y era, a un tiempo, el epílogo de la existencia escrutadora del niño y el preámbulo de la vida agitada y dolorosa del hombre.

Madrid-Barcelona, 1937-1938



ÍNDICE

Nota a la edición de 1982

* 7

El mundo primero

* 9

Preludios revolucionarios

* 19

Prosapia

* 27

La Revolución

* 37

Laguna del Carmen

* 49

En fuga

* 59

Tabasco recuperado

* 71

Mi papá

* 81

Política y trópico

* 91

Tabasqueñidad

* 101

Mi tío Carlos Foucher

* 109

¿La Revolución traicionada?

* 113

A México

* 121

El Colegio Mexicano

* 127

Preparatoria

* 139

Descendimiento de don Porfirio

* 147



Adán Augusto López Hernández
Gobernador del Estado de Tabasco

Yolanda Osuna Huerta
Secretaria de Cultura

Luis Alberto López Acopa
Subsecretario de Fomento a la Lectura
y Publicaciones

Francisco Magaña
Director de Publicaciones
y Literatura



Un niño en la Revolución mexicana, de Andrés Iduarte, se terminó de imprimir el 12 de noviembre de 2019, en los talleres de Impresionismo de México S. A. de C. V., Doña Fidencia # 109, colonia Centro, Villahermosa, Tabasco. Para su composición se utilizaron tipos EB Garamond y Roboto. El tiraje fue de 3000 ejemplares. La edición estuvo al cuidado de la Dirección de Publicaciones y Literatura.